



Cuéntame y yo escribo tu historia

Biografías de nuestro pasado reciente
narradas por las futuras generaciones



UNIVERSIDAD
DE BURGOS

Cuéntame y yo escribo tu historia

**Biografías de nuestro pasado reciente
narradas por las futuras generaciones**



Cuéntame y yo escribo tu historia

**Biografías de nuestro pasado reciente
narradas por las futuras generaciones**



**UNIVERSIDAD
DE BURGOS**

2023

Cada vez que muere un anciano, es como si una biblioteca entera ardiera

Proverbio africano

Temía hacerme viejo, hasta que comprendí que ganaba sabiduría día a día

Ernest Hemingway

Este libro *Cuéntame y yo escribo tu historia* ha sido una iniciativa del Programa de Acercamiento Intergeneracional, impulsado por la Gerencia de Servicios Sociales de la Junta de Castilla y León, el Ayuntamiento de Burgos y la Universidad de Burgos.



Fotografías de cubierta: Lourdes Bustamente, 2023.

© LOS AUTORES

© UNIVERSIDAD DE BURGOS

Edita: Servicio de Publicaciones e Imagen Institucional

UNIVERSIDAD DE BURGOS

Edificio de Administración y Servicios

C/ Don Juan de Austria, 1

09001 BURGOS - ESPAÑA

ISBN: 978-84-18465-44-4

DOI: <https://doi.org/10.36443/9788418465444>

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
[Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)



Índice

Prólogo.....	11
Presentación.....	15
Agradecimientos	17
De otra pasta. Historia de una mujer española	19
<i>M^a del Pilar Bermúdez Martínez</i>	
Donde la memoria falle, la música siempre nos recordará.....	31
<i>Celia Hernando Movilla</i>	
La gota gallega. Y el espíritu voluntario.....	43
<i>Petar G. Minov</i>	
Malaquías: La historia de una persona altruista	57
<i>Maidier Vázquez Pedro</i>	
Pilar Rica.....	65
<i>María Sanz Perdiguero</i>	
La historia de dos vidas que se convirtieron en una	81
<i>Sara Rozas Azcona</i>	

Esta es la historia de vida de Angelines.....	95
<i>Sara Castellanos Martínez</i>	
Bajo las rocas de Pinilla	105
<i>Águeda Ibáñez de Aldecoa</i>	
Equilibrar la altura	115
<i>José Abelardo Carmona</i>	
Una pastora en Bañuelos de Bureba.....	125
<i>Paula Soledad Quecedo del Val</i>	
Si yo te contara... ..	133
<i>Silvia Carrasco Sáinz</i>	
La humildad de la abuela	149
<i>Nerea Bartolomé López</i>	
Retazos de mi vida.....	161
<i>María García Nogués</i>	
Como si estuvieras a mi lado.....	177
<i>Raquel Fraga Sánchez</i>	
Peripecias y destierros	187
<i>Sara Meda López</i>	

Prólogo

La recuperación de historias personales no solo da cuenta testimonial de las vivencias y trayectorias de quienes han construido y construyen las sociedades presentes y pasadas, sino también de un verdadero ejercicio de empatía, de intercambio experiencial, que ayuda a articular nuestro sentido social y la comprensión mutua. En este sentido, ofrecer posibilidades de liderazgo a las personas, que habrán de configurar el futuro social, equivale a comprender el día a día y la vida cotidiana como constructores de las realidades del presente. No cabe duda de que esta comprensión redunda en un claro ejercicio de responsabilidad y compromiso social. Igualmente, esta recuperación repercute en la calidad de vida, en la promoción real del concepto intergeneracional y en el fomento del diálogo social, propios de sociedades sólidamente construidas, con vistas a la toma de decisiones y la proyección de futuros deseables. Igualmente, los estudios disponibles informan de que el recuerdo sistemático de las memorias personales o reminiscencia deriva en la reducción de los niveles de aislamiento y soledad, y representa un buen recurso para la estimulación cognitiva y del bienestar emocional de las personas de mayor edad.

El acceso a las historias personales de quienes conforman nuestra sociedad es equivalente, por tanto, a tratar de identificar los núcleos explicativos de nuestra historia más reciente, desentrañar nuestras identidades sociales y culturales, entendidas en su sentido más amplio y, por tanto, a recuperar y preservar un modo integrado e inclusivo de entendernos en sociedad. En esta línea, las razones de traer a la memoria este tipo de testimonios residen en la necesidad de obtener formas más cercanas de mirar nuestro tiempo, y de apropiarnos de las expresiones identitarias que nos definen, más allá de los grandes relatos historiográficos y/o periodísticos movidos en la finalidad generalizada de historiar o delimitar la vida política, económica y social contemporánea. En efecto, las historias, que encontrarán en estas páginas, son muestra evidente del cambio, de las transformaciones sociales hasta nuestro presente, contadas en primera persona. Esta valiosa conexión pasado-presente-futuro posibilita continuar construyendo sociedades que, más allá de entelequias evolucionistas, confirman la relevancia capital de las personas, con independencia de su edad, en cualquier contexto social.

La promoción de la educación intergeneracional en todas las etapas formativas se propone como una de las responsabilidades fundamentales de toda institución universitaria. Coincidimos con Mannion (2012) en afirmar que toda práctica intergeneracional debe implicar un elemento educativo centrado, al menos en parte, en la producción continua y recíproca de nuevas relaciones entre generaciones. Desde esta perspectiva, de acuerdo con Sánchez et al. (2017), la “implicación de múltiples generaciones, el intercambio de experiencias, el desarrollo personal a través del co-aprendizaje y la configuración de una comunidad moral, como resultado del cruce de posiciones e identidades generacionales, parecen ser características singulares de este tipo de educación” (p. 170). *Cuéntame y yo escribo tu historia*, iniciativa del Programa de Acercamiento Intergeneracional, impulsado por la Gerencia de Servicios Sociales de la Junta de Castilla y León, el Ayuntamiento de Burgos y la

Universidad de Burgos, constituye un claro reflejo y cristalización de este importante reto.

Delfín Ortega Sánchez
Vicerrector de Responsabilidad Social, Cultura y Deporte
Universidad de Burgos



Referencias

- Mannion, G. (2012). Intergenerational education: The significance of reciprocity and place. *Journal of Intergenerational Relationships*, 10(4), 386–399. <https://doi.org/10.1080/15350770.2012.726601>
- Sánchez, M., Sáez, J., Díaz, P., & Campillo, M. (2017). Intergenerational education in Spanish primary schools: Making the policy case. *Journal of Intergenerational Relationships*, 16(1–2), 166–183. <https://doi.org/10.1080/15350770.2018.1404859>

Presentación

*E*ste libro está compuesto por quince historias escritas por estudiantes de la Universidad de Burgos que han querido adentrarse en la vida de algunas personas de edad avanzada para darles voz y poner en valor su trayectoria. Estas personas podrían haber sido otras, cualquier persona, porque todos y todas tenemos una historia que merece la pena ser contada.

El proyecto surgió a comienzos del año 2020 con la finalidad de engrandecer a las personas mayores, poniendo en valor sus vivencias mientras se fomentaba el acercamiento intergeneracional. La idea era sencilla, las generaciones más jóvenes se entrevistarían con las personas mayores para recabar información sobre sus vidas y, a partir de ahí, convertirlas en historias. Cada estudiante escribiría sobre una persona mayor y para ello se entrevistarían tantas veces como hiciera falta y en los lugares donde decidieran entre ambas partes, su casa, un parque, una cafetería... Me parecía tan bonita la idea..., esos encuentros, además de convertirse en historias, iban a generar vínculos entre personas de diferentes generaciones y una transmisión de conocimientos y experiencias espectacular.

Fueron muchos y muchas estudiantes quienes se interesaron, pero... inesperadamente apareció el COVID 19 y el proyecto tuvo que detenerse sin apenas haber empezado, puesto que el colectivo de personas mayores fue uno de los que más sufrió las consecuencias de la pandemia y, debido a su vulnerabilidad, el contacto con ellas estaba muy limitado, por lo que las entrevistas no podían realizarse.

Cuando las cosas empezaron a volver a la “normalidad”, intentamos poner el proyecto de nuevo en marcha, nos encontramos algunas dificultades, pero después de mucho esfuerzo y mucha insistencia, aquí está por fin el libro *Cuéntame y yo escribo tu historia* que esperamos que os guste y os remueva un poquito el corazón. Posiblemente, os recordará a muchas de las historias que habéis escuchado en vuestras propias casas a abuelas, padres, vecinos, tías...

Las personas mayores son fuentes vivas de nuestra historia más reciente, han experimentado de primera mano hechos históricos importantes, se han criado de un modo muy distinto al de nuestros días, han pasado por situaciones que parecen increíbles y conocen tradiciones que poco a poco van desapareciendo. Por todo esto y mucho más, se merecen este pequeño homenaje.

En este libro se recogen las vivencias y valores de un grupo de personas mayores de 80 años, mujeres y hombres con perfiles diferentes, con sueños cumplidos y por cumplir, con y sin estudios, de distinta clase social y procedencia, pero todas con una historia que contar.

Dedicado a todas las personas que nos han precedido en el tiempo. A todas las personas mayores que han formado parte de nuestras vidas.

Lourdes Bustamante Díez

Coordinadora del Programa de Acercamiento Intergeneracional



Agradecimientos

A todo el profesorado que ha colaborado revisando cada historia, siempre manteniendo el estilo y la forma del autor o autora:

Ángela Pereda López, *área de Historia Moderna*

Fátima Gil Gascón, *área de Comunicación Audiovisual y Publicidad*

Juan José Martín García, *área de Historia Contemporánea*

Leonardo Augusto Pérez García, *área de Filología Inglesa*

Mar Chicharro Merayo, *área de Comunicación Audiovisual y Publicidad*

María Simarro Vázquez, *área de Lengua Española*

Marta Miguel Borge, *área de Didáctica de la Lengua y la Literatura*

M^a Asunción Laguna Álvarez, *área de Lengua Española*

M^a Isabel Menéndez Menéndez, *área de Comunicación Audiovisual y Publicidad*

Rafael Pontes Velasco, *área de Lengua Española*

Raúl Urbina Fonturbel, *área de Lengua Española*

Sonia Serna Serna, *área de Ciencias y Técnicas Historiográficas*

Yolanda Carballera Cotillas, *área de Lengua Española*





*De otra pasta.
Historia de
una mujer española*

M^a del Pilar Bermúdez Martínez
GRADO EN COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL

Me presento, me llamo María Balsalobre Hernández, más conocida como “María la chillarina” o “María la morena”. Nací el 1 de abril de 1929 en Las Torres de Cotillas, un pueblo situado en Murcia donde nací, viví, vivo y viviré. Empezaré mi historia diciendo que vivía en el Barrio de la Cruz del mismo pueblo que he nombrado antes. Mi madre, Francisca, era costurera y mi padre, Antonio, trabajaba en un motor de agua. También tenía una hermana mayor, Carmen, con la que me llevaba 3 años.

Cuando yo tenía 4 años mi padre murió de apendicitis. A pesar de mi corta edad recuerdo perfectamente cuando él me cogía y me sentaba en sus piernas para contarme cuentos e historias que me fascinaban. Otra de las cosas que anhelaba siempre de él es que cuando se iba a trabajar al motor de agua me llevaba a mí también y yo me quedaba admirando los campos de alrededor y disfrutando de ellos. No sé si había dicho que nací en Murcia y por ello posiblemente no se entiendan algunos conceptos o costumbres de la época en la región. Un motor de agua, por ejemplo, es aquel que tenía un encargado de hacerlo funcionar como era el caso de mi padre. Este hacía que el agua destinada al riego de los bancales¹ fluyera para que los agricultores pudieran regar sus cultivos a través de un sistema llamado “canales”. En la región

¹ Superficie horizontal en terreno con declive utilizado para el cultivo.

teníamos un dialecto ahora perdido llamado “panocho” que por la fecha era muy utilizado. Este dialecto contiene palabras que pueden ser difíciles de comprender, pero espero poder explicarlas a la perfección para que se entiendan.



He de decir que mi infancia fue bastante pobre. El fallecimiento de mi padre a temprana edad con 34 años nos dejó a mi madre, mi hermana y a mí en muy malas condiciones monetarias. A las mujeres de la época no se les daba menor importancia y menos una viuda con dos hijas por lo que fue muy difícil seguir adelante. A pesar de ello, otra de las cosas que más recuerdo en mi infancia era cuando mi madre, mi hermana y yo jugábamos juntas en la cama todas las mañanas. Cambiábamos el desayuno por el juego. Las tres hacíamos muchas actividades juntas. Mis aficiones favoritas era salir con mi madre al campo para recoger hierbas que usábamos para hacer ensaladas. También me

fascinaba hacer caramelos de azúcar y agua, únicos ingredientes que había, en el hornillo. La ropa la lavábamos en el río y gracias a mi madre teníamos unos pocos recursos financieros. Ella se dedicaba a ir de casa en casa con una máquina de coser de mano para arreglar las prendas de la gente y aprovechaba las épocas de cosechas recolectando frutas, verduras u hortalizas para traer dinero a casa.

Posteriormente cuando estalló la Guerra Civil apareció la cartilla de racionamiento a causa de la escasez de alimento. Íbamos andando unos 5 km hasta Molina de Segura donde recogíamos una pequeña porción de harina para hacer pan. Al recogerla te sellaban la cartilla. La ración era una vez por semana. Otra de las cosas que recuerdo de la guerra fueron los fusilamientos. Todas las madrugadas cuando apuntaba el día² escuchaba las ráfagas de las metralletas. A la mañana siguiente se escuchaba a los vecinos comentar a quién se habían llevado esa noche “a dar el paseíllo”³. No era raro tampoco de ver los chivatazos entre vecinos que se caían mal acusándose de “ser rojos” para que los fusilaran.

Respecto a mi educación, no fui a la escuela. Me daba vergüenza estar en sitios con gente. Me daban mucho pánico ese tipo de situaciones. Todas las mañanas me iba corriendo a casa de mi abuela y subía a la cámara⁴ donde permanecía escondida hasta que terminara el horario escolar.

Es por ello por lo que jamás he sabido leer. Escribir poco más de firmar, iniciales o números de teléfono. Sabía reconocer las letras y juntar algunas sílabas, pero no más de eso. Recuerdo una vez cuando me armé de valor y fui a una de las clases. Ese día tocaba leer. Ya sabía yo que no debía de ir. Lo único que se me ocurrió para evitar la situación fue esconderme debajo del pupitre y esperar a que pasara el mal rato. Cuando tenía 11 años empecé a trabajar en un secadero de albaricques para hacer orejones para los que utilizábamos azufre.

Mis amistades más cercanas y prácticamente únicas eran las de mis vecinas. Mi hermana y yo solíamos ir a su casa a presenciar como el garbillo⁵ giraba. Consistía en que el garbillo se ponía en el suelo y encima de él unas tijeras abiertas en forma de cruz. Acto seguido empezaba a girar solo. Esta práctica la realizábamos a escondidas y en secreto ya que se consideraba brujería y estaba perseguido.

² Cuando amanecía.

³ Se decía a los que iban a ser fusilados

⁴ Especie de buhardilla

⁵ Tamiz usado para la harina o el grano.

Conforme fui creciendo empezó para mí la época de la galantería. En aquellos tiempos un día de la semana, sábado posiblemente, al caer la tarde, los mozos⁶ iban a las casas de las mozas que querían pretender. Ellos llamaban a la puerta y se presentaba un familiar, en este caso, mi madre. Daban las buenas noches y se mostraban explicándole quiénes eran, a qué se dedicaban y a quién querían pretender. Una vez que se aceptaba la entrada el mozo se sentaba en una silla y podría charlar con la zagala⁷. Cada vez que un mozo venía a pretenderme mi madre no lo dejaba entrar porque decía que antes de echarme novio yo mi hermana tendría que estar ya ennoviada por ser la mayor, es decir, solamente cuando mi hermana se echara novio podría hacerlo yo.



Empezó la temporada de la recogida de uva. En Las Torres de Cotillas había muchos parrales de uva de mesa y yo me uní a la recolecta como trabajo. Allí fue cuando lo vi por primera vez. A mis veintipico años. Antonio Martínez Gil, un mozo menudo y delgado con la piel tostada por el sol que me lanzaba miradas entre los parrales. Yo era muy recatada. No podía dejar que me vieran con un hombre siquiera hablando y los hombres entonces eran muy respetuosos con las mujeres por lo que en las jornadas de trabajo no pasó nada. Él venía desde Albudeite todos los días a trabajar en la vendimia. Por ese entonces las carre-

⁶ Muchachos solteros.

⁷ En dialecto panocho: muchacha.

teras aún no existían y solo había sendas y caminos. Albudeite estaba a unos 23 km de distancia que recorría todos los días ida y vuelta. Un sábado tocaron a la puerta de mi casa. Era Antonio. Mi madre, como era costumbre le dijo “a por la María no. Si quieres a la Carmen sino *na*”. Habían pasado muchos mozos por la puerta que habían obedecido las palabras de mi madre sin rechistar, pero este, tuvo que ser la excepción. Le plantó cara a mi madre a quien no le hacía ni la menor gracia que un forastero⁸ se quedara con su hija. Poco a poco mi madre fue dando su brazo a torcer y fue aceptándolo. Él para ganarse su confianza empezó a hacer quehaceres como regar nuestros bancales, plantar patatas en ellos, etc. Empezamos así un bonito pero recatado noviazgo.

Cuando la guerra acabó con la victoria de los sublevados estos exigían una rutina. A aquellos hombres que hubieran sido del otro bando los obligaban a llevar una tela negra cosida en la manga de la camisa, los llevaban a una plaza y con el brazo en alto les obligaban a cantar el cara al sol. Dependiendo del criterio de la persona que los mandara ese día, quien no cantara lo suficientemente alto era castigado. El castigo consistía en obligar a beber aceite de ricino a aquel que no alzara la voz lo suficiente.

A los pocos años me casé. Mi vestido de novia fue de color negro. Era muy importante



⁸ Que venía de otro lugar.

respetar el luto y al ser huérfana tenía que honrar el fallecimiento de mi padre. El viaje de novios fue irnos a un bar de la capital a comer donde hacían los mejores callos de La Región. Mi madre nos cedió un trozo de tierra al lado de su casa para poder formar nuestra casa. Entre temporada y temporada de cultivos y cosechas íbamos construyendo un cuerpo de casa. Me quedé embarazada de mi primer hijo, Carlos. Debido a ciertas circunstancias yo no tenía leche en el pecho por lo que teníamos que comprar botes de Pelargón⁹. Esto era bastante caro para nosotros porque comprar una unidad significaban tres días de trabajo de mi marido en la huerta asique para poder darle de comer suspendimos las obras de la casa. Mi madre también nos estuvo ayudando económicamente.

A los tres años me quedé embarazada de nuevo. Venía otro varón en camino, Antonio. Por desgracia y por los pocos avances médicos que existían después de dos días de parto nos enteramos de que el niño venía de pies. No pudo darse la vuelta y pocas horas después de su nacimiento murió.

No pasó mucho tiempo de eso cuando me quedé embarazada de nuevo. Por el embarazo tan malo que pasé sabía que esa criatura iba a ser un demonio desde antes de nacer. Fue una niña. También vino de pies, pero pudo darse la vuelta a tiempo. Yo la quería llamar Carmen por mi familia y por su nacimiento el día de la Virgen del Carmen, aunque no pudo ser. Mi suegra le exigió a mi marido que le pusiera Josefa a su hija porque todos sus hijos tenían una hija llamada así, como ella y él no iba a ser tan “calzonazos” de no hacerlo. Así fue registrada Josefa a la que llamamos cariñosamente Fina.

A estas alturas de la historia, si piensa usted que mi hermana se quedó soltera de por vida no fue así. Un día apareció de los madriles¹⁰ un hombre bien arreglado y llamativo que decía ser actor retirado y que venía del mundo de la farándula. Se casó con él y tuvo tres hijos. Al mismo tiempo mi madre empezó a quedarse ciega de cataratas.

⁹ Primera leche infantil disponible en España en periodo de posguerra.

¹⁰ Forma coloquial de referirse a la comunidad de Madrid.

El dinero seguía escaseando. Nuestro menú de cada día se componía de patatas de la huerta y huevos de las gallinas que teníamos junto con alguna hierba silvestre y una que otra habichuela suelta. Esto ocasionó que tuviéramos que irnos por temporadas a Francia a trabajar para las cosechas de uva y manzana. El viaje consistía en tres largos días de tren. Un tren que iba a la velocidad suficiente para que, a mi marido, junto a otros viajeros les diera tiempo a coger fruta y verdura varia de los cultivos del camino y volver de nuevo a subirse sin prisa. Mis dos hijos se quedaban en casa de su abuela paterna en Albudeite. La casa consistía en una choza en mitad del campo que en sus mejores tiempos había logrado ser una posada. Yo lo pasaba muy mal, todas las noches lloraba pensando en mis dos pequeños y rezaba para que no nos pasara nada a ninguno. Tiempo después los viajes a Francia llegaron a su fin. Cuando las fábricas de conservas inundaron La Región empecé a trabajar en la primera que se abrió en el pueblo.

Nuestra situación económica empezó a mejorar. Mi Antonio era un hombre muy moderno y ahorrador. Recuerdo cuando se inventó la televisión. A los pocos años de que el invento se hiciera famoso Antonio contactó con unos amigos suyos de Madrid y consiguió un televisor a buen precio. Éramos los únicos del pueblo con televisión. Recuerdo que vimos a Salomé debutar en Eurovisión. Mi casa, ya construida, parecía una guardería. Como los padres de los niños del barrio no tenían tele dejaba que pasaran el día en nuestra casa y solo se iban cuando la Familia Telerín indicaba que era hora de irse a la cama. Antonio también compró una máquina de coser de pedal y me enseñó a usarla. Sus intentos por enseñarme a leer no cesaban al igual que mi cerebro nunca conseguía aprender la lección. Por ello siempre recordaba a mis hijos la importancia de ir al colegio a aprender ya que sufría todos los días un pesar de no haberlo hecho en su momento. Sustituyó, además, el hornillo de toda la vida por un butano. Eso tenía pinta de invento del demonio y yo no estaba dispuesta a usarlo. Mi marido fue el único que cocinó

durante un largo periodo de tiempo hasta que le cogí confianza a aquel aparato tan moderno.

Una de las cosas que cambió mi vida por completo fue un día de camino a la conservera. Un vecino que iba en moto no me vio y me atropelló. Me tiró a la canal de la orilla del camino. Caí de cabeza ocasionándome varias heridas y lesiones en varias partes del cuerpo. Me dieron 5 puntos en la cabeza y me pusieron dos grapas en la nariz. No logré recuperarme del todo y desde entonces debo de reconocer que no fui la misma. A partir de ese día seguí trabajando, pero aparecieron unas migrañas continuas que me acompañarían desde entonces.

Poco después del accidente Antonio se saca el carnet de conducir y llega así el primer coche a la familia, un 600. Otro invento del demonio. Ya tenía la bicicleta y la motocicleta, pero el señor se empeñó en un coche para subir a Albudeite a ver a su madre. Yo no me iba a subir ahí, lo tenía muy claro. Estuve meses sin subir al aparato, pero cuando vi que mi Carlitos y mi Fina iban tan a gusto y no les había pasado nada decidí probar. Mis viajes en ese coche fueron los justos y necesarios porque seguía sin fiarme y solía marearme.

Siguió pasando el tiempo, mis hijos crecieron. Carlos se echó novia. No tuve buena relación con ella. Me había quitado a mi niño, pero aun así terminó casándose con ella. Mi Fina también terminó casándose con un zagal simpático del pueblo. Los dos hermanos tuvieron hijos casi al mismo tiempo. Carlos tuvo dos hijas y Fina un hijo. Esta última se fue a vivir al piso que le había comprado mi marido a mi hijo, pero por diversos problemas el piso fue expropiado por el banco y mi hija, mi yerno y mi nieto vivían con nosotros. Más tarde compraron un terreno y se hicieron la casa y el negocio en el mismo sitio. Mi hija trabajaba mucho y nosotros teníamos que quedarnos con mi nieto, José Manuel. Antonio lo recogía todos los días para traerlo a casa y que estuviera cuidado. La criatura viajaba a todos lados con un gato famoso que salía en la tele en una serie llamada "Isidoro el gato". El peluche tenía el mismo tamaño que el crio, pero lo llevaba a todos lados. Cada vez que venía el niño se

entretenía con las cosas que le enseñábamos de la huerta e incluso se iba con mi marido a injertar árboles, trabajo para el que era bastante bueno.

José Manuel creció y cuando era adolescente vino su hermana, M^a del Pilar a quién también nos tocaba cuidar, pero muy de vez en cuando. Todos los domingos nos juntábamos con mi hija y mis nietos para comer siendo prácticamente una tradición.

Los años siguieron pasando y la vejez nos empezaba a consumir a Antonio y a mí. Un día mi Antonio salió a regar como era costumbre y se cayó desde la senda rompiéndose la cadera. Desde ese momento fue cuesta abajo quedándose inválido. Las enfermedades también empezaron a consumirlo y un día se marchó para siempre dejándome el recuerdo y la historia vivida de un matrimonio feliz basado en el respeto y el crecimiento unidos.

Cuando José Manuel se casó me fui a vivir a casa de mi hija. Me diagnosticaron Alzheimer. Al principio mi mente era lo suficientemente dura para seguir estando cuerda. Tuve algunos decaimientos, pero no eran muy frecuentes. Siguió de esta forma hasta que en plena pandemia de Covid- 19 algo no empezó a ir bien con mi cuerpo. Me puse amarilla como el color de los dibujos que veían mis nietos cuando comían y me mandaron al hospital. Yo estaba muy a gusto allí. Mi familia no tanto, pero ellos no sabían lo que había sido una vida sin los avances médicos necesarios y no esperaba tampoco que lo comprendiesen. Recuerdo estar en una de esas camas de hospital cuando lo oí. Tenía cáncer de páncreas y un tumor me estaba taponando el estómago. Era algo que podía solucionarse a corto plazo con una operación que se negaban a hacerme porque había demasiadas posibilidades de que no despertara de la anestesia. Mi hija quería intentarlo de todos modos. Veía demasiadas ganas de vivir en mí y autorizó la operación asumiendo todos los riesgos. Tardaron un mes en operarme. Desde el primer momento esperaban que me quedasen horas o días, pero ¿Qué esperaban? ¿Qué me perdiese una operación con lo difícil que hubiera sido años atrás? Y un pimiento. Por supuesto salí fresca como una rosa

de la sala de operaciones cosa que sorprendió de sobremanera a los médicos y celadores del hospital que no daban crédito a lo que veían. Los médicos dijeron que no duraría más que un par de meses e incluso que no cumpliría otro año más. Esto fue en marzo de 2020.

Mi lucha por mantenerme cuerda empezó a fallar, pero no fue malo del todo. Me transporté a mis años más felices. Me pasaba todo el día con mi hermana Carmen y llamaba a mi hija para que le abriera la puerta a los mozos que me pretendían como si fuera mi madre. Veía las liebres saltar por el campo, hacía vestidos para mis amigas y tenía conversaciones muy entretenidas con mis seres queridos. Yo solo estaba entre cuatro paredes acostada en una cama, pero eso no me impedía vivir miles de historias sin salir de allí.

El problema vino un año después. El tumor crecía muy rápido. Hubo muchos contratiempos y mis visitas al hospital eran cada vez más frecuentes. Mi hija luchó mucho por mí y tuve la suerte de tener un médico que me venía a ver con frecuencia, Adrián, quien prometió que me iba a dar lo mejor de sí hasta el final. No mintió. Evitó los cuidados paliativos¹¹ para que no sufriera, pero la situación iba cada vez peor y finalmente llegaron. Unos pocos días después, un 25 de abril de 2021 la situación se descontroló. Vino una ambulancia como de costumbre. Ilusionada le pregunté a mi hija lo de siempre “¿Nos vamos?” Ella con muchas lágrimas en los ojos me respondió “No mami, esta vez no nos vamos”. No querían alargar mi sufrimiento. Alargar un final que estaba muy presente. Esa madrugada vinieron un par de veces más, pero nada pudieron hacer. Unos minutos más tarde de la visita que yo presencié empezó a faltarme el aire, mi hija me cogió de las manos y llegó mi momento. Me fui con mis 92 años un 25 de abril de 2021 y fui sepultada junto a las personas que me hicieron feliz y se fueron antes que yo; el amor de mi vida, mi padre, mi madre y mi hermana.



¹¹ Medicina dedicada a los enfermos terminales.



*Donde la memoria falle, la
música siempre nos recordará*

Celia Hernando Movilla

GRADO EN DERECHO, CIENCIAS POLÍTICAS Y GESTIÓN PÚBLICA

*Dedicado a mi abuelo Javier y a su hermano, mi tío Jesu.
Por cuidarme, quererme y enseñarme lo que más me gusta
en el mundo; la música.*

Don Francisco Javier Hernando Cuende, y su hermano Jesús Hernando Cuende, nacieron en el hospital provincial Divino Vallés, en la calle Madrid, frente de la alhóndiga (lo que ahora se ha convertido en una residencia de estudiantes) y en la calle calera, respectivamente. Los dos aseguran, entre miradas de complicidad mientras me lo cuentan, haber tenido una infancia muy feliz. Vivían con su madre, “la abuela Tasia”, como la recuerdan ahora, su perrita “La lira” y su padre Tasio.

Tasio, aprendió en su pueblo, San Adrián de Juarros a tocar tanto la dulzaina como la armónica. Como se suele decir, de tal palo, tal astilla. Así, los dos hermanos comenzaron a desarrollar su interés por la música.

En el año 1950, ambos entraron a la escolanía, Javier con 9 años y Jesús con tan sólo 7, pues entre ellos se llevan dos años de diferencia. Mi abuelo, ya había participado antes en la schola cantorum, coro del círculo católico dirigido por Don Luis Belzunegui.

Fue Don Luciano Pérez platero “el famoso platero” -añade mi tío- quien le mandó a la escolanía de la catedral. Jesu me cuenta entre risas que, en la escolanía, habían prometido darles 1 duro todos los meses, y los mayores de los chicos, pidieron la cartilla del ahorro, a lo

que Belzunegui y Don Isidoro Díaz Murugarren, alias “cachichi” respondieron rotundamente que ¡no iban a hacer ninguna cartilla! Aquello formó un gran revuelo entre los chicos.



Los niños que mejor cantaban dentro del coro, los elegían para cantar “motetes” en una salita en las comidas donde se reunía el señor Platero con Franco para ponerse al día mutuamente.

*¿Y después comíais con ellos? Les pregunto sorprendida.
¡No nos daban ni el duro de la cartilla como para darnos de comer allí! Después de cantar, ¡cada mochuelo a su olivo! Me responde el tío.*

Dentro de la escolanía, también tenían colegio; una clase de mayores y una de pequeños. Tenían asignaturas de cultura general y una hora de música. La escuela estaba en Nuño Rasura. El edificio era de los curas y ahí vivían los sacristanes de la catedral, que serían unos 3 o 4, recuerda el abuelo.

Los hermanos estuvieron allí desde los años 50 a los 60. Cuando los niños cumplían los 14 años les echaban, ¡y les echaban sin cartilla!, Así que cuando Javier cumplió los 14, “La Tasia” (que tenía mucho carácter) dijo: “Pues si me sacan al mayor, ¡ya saco yo al pequeño!. Lo que decía Tasia iba a misa, por lo que así fue; el tío se fue detrás del abuelo.

Belzunegui quiso recuperarles y creó “los antiguos alumnos de la escolanía”. Su debut fue único, como ellos... Cantaban la misa del gallo. A pesar de haber dejado la escolanía, ensayaban todos los días en casa las canciones que allí cantaban, porque como vivían encima del patillas, estaban todo el día con las guitarras y la música, y el abuelo (que siempre ha sido muy listo) tenía todas las partituras de las canciones de esa misa. Cuando se presentaron ese mismo día en la catedral, el día 24 de diciembre (que, además, era el cumpleaños de Jesu), a Don Luis se le puso la cara de todos los colores, pensaba que se habrían presentado sin ensayar, lo que no sabía es que... ¡se sabían las canciones de la misa mejor que muchos! ¡Se pusieron a cantar y se quedó atónito!

“Se pensaba el maestro que no lo íbamos a tener todo controlado...” Cuenta el tío entre risas con el abuelo. Por entonces tenían 15 y 17 años.

De las mismas aulas donde se reunían para ensayar en Nuño Rasura, surgió una nueva etapa. Un grupo formado por amigos amantes de la música, antiguos alumnos de la escolanía, de 15, 16, 17 años todos ellos... Eutimio Ordoñez, Pedro, Blas, Jose Luis Gutierrez, Jesús y Javier Hernando, formaron “Los chamacos”. Un grupo de música sudamericana que marcó un antes y un después en la vida de los hermanos, unos de sus mejores y más felices años que recuerdan con un cariño y una emoción muy especial.

¿Y cómo decidisteis hacer música sudamericana después de haber estado cantando lírico toda la vida? Les pregunto. ¡Pues muy fácil! Dice Jesús. Como bien contaba antes, vivíamos encima del patillas, un bar donde todo el día se hacía música de todos los tipos. Allí, ensayaban los bohemios, el grupo de Pedro Gil, (eran más mayores que los

chamacos, tendrían 30 o 40 años). De ellos se nutrieron y se inspiraron para incorporar nueva música a su grupo.

Tras configurar su repertorio y pasar días y días ensayando entre buenos momentos y amigos, el grupo comenzó a dar sus primeros conciertos en la ciudad de Burgos. Cantaron en el círculo, en el divino valles, en fuente bermeja, en colegios...

Así, pasaron a formar parte de la tuna de la juventud del Carmelo, la Pocapena, con el padre Luis y el padre Arbeo. A su vez, en esta época con 16 y 18 años, ya trabajaban los dos hermanos juntos en Palacios (Javier comenzó a los 14 y Jesús a los 16).



Se deshizo la juventud del Carmelo y se reencontraron con Serafín Tapia y a Javier Gamundi, que formaban parte de los bohemios. Con ellos continuó la etapa de Los Chamacos.

Grabaron un disco, y a raíz de eso, por el boca a boca y referencias de unos a otros, contactaron con ellos de televisión española, con el famoso presentador Iñigo, y allí fueron también a cantar, dándose cada vez más a conocer.

Un buen día, pasaron por Burgos unos señores belgas, dueños de un restaurante en Amberes, que estaban de vacaciones en España. La casualidad, los llevó a la famosa tienda de música y deportes, donde se vendía el disco de Los chamacos, a los que habían visto justamente esa semana en televisión española. Quedaron sorprendidos y decidieron contactar con ellos y hacerles un contrato; su primer contrato.

Viajaron hasta Amberes. Viaje que, a día de hoy, es el más recordado de toda la vida de mi abuelo. Su mayor deseo, nos dice siempre, es volver a Amberes a cantar en el hotel donde estaban contratados y donde dejó enamorada a alguna que otra amberina que todavía recuerda.

Allí pasaron 6 meses hasta su vuelta a España. El tío, cuenta que el abuelo estaba deshecho, y la verdad es que tal y como nos habla aún de su ciudad querida, me lo puedo imaginar como si lo viera.

Poco tiempo después, los hermanos, formaron un dúo, "Los Anai", o como ellos lo llaman "Éste y yo Sociedad Anónima". Tras el dúo, formaron otro grupo, "Los cosacos" y tras los cosacos, surgió "Trovadores de Castilla".

Este último grupo, comenzó en la peña san juan del monte, y estuvo originalmente formado por 6 amigos que allí se juntaban a cantar, a los que posteriormente, se fue uniendo cada vez más gente.

El repertorio, era en su mayoría música castellana que mi abuelo componía o recopilaba y arreglaba. Entre aquellas las canciones, está la famosa Burgalesa que todo burgalés conoce y canta con orgullo.

La verdad es que para orgullo el mío. El que siento yo cada vez que la escucho y pienso en mi abuelo. Él ha dedicado su vida a arreglar y componer canciones que a día de hoy siguen sonando y son parte fundamental de la cultura y el folklore burgalés. Desde pequeña, lo recuerdo escribiendo partituras a mano y letras de canciones con su máquina de escribir. Además, todo lo que yo sabía de música, me lo había enseñado él en su querida academia "Amigos de la música". Allí



**«LOS CHAMACOS»,
A AMBERES**

**Han sido contratados por un hotel de
aquella ciudad, durante medio año**

Un nuevo éxito en la carrera artística del conjunto músico-vocal "Los Chamacos". Han recibido un ofrecimiento de contrato para actuar en Amberes nada más y nada menos que medio año. El notei "Seven Schacen" fue el que envió la propuesta y los miembros de este querido conjunto burgalés la han estudiado y han dado su conformidad.

Tras realizar las gestiones pertinentes el próximo sábado, día 26, emprenderá viaje hacia Amberes para debutar en aquella capital el día 29. El contrato barca un tiempo desde este día hasta el 31 de marzo de 1965.

Enviarnos nuestra enhorabuena a "Los Chamacos" un grupo de apreciados amigos a quienes les deseamos muchos éxitos y más alta fama que la que ya tienen en todo el ámbito regional.

"Los Chamacos"

DE
"I
33
si
65
y
pe
8
la
si
co
m
li
in
71

mi abuelo, tenía gran cantidad de instrumentos y reliquias que recopilaba de sus viajes; dulzainas antiguas, guitarras de todo tipo, un arpa precioso traído en avión desde canarias, laudes, acordeones... todos ellos sustraídos hace unos años, lo que le hizo perder una gran parte de su vida y sus recuerdos. A mí, me enseñó a tocar el órgano, la guitarra, el teclado, a leer partituras, y a apreciar, valorar y sentir la música tanto como él.

Todavía me encuentro a muchos de sus alumnos que actualmente se dedican a la música y algunos incluso han sido mis profesores. Todos le recuerdan con un gran cariño, y me llena de orgullo cuando me dicen, con admiración, que todo lo que saben, lo que ahora me enseñan a mí, se lo enseñó mi abuelo en aquella academia.

Trovadores hizo numerosos viajes alrededor del mundo. México, Chile, Buenos Aires, Viena, Miami, Ceuta, Alemania, Francia, Suiza, Italia, Bélgica y un largo etcétera. En todos ellos representaron el folklore castellano que tanto se admiraba en todo el mundo, haciéndoselo también llegar, y emocionando, a aquellos castellanos que residían lejos de su tierra, con lo que conseguían acercarles un ratito a ella.

Actualmente, Jesu vive en su casa con su mujer, mi tía Gaude (que lleva aguantando a los hermanos y sus aventuras desde que comenzó todo) y con sus hijos, mis primos David y Elena que van mucho a visitarles.

Mi abuelo, vive en una casa muy muy grande; la residencia de ancianos de Fuentes Blancas. Allí tiene muy buenos amigos que admiran su dedicación a la música y le piden que les alegre los días con su guitarra o cantando canciones que todos recuerdan. También convive con los trabajadores, que ahora, son también su familia. Juan Carlos, Charo, Rosa, Sagrario, Teresa, Miriam, María, enfermeras y cuidadores, cocineras... todos le quieren y le consienten. Es un poco canalla y les tiene a todos camelados.

Siempre ha estado allí muy feliz y cuidado. Pero es innegable que los años de pandemia han sido muy duros. Ha perdido amigos, y ami-

gas. La alegría que se respiraba en la cafetería o en los jardines ya no era la misma. Ya no había fiestas de navidad, de carnaval o de semana santa, conciertos, tardes de películas y teatro... No podía ir a visitarle cada día con mi madre (Carolina) y mi tío, no podíamos vele ni cantar canciones juntos... a pesar de ello, sus cuidadores, consiguieron que nos sintiésemos muy cerca mutuamente, podíamos hacer videollamadas, y reírnos a través del teléfono, haciendo más amenas las tardes de confinamiento.

Cuando la pandemia nos dio un respiro, pudimos volver a verle, a través de un cristal, pero toda forma era bienvenida. Poco a poco, la situación ha ido mejorando y cada vez nos acercamos más a la normalidad. Ya podemos reunirnos los 4 como antes, pasear a coco (que no puede faltar en las visitas), disfrutar de paseos y volver a cantar juntos al sol.

Me siento la persona más afortunada del mundo cuando pienso que he podido recuperar estos momentos. Muchas familias no han tenido esa suerte. Por el camino, hemos tenido que despedir compañeros y amigos de la residencia que recordamos con todo nuestro cariño, y a los que también quiero hacerles mi pequeño homenaje en este libro. Porque ellos han sido estos últimos cinco años la familia de mi abuelo. Con ellos hemos reído, hemos cantado, han animado a mi abuelo a no dejar de tocar instrumentos, hemos contado juntos historias del pasado, nos han hecho reír y emocionarnos.. y de ellos y sus familiares hemos aprendido infinitas cosas que no voy a olvidar nunca. A León, a Isabel, a Pilar, a Goyito, al Portugués, a su primer amigo Vitorino, a Pablo, a Secun... gracias por estos años y por haber formado parte de esta bonita familia.

Javier ha escrito un libro, "La dulzaina" dedicado a su padre, dulzainero (aunque no de profesión) y a su tierra, castilla. Por este libro, le conceden en 1979 el título de Burgalés del año, y en 2006, por su entrega y dedicación, le conceden el título de Burgalés de Pro. Ha compuesto y ha dado a conocer gran parte de nuestro folklore, ha recibido premios,

ha alegrado a millones de personas con su música, siempre ha sido generoso con todo aquel que le rodea. Compartía sus éxitos con los suyos, siempre se esforzó por enseñar a los demás todo lo que él sabía. Ahora, ya no tiene ninguna relación con trovadores de castilla ni con muchos de los que fueron sus más allegados en el pasado.



Su historia me ha enseñado a ver que quien realmente te quiere y te valora, se quedará siempre a tu lado sin importar cuales sean las circunstancias. Todo, y todos los demás, solo pasan por la vida, te acompañan en ciertas etapas, y un día, sin más desaparecen.

Ya no viaja, no actúa en grandes escenarios, no sale en la tele o graba discos. Ahora disfruta de la música que canta y toca con su hermano, de paseos, comidas, historias, de sus nuevos amigos y de mí, que soy su nieta, igual que yo disfruto de él cuando le veo cantar, cuando me toca la burgalesa con mi ukelele,

cuando pasea feliz con nosotras y con mi perro, cuando me llama, o cuando le veo chuparse los dedos de lo rico que le sabe el vermú de los domingos.

Estoy muy orgullosa de todo lo que ha hecho en su vida y de todo lo que me ha enseñado y lo que ha aportado a mi ciudad. Pero sobre todo, estoy orgullosa de que sea mi abuelo, y de poder disfrutar de él desde el cariño más sincero.

~ Donde la memoria falle, la música siempre nos recordará ~

Gracias al abuelo y a mi tío Jesu por dejarme conocer más sobre su vida y por ayudarme a contar su historia dedicando muchas tardes de paseo y anécdotas.

Os quiere y os admira, vuestra nieta, Celia.





La gota gallega. Y el espíritu voluntario

Petar G. Minov

GRADO EN FINANZAS Y CONTABILIDAD

Se llama Otilia, me dicen, y me postran ante una señora con 66 añosmas que yo y casi la mitad de mi estatura. Sus ojos, grandes como platos, miran con suma atención y leen cada pequeño movimiento como un águila. Anciana o no, a esta señora no se le escapa nada. La trabajadora social y la coordinadora de la Universidad, ambas a nuestro lado, observan esa tensión mientras nos incitan a que tomemos conversación. Nosotros, en cambio, permanecemos callados. Esto es un duelo donde el blandir de espadas es el arremeter de miradas. Al final, cedo yo. Al final, pierdo yo.

“¿Quéta, Otilia?”



Nos conocimos un 8 de octubre, y desde un principio vine con la intención de escribir su historia. Nunca he sido un voluntario, y no sé cómo se hace, pero soy demasiado orgulloso para admitir lo realmente perdido que me encontraba. Esta biografía fue como un pilar sobre el que apoyarnos, un tema de conversación que nunca falla, algo más que discutir la meteorología o las intrínsecas características de Burgos y sus habitantes. En octubre aún lucíaun brillante sol, y los primeros días pudimos pasear por el pequeño pero verdoso patio de la residencia de Cortes sin tentar ni a un catarro ni a una neumonía. A poco más de 200 metros de la carretera Madrid-Irún, el rugir del tráfico imbuía

nuestro pequeño paseo como el canto de pájaros, pero los gorriones eran Citroën, los jilgueros eran Fords, y las urracas eran tractocamiones arrastrando enormes y pesados remolques. Otilia no es ni tetrapléjica ni parapléjica, pero debido a su edad se mueve, principalmente, en silla de ruedas. Por el camino paramos una y otra vez a conversar con los demás caminantes, intercambiando saludos, comentarios sobre el tiempo, e incluso pequeñas alabanzas que Otilia ofrece tanto a residentes como a trabajadores. Bajo un débil pero igualmente presente sol, tomé asiento en un banco y, Otilia, desde su silla de rueda, contestaba mis preguntas.

Nació el 29 de abril de 1929, me decía, en La Coruña, Galicia. Por poner contexto histórico, en ese año se produjo el Crac del 29 de Wall Street en Estados Unidos, en Italia Los Pactos de Latrán reconocían a la Ciudad de Vaticano como estado independiente, Stalin exiliaba a Leon Trotsky en Rusia, y en España hubo un fallido golpe de estado contra Primo de Rivera. Cuestacrear lo diferente que era el mundo en aquel entonces. Nació el 29 de abril de 1929 en La Coruña, Galicia, y ella fue la tercera hija de Leonor, su madre. Su padre, por desgracia, falleció antes de su nacimiento. Con dos hermanos, José y Pedro, los dos mayores que ella, Otilia se hizo rápidamente independiente conforme crecía. Comía, por ejemplo, en el comedor de las Hermanas de la Caridad, o cuando su familia no estaba por alguna razón, ella quedaba bajo la vigilancia de sus vecinos. Cabe recalcar que la vida en aquel entonces era muy diferente; España era aún un país principalmente agrícola, y la industrialización tardaba en asentarse. La transición demográfica de la que tanto sabemos hoy en día estaba en auge, con muchos nacimientos y cada vez menor tasa de mortalidad. Los niños se criaban entre ellos, como un esquema piramidal donde no hay estafa alguna. Un día, al volver su madre Leonor del trabajo, y bajo la petición de Otilia de una tortilla francesa, después de calentar el aceite su madre abandona unos momentos la cocina y apaga el fuego. En aquel entonces, las cocinas de gas no son como las modernas, inmóviles y rígidas, sino todo lo opuesto: se mueven y se alimentan con una bombona. Otilia, impaciente, se

sube a un taburete para, quizás, comprobar como iba la tortilla, en eso que se agarra a la cocina y la sartén, aun caliente, le cayó encima. Por lo joven que era Otilia, su madre Leonor fue investigada por la Guardia Civil, quizás sospechando que estuvo involucrada en el incidente. Este receloso mantuvo hasta que Otilia, un día, le dijo a su madre: “Mala tutilla saten que hizo pupa a nena”, lo cual exoneró a su madre y la Guardia Civil dejó de asistir a las visitas. Este accidente mantuvo a Otilia en el hospital 3 años enteros. Hoy en día, Otilia conserva rastros de cicatrices en la parte izquierda de su cara y, más notablemente, la falta de esa oreja izquierda en su totalidad.

Apenas salir del hospital, Otilia se encontraría con un país en guerra; la Guerra Civil española, la cual ruge desde 1936 hasta 1939, separa, divide y enfrenta a antiguos vecinos durante casi tres años, mientras grises y rojos luchan por sus idearios. Mientras, en Europa, soplan aires de guerra, y las fuerzas fascistas que ganan territorio gracias a sus colaboradores. Las fuerzas del Eje provocan a los Aliados y comienzan las grandes atrocidades que nuestra raza – la humana, indistinta de su color de piel – es capaz de infligir sobre si misma. El enemigo, sin embargo, no es un uniforme o una bandera, sino la enfermedad de la ideología que corroe la mente y la empapa a unacausa homicida. La Guerra Civil española se ha descrito de miles de maneras por miles de expertos, todos más sabios que yo, y a los cuales invito a leer a quienes se vean interesados por ese periodo. Otilia quizás desconoce todo lo que pasa, pues era joven y hasta hoy en día cuesta componer todo el puzzle del segundo gran suicidio europeo. España, en cambio, siente todas las consecuencias, con una crisis económica, con una tremenda escasez, con una pobreza que se extiende por ciudades, campos, montes y playas.

Mientras que nuestras generaciones estarán en aulas y colegios, a los 14 años Otilia se incorpora a trabajar en una sastrería para ayudar con la economía familiar. Jose, el hermano mayor, regresa de la guerra, se casa y abandona la casa familiar. Pedro, el hermano menor, se casa y permanece en la casa familiar. Su madre, Leonor, no era particular-

mente religiosa, y la misma Fe de Otilia se iba apagando poco a poco. Fue entonces que, a esos 14 años, Otilia acude a un curso de mecanografía y conoce al beatificado Baltasar Pardal Vidal, sacerdote fundador de los institutos Hijas de la Natividad de María y de las escuelas de la Grande Obra de Atocha – en cual se impartía este curso. Otilia nunca acabó ese curso de mecanografía, pero permaneció en la escuela otros cuatro años aprendiendo conocimiento general, donde su Fe se revitalizó gracias a este sacerdote y el ambiente piadoso presente en la escuela. Fue él, en realidad, el que todas las mañanas, antes de ir a trabajar, le daba comunión a Otilia. En aquel entonces, la comunión se daba a ayunas, y así pues Otilia fingía desayunar manchando un vaso con un poco de leche y esparciendo unas migas de pan. De esta manera, Otilia disimulaba ante su familia, la cual, ella me cuenta, no estaba muy de acuerdo con su despertar religioso. Destaca por supuesto que, ante toda esta escasez del caos europeo y español, una niña elige fingir desayunar por algo más noble que ella. Cuesta imaginar cómo era Don Baltasar, aunque existen varias biografías sobre su vida, pero es él, me dice Otilia, la causa por la cual tomó la decisión que marcó el resto de su vida. Cuatro años de esta doble vida – la mitad dedicada a ayudar a su familia, y la otra mitad centrada en servir al Señor - concluyen en la decisión de Otilia de tomar el hábito religioso y dedicar su vida a Jesucristo.

Conforme pasaban los días y nos reuníamos para hablar sobre su vida, los días burgaleses se fueron volviendo más fríos e indeseables. Nuestros paseos y conversaciones bajo el sol fueron siendo reemplazados por el cara-a- cara entre las paredes de la residencia. Mientras que los demás ancianos y sus familiares tomaban la capilla y hablaban casi a voces, nosotros dos, listos que somos, nos asentábamos en una pequeña esquina del vestíbulo, alrededor de la calefacción y hablando con relativa privacidad. Cuanto más preguntaba a Otilia, más que descubría sobre su vida, y a más que apuntaba sobre mi cuadernito, más cuenta me daba de que su vida se dividía en tres partes. La primera y más obvia era la infancia, la segunda su vida bajo el hábito religioso, y

la tercera su vida en la residencia. Ciertamente, las tres son significativas a su manera. Además, para mí, la oportunidad de conocer a Otilia personalmente también fue significativo.

Toda historia pertenece a su protagonista. Es curioso conocer los grandes rasgos de la vida de una persona y luego ver encajar su personalidad con su historia. Si se conocen lo suficientemente bien, esas piezas son verdaderamente inseparables. Cuanto más que hablábamos, reíamos, y trabajábamos en esta síntesis de su biografía, más me daba cuenta lo profundamente privada y espiritual que es Otilia. Desconozco cómo llegue a esa conclusión, pues ni yo soy capaz de encontrar las palabras para investigarla ni Otilia es capaz de explicar la aún bajo una precisa pregunta. Se debe seguramente a su Fe, desarrollada desde la infancia, profunda y nutrida cuya copa, presumo, llega a los mismos cielos. Una Fe, diría incluso que es digna tanto de admiración como de envidia. Esa Fe se desarrolla bajo el hábito religioso.

Otilia perteneció a la congregación de las Filipenses Misioneras de Enseñanza, que como indica su nombre, tienen como propósito la educación. Esta congregación cuenta, hoy en día, con 44 comunidades y 20 escuelas ubicadas tanto en España como en diversos países de Latinoamérica – y desde el 2008, en Sudán del Sur – en un proyecto de promoción religiosa internacional. Obviamente le pregunté, desde el primer día, la razón por la cual se unió, y Otilia siempre destaca el deseo de ser misionera: viajar y ayudar a la gente. La vida religiosa, según tengo entendido, es una vida sencilla y de reflexión. Es un reparto entre la oración y la realización de las labores diarias, sin explosiones ni dramas como al encender la televisión. La rutina era sencilla: levantarse temprano por la mañana, ir a orar, y luego hacer las rutinas diarias, las cuales se asignan desde un principio y son diferentes en cada comunidad. Es una vida dedicada a Dios y a Jesucristo. Aun así, la vida bajo el hábito no era aburrida. Otilia me cuenta orgullosa, por ejemplo, que tuvo la oportunidad de viajar por toda España, donde incluso hoy en día tiene conocidos y conocidas hechos durante 50 años sirviendo a los demás. Nunca tuvo la oportunidad de viajar al extranjero y ser

la misionera que se propuso, pero pienso yo que no hace falta saltar a otro meridiano para encontrar algo y alguien a quien ayudar. Esto lo confirman los hechos de 1979.

En Galicia en el año 1979, Otilia, de 51 años en aquel entonces, residía en Vilagarcía de Arousa, un pequeño municipio en Pontevedra. Llevaba un tiempo asignada al Colegio de las Filipenses, ejerciendo de portera en ese colegio con funciones tan variadas como recepcionista, cocinera y supervisora de alguna de las clases, donde a veces ella impartía clases de lectura a gente analfabeta. Otilia pudo presenciar, de un modo u otro, la creación de la parroquia Nosa Señora de la Xunqueira, orígenes que se recogen en detalle en un libro publicado con razón del aniversario de las bodas de plata de la misma parroquia. Antes del templo que es la parroquia se había instalado una pequeña barraca de madera, con una lona de techo, donde se celebraban las Eucaristías en verano y otoño, e incluso un par de bodas. Esa barraca era tan simple como suena, con un pasillo central y dos laterales y como medios la ilusión que traían sus feligreses. En el invierno de 1979, Otilia organiza con los niños un belén viviente en esta barraca. Me cuenta, por ejemplo, que la barraca se divide en dos partes: el lateral izquierdo se veía una Galicia campesina donde los niños vestían como campesinos rodeados de herramientas propias del campo, y en el lateral derecho estaba la Galicia marinera, donde niños marineros rodeaban una barca y unos remos prestados por los padres de los niños. En el centro, por supuesto, presidía el niño Jesús, su madre María, y unos ángeles. El 6 de enero, como es costumbre, los Reyes Magos acudían a honrar el pesebre del Niño Jesús. Este fue el primer belén viviente de la parroquia de la Xunqueira.

Tras esas Navidades, la barraca fue derribada para la construcción del actual templo y el centro parroquial, un proceso que duró un año y medio. El lugar de culto se trasladó a un piso cedido por la familia Vaamonde Reiriz, donde en las siguientes navidades se celebró el belén viviente. La temática era parecida; rendir culto tanto a Jesucristo y su nacimiento como a Galicia y su rica cultura. Era un belén más pequeño que su antepasado, pues el espacio era menor, y todos los

niños pertenecían a la misma familia. Uno de esos días, tras acabar el belén, los niños no quisieron quitarse el tradicional traje que llevaban, y surgió la idea de organizar bailes tradicionales. Casualmente, o no tanto, la madre de los niños, María Dolores, sabía cómo bailar. La idea fue gestando desde ese momento, y los primeros bailes se organizaron en una escuela cercana, una vez más con poco más que ilusión como medios de financiación.

Otilia recuerda un detalle que incluso yo me he grabado en la mente: todo empieza con unos discos de vinilo y un tocadiscos, todo pagado a plazos. Es una escasez que hoy en día nosotros los primermundistas apenas podemos imaginar. María Dolores daba las clases de baile al creciente grupo de niños mientras que Otilia llevaba los gastos y administración del tocadiscos y los vinilos de música tradicional, más luego los trajes tradicionales confeccionados por los mismos feligreses de la parroquia. Poco a poco, la idea fue creciendo: los niños querían bailar en las fiestas. Llegadas a ellas, sin embargo, los niños se enfrentaban no a vinilos y a un tocadiscos sino con gaiteros de carne y hueso, y el gemir de las gaitas imponía más que el chillar del vinilo rallado. Hubo una desconexión, por así decirlo, entre la música en vivo y el baile de los niños. Aun así, ese no fue el final, pues los padres, contribuyendo con un poco de dinero, fueron poco a poco ahorrando para comprar la primera gaita del grupo. Luego, la segunda. Luego, profesores. Y así, poco a poco, con poco más que unas pesetas, se fue formando un grupo folclórico que se mantiene hasta hoy en día. Cincuenta niños, de entre 8 a 17 años, participaron ese primer año.

Toda la historia de Nosa Señora de Xunqueira es una impresionante lectura y seguramente mejor vivencia como lo llegó a experimentar Otilia. Debo decir que, personalmente, al investigar sus orígenes y moverme entre los documentos históricos, al toparme con el nombre de Otilia me sentía ilusionado como un niño, como si yo también formase, de alguna manera, parte de los hechos. Nunca he ido a Galicia, ni he visitado Vilagarcía de Arousa ni la parroquia de A Xunqueira, pero sé que parte de mí ya este encadenado a ese lugar. Sé que Otilia

siente lo mismo, aunque ella me ha dicho en varias ocasiones que no es ni melancólica ni nostálgica y, que lo hecho, hecho está.

Uno de los lugares de los que hablamos más frecuentemente, quizás más que Vilagarcía, es Buenafuente del Sistol, un monasterio cisterciense en Guadalajara donde Otilia tuvo ocasión de hacer voluntariado en bastantes ocasiones. Es un centro de acogida, me explica Otilia, en el que todo el mundo es bienvenido, donde las tarifas para los hospedajes las ponen los mismos hospedados y donde se reúnen tanto parejas, viajeros, necesitados y extranjeros en un ambiente piadoso, espiritual y familiar. He visto imágenes de lugar y de sus alrededores, del alto Tajo al cual se aproxima, a las verdes colinas entre las que se sitúa como una aguja de piedra clavada en un amasijo de tela. A esas imágenes les da vida Otilia, la cual me narra y describe los alrededores, el monasterio y su ambiente con tanto detalle que puede incluso enamorar. Más aun, Otilia mantiene el contacto con el capellán, Don Ángel Moreno, y de vez en cuando me encuentro con plegarias en formato audio de voz en el WhatsApp que Otilia me reenvía. Me sugiere, incluso, que visite el monasterio algún día para así aclarar mis propias dudas sobre mi Fe y puede ser que acabe haciéndolo.

Estando en Valladolid, poco después de celebrar sus bodas de oro (es decir, el haber dedicado 50 años a Cristo), Otilia abandona la congregación por motivos de salud y se instala en la residencia de Cortes en Burgos. Pregunté sobre ello, incapaz de entender cómo una gallega como ella se decide instalar en Burgos sin ningún motivo aparente. Aquí salió la plaza, me responde ella, sin darle más importancia. Otilia estaba acostumbrada a viajar, explica, y los lugares nuevos y desconocidos no la intimidan.

Recientemente se me ocurrió preguntar a Otilia sobre su jubilación. “¿Cómo se siente?” o “¿cómo fue el cambio?” o alguna pregunta equivalente hizo que Otilia me mirase con un poco de confusión. “Ninguno,” me responde. Fue solo entonces que recordé la idea de la vocación, de que el llevar el hábito no es como llevar las botas en la

fábrica o el casco en la obra. No todos los trabajos deben desembocar en fantasías de playas blancas, olas suaves, y margaritas frías como a veces nos hacen creer. No todos esperan ansiosos al fin de semana y odian el lunes como el día más pestilente de todos. Existen personas que se dedican a lo que realmente quieren, y que incluso en la vejez, incluso sin salario ni supervisión algunos, las mismas tareas se siguen repitiendo no tanto por inercia, pero por el ideal tras ellas. Otilia fue monja porque quiso. Otilia fue monja porque quiso dedicarse al Señor y ayudar a las personas. Estar en Burgos, por muy frío que sea, no consiguió apagar eso.

Instalarse en la residencia no supuso gran cambio, pues la espiritualidad y la rutina que esto empeña se mantuvo intacto. Su espíritu de entrega luce desde un principio, realizando un curso de enfermería para acompañar a aquellos compañeros residentes que lo necesitaban, ayudaba a las trabajadoras de la residencia en hacer decoraciones para los diferentes festivos (como los belenes de Navidad), e incluso representó a sus compañeros en el consejo de la residencia siendo su vocal. Por otro lado, Otilia tuvo la oportunidad de explorar talentos y deseos que se quedaron insatisfechos durante los años.

Creo que fue el primer o el segundo día de nuestros encuentros en que Otilia bajó unas impresiones de dos cuadros que había pintado. El primero, un árbol moribundo instaurado en un campo similar al de una batalla. El segundo, la sacra y piadosa virgen María con tez divina y ojos misericordiosos. Otilia me las mostraba orgullosa y yo, incapaz de competir siquiera con pintores benjamines, quedaba boquiabierto. Recuerda, entonces, la gran satisfacción que siente al acabar esas primeras pinturas, al placer de descubrir esa nueva faceta suya. El primer curso lo imparten en la residencia, y luego acude a las aulas de María Zambrano donde se imparten gratuitamente cursos varios para la vejez. Con ese espíritu creador, con esa vena artística, Otilia redescubre talentos y cualidades hasta ahora puestas en pausa. Me gustaría destacar, por ejemplo, un escrito que le pidieron desde la Universidad –titulado “*La fuerza de un ideal*” y del cual tengo una copia – y que, al presentarlo, ganó

el segundo premio sin Otilia haber escrito nada anteriormente. Pintura, escritura, encuadernación y costura son algunos de los muchos cursillos que Otilia ha cursado. Hubo, incluso, uno de inglés, el cual, pienso yo, es suficiente motivación para que nosotros mismos empecemos a dominar el “how are you?” and “very good, thanks” lo antes posible.

Mis apuntes se extienden desde el papel hasta varios documentos Word, todos abreviados y condensados en estas pocas páginas de la mejor manera posible. Aun así, muchas cosas se han quedado sin mencionar, eventos, datos, o pensamientos que, de una manera u otra, no han encontrado un lugar donde asentarse. Creo yo que, por muy detallado que uno sea, el conocer a una persona es más que el conocer los hechos de su vida, los pensamientos trassus decisiones o las emociones que las componen. Somos más que la suma de nuestras partes. También me niego a mencionar todo lo relacionado con el COVID-19 comosi fueseun malaugurio lasimple dicióno enunciaciónde ese sustantivo. Fuera de todo eso, leyendo y relejendo este escrito me doy cuenta más y más de lo que significa ser voluntario, como si esto fuese un cuento que conlleva inevitablemente a una moraleja. Admito que, inicialmente, pensé que ser voluntario es ‘ayudar a alguien que lo necesita’, cuando en verdad Otilia nunca necesitó mi ayuda. Ella tiene su vida y la tenía antes de estar yo presente. Nuestra hora de visita los sábados no es un evento cataclísmico ni es un tique pagado para los cielos. No por eso es insignificante.

Hoy en día, Otilia reside en la sexta planta de la residencia de Cortes. Recalco lo de la sexta planta pues el primer día Otilia lo mencionó muy orgullosamente y lo tomé prestado para bromear con ella. Su vida recae sobre la común rutina para todos los residentes y, en su tiempo libre, navega por Internet y escucha diversas misas, incluso el Santo Rosario de Lourdes, el cual escucha y reza en francés. Aún con 92 años, recientemente Otilia se ha interesado por el ajedrez, juego al cual hemos pactado en jugar juntos y en el cual, imagino yo, volveré a ser coronado perdedor. Tal como el invierno muda y se transforma en primavera, lo que empezó como una serie de entrevistas o visitas entre

dos desconocidos se convierte, con tiempo y cuidado, en una amistad. Eso es, quizás, la moraleja que le faltaba a este escrito.

No sé como acabar esta biografía, la verdad, pues la historia de Otilia no es simplemente una colección de hechos pasados. Somos más que la suma de nuestras partes, pero incluso más que nuestras propias experiencias. Nuestra naturaleza social nos define como gregarios, dependientes de nuestra sociedad, de nuestro colectivo, en la cual todos y cada uno de nosotros tenemos influencia. Nada de lo que hacemos es insignificante al igual que la *gota* que, por pequeña que sea, llegó a *colmar el vaso*. En estos 92 años Otilia ha conocido a muchas personas y estoy seguro de que ha tenido influencia sobre muchas de ellas. Sea diluvio o sea gota, todo tiene importancia y nada es insignificante. A veces imagino viajar y buscar a esas personas a las que Otilia hizo efecto, como un detective o investigador en busca de una verdad oculta. Otras veces recuerdo que no soy más que otro universitario, otro estudiante con aspiraciones de acabar estancado en algún cubículo, soñando con días de vacaciones, con fines de semana veraniegos, preocupado por facturas, impuestos, obligaciones, amores... Aún no estoy en esa oficina, y no veo un futuro como investigador o detective, pero sí ansío la llegada de los sábados. Poco a poco y día tras día, Otilia ha vivido como voluntaria básicamente toda su vida. Otilia, para mí, es la gota que nutre el significado del voluntariado; algo pequeño que, poco a poco, resucita a las raíces muertas y que devuelve verdor a lo marchito. Es un acto, o un gesto, una mirada o una mueca que, de alguna manera, cambia el mundo. La diferencia entre las personas voluntarias y las que no lo son es la ignorancia de nuestro valor como pequeñas gotas en la balanza del mundo. Otilia, para mí, es la gota que nutre el significado del voluntariado, pero, más importante aún, Otilia es mi amiga.

Firmado, Otilia M.S. y su amigo.





*Malaquías: La historia de
una persona altruista*

Maidier Vázquez Pedro

GRADO EN ESPAÑOL: LENGUA Y LITERATURA Y EN HISTORIA Y PATRIMONIO

Mi nombre es Malaquías Rubio Abad y nací el tres de noviembre de 1948 en el pueblo Castrillo de la Reina, ubicado en Soria. Crecí rodeado de hermanos, en total éramos siete hijos. Cuando apenas tenía tres años, una de mis hermanas se percató de que solo hacía uso de un lado de mi cuerpo. Con el tiempo fui creciendo y nos dimos cuenta de que tenía un pie más corto que otro y de que esto dificultaba mi capacidad de andar. Por otro lado, fui notando cómo la parte derecha de mi cuerpo era la que más fuerza tenía y, en consecuencia, la que usaba.

Cuando entré al colegio, lejos de sentirme diferente, me sentía completamente protegido. Aún recuerdo cómo los cuarenta niños jugábamos todos juntos. Aquellos eran otros tiempos, nos entreteníamos hasta con una chapa de cerveza. Si algo recuerdo con nostalgia y cariño es cuando mis amigos me subían en sus espaldas y jugábamos juntos al caballito, o cuando salíamos a coger leña para la estufa. Tampoco me olvido de los castigos que utilizaban los maestros con nosotros. Un día, el maestro cogió una escoba y me obligó a dar vueltas con ella; si esta se caía, me daban con ella. Él mismo sabía que, para mí, esta labor suponía un gran esfuerzo.

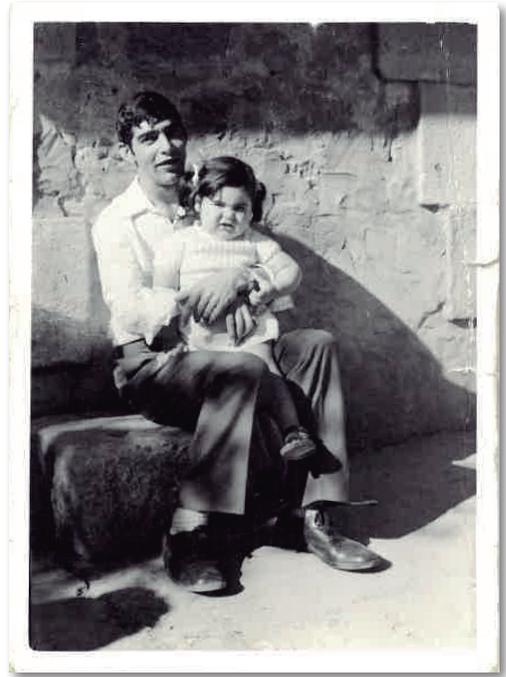
A los seis años seguía yendo a la escuela. Salíamos a la una del mediodía para comer y luego volvíamos a entrar a las tres de la tarde. Entonces aprovechaba para llevarle el almuerzo a mi padre, ya que trabajaba con el ganado. A veces, incluso le acompañaba antes de ir a la escuela. Para mí no era problema, con los años me fui familiarizando hasta con el ganado de los vecinos. Me sabía todas las marcas que tenían los animales del pueblo y a quiénes pertenecían los mismos. La verdad es que me daba satisfacción cuando ayudaba a los demás con el ganado.

Un día, cuidando de los animales, subí al monte a unos tres o cuatro kilómetros del pueblo. Recuerdo que eran sobre las once de la mañana cuando comenzó una tormenta. Todo se fue inundando y se me hacía difícil bajar con el ganado, por lo que decidí subir un poco más para que no me cogiese el nivel del agua. Tenía unos ocho años cuando sucedió, me encontraba solo y en medio de la naturaleza. Cuando se puso el sol me invadió la oscuridad y el miedo estuvo latente hasta que, a las tres de la mañana, me vinieron a buscar. Fue una experiencia que sigue en mi mente hasta el día de hoy, pero no fue la única vez que me sucedió. En la otra ocasión, la oscuridad estuvo presente de nuevo. Todo estaba de color negro y apenas se veía nada, por lo que pasé más tiempo en el suelo que caminando. Mi padre me mandó a casa, ya que pasó un vecino con un caballo y este le acercó. Lo hizo con dificultades, ya que tenían que pasar por un valle donde el agua era un obstáculo hasta para el animal. A pesar de estas dos situaciones, no dejé de trabajar con el ganado.

Un señor del pueblo le ofreció a mi padre un puesto de trabajo para mí ya que, como bien he mencionado, conocía todo lo necesario sobre el ganado y el pueblo. Finalmente, estuve un año guardándole los animales.

Mis hermanas se mudaron a Burgos y yo ya rondaba los catorce años. Había dejado la escuela, por lo que apenas tenía conocimiento en materias específicas como las matemáticas. No obstante, con el tiempo

yo también acabé en la ciudad de Burgos y comencé a buscarme la vida como podía. Me metí a vender lotería, después estuve cinco años en una sastrería e incluso llevaba los *tickets* de los coches. En definitiva, trabajé de varias cosas en la ciudad. Sobre los años 60 y 70, un vecino tenía un negocio de reparto de periódicos a domicilio y comencé a trabajar para él. A las cinco de la mañana me juntaba con los taxistas y con el pescadero para tomar un café que ayudaba a combatir el frío de Burgos. Ahí comencé a darme cuenta de lo que me gustaba, de mi esencia. Intentaba tener a los clientes contentos, era tan atento que venía gente de lejos para comprar periódicos.



En el año 71 abrí mi quiosco, fue mío hasta finales del siglo XX. Sin duda alguna, fue uno de mis trabajos favoritos. Intentaba disponer de todo lo que mis clientes necesitaban, tabaco o periódicos entre otras cosas. Si no tenía alguna cosa, la iba a buscar. Yo trabajaba mucho, solo libraba días como el Sábado Santo, el día de Navidad o en año nuevo. Por otro lado, la familia ayudaba en todo lo que podía. Fue una buena época, conocí a mucha gente, a abogados, jefes de oficina a los que les llevaba el periódico, incluso a médicos. Al lado del quiosco había una sala de fiestas a la que solía ir, ya que el dueño del club me daba pases.

En el 94 me cambiaron de plaza, por lo que tuve que trasladar mi quiosco a otro lugar. Finalmente, lo acabé cerrando en 1999. A lo quince días falleció mi padre, por lo que contraté asistencia para que

tanto a mi madre como a mí nos atendieran. Posteriormente, mi madre ingresó en una residencia. Gracias a ello comencé a realizar actividades dentro de la residencia.

Recuerdo el periodo de convivencia con mi madre, nos íbamos unos cinco o seis meses al pueblo. Tras un tiempo me percaté de que la residencia me ayudaba mucho, ya que me mantenía entretenido. Además, tenía todo tipo de pasatiempos como gimnasia o hacer pan, entre otros.

Acabé entrando a la residencia de manera permanente el 19 de abril de 2016. Allí me metí en un coro, era muy divertido ya que cantábamos en fechas señaladas como las Navidades. La verdad es que no parábamos, hacíamos excursiones fuera de Burgos, aún recuerdo cuando fuimos a la playa de Santander y a coger cerezas.

Mis actividades favoritas eran las que involucraban niños. De hecho, siempre que los pequeños del colegio de la Virgen de la Rosa tenían alguna excursión, los acompañábamos. Incluso estuvimos haciendo pan con los niños de dos a cinco años.

En otra ocasión, intentamos organizar una comedia en el teatro con dos voluntarias. Fue una experiencia magnífica, la historia del espectáculo era muy graciosa y los ensayos bastante divertidos. Tristemente, no pudimos llevar la comedia al tablado, pero fue una experiencia muy bonita.

Me encantaba ir al colegio con ellos para hacer actividades y que, posteriormente, me saludasen por la calle. Conocí a mucha gente e intenté ser amable y atento con cada uno de ellos. Para mí, cumplí mi deber.

Unos años después vino la pandemia. Lejos de mantenerme pesimista, tuve paciencia y resistí por mucho que la soledad de mi habitación no fuera de mi agrado. A día de hoy no hemos vuelto del todo a la normalidad, que es algo que me gustaría. Estoy algo triste porque dejamos de viajar y de juntarnos con los niños, pero sé que todo irá a mejor.

Ahora mi rutina es bastante tranquila. Los domingos suelo ir a misa a eso de las diez de la mañana. Después me dirijo a la residencia

para preparar la misa para los residentes. Voy habitación por habitación para avisarles de que la misa está a punto de comenzar y ayudo a quien lo necesite. Una vez que ha terminado la misa apago las luces y cierro las puertas.

También hago diversas actividades, como cestas de mimbre o gimnasia. La gimnasia me ha servido de gran ayuda pues, gracias a ella, ahora mismo dispongo de más movilidad.

A la tarde también tengo planes, o juego a cartas con las mujeres o me voy a dar un paseo. Me gusta mucho andar, intento hacerlo todo lo que puedo. Además, mientras ando encuentro a mucha gente que me saluda.

Se podría decir que en la residencia comencé mi segunda juventud. Desde que estoy allí me siento más suelto y libre. Para la mayoría de personas cumplir años es triste, normalmente la vejez se relaciona con algo negativo. Pero este no es mi caso, puedo decir que mi mejor vida es la que llevo ahora. Me siento muy agradecido, tengo a gente a la que quiero y me mantengo entretenido.

Siempre ha sido muy importante para mí cuidar a la gente que quiero. Si puedo hacer algo por ellos, lo hago. Me hace muy feliz poder ayudar a todas las personas. En la residencia, intento siempre estar pendiente de los residentes.

Un día, cuando aún trabajaba en el quiosco, mientras caminaba hacia mi casa para comer, vi a una vecina cargada de bolsas. Lejos de refugiarme en mi condición física, le ayudé con las bolsas y se las llevé hasta la puerta de casa.

Me considero una persona vital en la residencia. Si falto algún día, todos se preocupan. Si echo la vista atrás, me siento muy agradecido en muchos ámbitos. Sí es cierto que, a veces, no me he sentido identificado con nadie. Pero, por otro lado, me he sentido protegido en innumerables ocasiones, como en el colegio.

Es cierto que los problemas de pronunciación me frustran. No pronuncio demasiado claro y, en la mayoría de ocasiones, no me en-

tienden a la primera. A veces siento que no me escuchan y que solo asienten por compromiso. Estoy intentando trabajarlo, hablando más despacio y todo lo claro que puedo. Si soy sincero, creo que me entienden mejor ahora.

En general, me gustaría que me recordaran como una persona alegre y optimista que siempre puede ofrecer una sonrisa a los demás. Asimismo, también me considero una persona humilde y con ganas de vivir.

Nunca me he puesto limitaciones y siempre he intentado dar todo de mí para los demás. Es algo que me hace tremendamente feliz, ya que soy una persona muy social, me encanta hablar con la gente y hacer actividades para mantenerme ocupado.

Sin duda alguna, ahora mismo puedo decir que soy una persona feliz que tiene ganas de ayudar a los demás.

En definitiva considero que todos deberíamos ayudar a las personas a las que queremos, ser más optimistas y vivir todo lo que podamos. La vida pasa muy rápido y, como en mi caso, nunca hay una edad para sentir que es el mejor momento de tu vida.





Pilar Rica

María Sanz Perdiguero
GRADO EN COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL

Muchas veces he paseado por las calles de mi pueblo y me lo he intentado imaginar hace años. ¿cómo serían aquellas calles? La vida en esa localidad, la belleza de sus rincones y la esencia de su gente... siempre he pensado que ha sido y es la misma. Ver fotografías en blanco y negro de aquellas mulas, de las estrechas e irregulares calles y con más tierra que asfalto. Me gusta pasear e imaginar cómo habría sido todo aquello años atrás. Por eso, también me gusta tanto leer cosas nuevas sobre mi pueblo y descubrir también imágenes escondidas que cada vez me abren puertas nuevas.

Fue hace unos años cuando realizando algún trabajo (o algo relacionado con mi pueblo) cuando comencé a investigar y documentarme por mi cuenta, más allá de lo que los paisanos y familiares me habían contado de aquellas calles. Fue entonces cuando descubrí en un trozo de periódico que hablaba de “un pueblo devastado por el fuego”. Asombrada comencé a leer e informarme del suceso “un pavoroso incendio destruyó casi en su totalidad la localidad... cerca de 300 casas acabaron completamente calcinadas y más de 250 familias quedaron sumidas en la mayor de los desamparos” ¿cómo podían estar hablando de un incendio que acabó con casi la existencia de mi pueblo?

Hoy en día son casi 100km² de superficie de calles que he corrido, todos los rincones en los que he jugado a pie de cientos de casas ¿antes hechos cenizas? En el periódico hablaban de la desaparición de la Casa Consistorial, la escuela, la farmacia “y todos los establecimientos públicos y privados”

Yo pensando que conocía de dónde venía y resulta que solo sabía algunas pinceladas de aquella localidad entre la Sierra de la Demanda y la Ribera del Duero.

Y es que fue hace poco también, cuando en conversación con “la costurera” del pueblo descubrí miles de curiosidades más sobre los rincones del pueblo, aunque esta vez de manera más especial. Ella me abrió las puertas de su pasado, me invitó a jugar en las aventuras de su infancia, a bailar en los bailes de aquella divina adolescencia y entender épocas que en ausencia quizás de los caprichos, brillaba la humildad de los vecinos.

Para ello nos remontamos a un 13 de noviembre de 1933 hasta la Calle Felipe Guerrero en una fría localidad de Huerta de Rey por nombre. En la casa de José y Conrrada nació la protagonista de esta historia: Pilar Rica

Con 8 hermanos de los que a día de hoy viven 4. Cuenta que una enfermedad que había entonces, atacaba a los más pequeños quienes fallecían, aunque la suerte también llamó a su puerta y sus hermanos “los mellizos” según menciona, nacieron un tiempo después de hacerlo ella y comenzaron a presentar los mismos síntomas de aquella enfermedad. Sin embargo, al final dieron un giro de los acontecimientos y pudieron seguir creciendo sanos. No obstante, no de la misma manera pudo hacerlo la pequeña Guadalupe que a los 2 años y medio les dejó.

Aunque tras una dura vida, pero, una vida a la que muchos ahora no podrían acostumbrarse y que también se podría decir que muchos la envidiarían y es que, pese a todo, nuestra protagonista aseguraba que “se las gozaban”.

Durante la juventud, iban a las escuelas (me dejó claro que: “*en aquel entonces decíamos escuelas, no colegio*”) en lo que hoy en día conocemos en el pueblo como el edificio de “los jubilados” y es que por aquel entonces ese edificio estaba dividido en mujeres y hombres. A los 6 años entraban a la escuela donde estudiaban y aprendían allí hasta los 10 años. Durante esta etapa ella recuerda que siempre estudiaban en aulas repartidos por toda la planta baja del edificio pero que después, tras cumplir los 10 años al unísono subían a la parte de arriba hasta los 14 que era la edad con la que salían de la escuela y ahí “cada una se buscaba su vida”. Digo *al unísono* porque, de verdad que eran estrictos con eso. Es decir, que el mismo día que hacían los años con los que les permitían entrar a la escuela, ese mismo día entraban. Al igual sucedía el día que cumplías por ejemplo 14 años, su regalo de cumpleaños para algunos era salir del colegio.



Como os he contado, ella recuerda que estaban divididos en mujeres y hombres. Fue lo que me resultó curioso que pudieran repartir a sus alumnos en un solo edificio a lo que ella me respondió que no solo tenían un edificio. En esta época en Huerta había otras 2 escuelas que eran solo de chicos, una cerca de la iglesia y otra arriba cerca de lo que conocemos “el castillo” cerca del espacio en el que ahora se encuentran las casas de protección oficial.

¿Y qué les enseñaban? Pues ella recuerda que hacían cuentas o con cariño y mucha agilidad recordaba la geografía. Se acuerda de que les ponían el mapa, los ríos, las montañas... Así como los partidos judiciales como el de Huerta de Rey que pertenece al partido judicial de Salas de los Infantes con lo que recordó risueña una anécdota de cuando estaba empezando la democracia: “una vez vino un señor de fuera y en el bar hablando con unos que estaban allí que algunos eran más simpáticos que otros, le dijeron a uno: ...”

—“Oye, ¿tú de qué partido eres?”

—Y el hombre contestó: “del de Salas de los Infantes”



Y ella entre risas me decía que claro, de toda la vida se lo habían enseñado así y que el forastero se quedó pensando en qué partido político era ese.

Además de estas asignaturas, nuestra protagonista también recordó que daban costura. Cuenta que hacían una sábana, una mantelería, un cojín redondo con todos volantes y recuerda que en medio había una muñeca y que “esa era para el día de la madre” dijo con emoción. Tenían su rutina y horarios, al menos un día a la semana cosían por la tarde, les enseñaban a enhebrar la aguja, a hacer abanica, hacer crucetilla. Es por eso que luego sabían y saben lo mínimo todas.

Llegados a este punto también toca hablar de la máquina de coser, aunque no aún se si el mote “la costurera” viene ya de la escuela, eso lo descubriremos más adelante. En el colegio tenían una máquina de coser, que luego subieron al actual colegio y es que es la misma que tenían o existía en el colegio cuando nuestra protagonista iba a la escuela. No recuerda quien la llevó, pero supone que alguien la regalaría porque en aquel entonces material de este tipo era dado por gente que lo regalaba a la escuela porque no había dinero y las maestras tampoco podían comprarlo. Este trabajo en la enseñanza he aprendido que ha cambiado mucho y sin duda para bien porque tal y como me contó: “las maestras no compraban nada porque no tenían. Si ganaban lo justo... el dicho ‘se pasa más hambre que un maestro escuela’ decían así que fíjate lo que ganaban”

Aunque actualmente es algo normal ver chicos y chicas juntos, cuando ella era una niña asegura que no era normal, pero no como algo bueno o malo, sino que, simplemente no era costumbre:

“Cada uno íbamos por nuestro lado, no es como ahora. Pero tampoco no nos metíamos ni ellos con nosotras ni nosotras con ellos, cada uno vivíamos así pues lo veíamos o vivíamos y no nos parecía mal. Tampoco nos juntábamos a jugar, las chicas solas y chicos solos. Ellos iban con tiracantos y nosotras como no lo sabíamos a hacer nos quedábamos sentadas en la acera y en la calle pues a hablar y jugar”

De jóvenes cuando salían de la escuela, jugaban con las amigas. Primero normalmente merendaban y después iban a jugar un poco ¿a qué? Pues juegos como las tabas, a la comba, al carcallo, o al coto que lo llamaban: “era una tabla y un coto hecho picos, si el coto entraba en la tabla tenías que quitar tú. Era un juego individual. Y así nos divertíamos o nos sentábamos un rato a hablar en el suelo simplemente”. Así como si fuera algo tan simple y ahora en ocasiones me resulta que ante la multitud de juguetes que puedan tener, en la época de nuestra protagonista solo necesitaban algo tan simple para jugar también como una alubia: “también jugábamos a las alubias, con la baraja a ver quién sacaba el rey y ganaba la que sacaba esa figura. Y así de eso también los alfileres, dábamos y le montaba una en otra y esa pues se llevaba el alfiler ella”.

Con mucho cariño y anhelo recuerda esta etapa y siempre me recordaba que “y nada más que con eso, o simplemente estar hablando en la calle nos lo pasábamos bien” aunque no solo en esa etapa porque ya de más mayor, en esos últimos años de la escuela cuando salían cada una “pues tenía la familia o la madre tenían tienda pues se iban con su familia” a trabajar y otras, aunque recuerda que era algo poco común, pues se iban a estudiar fuera. Aunque por aquel momento “no se estudiaba mucho porque luego cuando alguna tenía una tía en Madrid se iban a servir y si otra tenía labranza en el pueblo pues se quedaba con los padres” y aquello me sorprendió lo mucho que ha cambiado, aunque ahora quizás incluso ¿demasiado? Porque desde mi experiencia siento que tras vivir épocas como la que he escuchado, en la actualidad resulta imposible no irse fuera a las grandes ciudades a adquirir una formación.

No solo esta sino muchas otras curiosidades como la de los profesores. En esa época se hacían llamar maestros. Había una gran falta de personal en esta profesión, tanto que: “sin terminar o a medio terminar, aunque ya iban avanzadas pues iban a sacarlas porque no había maestros”. Y es que en Huerta para aquel entonces entra las de 6 y 10 años y de 10 a 14 años igual eran en total 180 alumnas. Número tan solo de

chicas porque “luego otros tantos chicos”. Y ahora, en la actualidad, no hay ni una parte entre chicos y chicas, comentamos.

También a diferencia que ahora, la religión antes como el ir a misa, hacer la comunión, comulgar etc. era algo tan normal como el dormir. Y es que sus planes y vida también giraban en torno a ello: “Íbamos a misa y cuando salíamos íbamos a casa, comíamos y luego íbamos al Rosario, todos los domingos y pobre de ti si no ibas”. Después del rosario les daban la propina “nos daban 50 céntimos” y ella recuerda que lo gastaban en una tienda que era como “los chinos de ahora” porque había de todo: “nos comprábamos un caramelo donde una señora que vendía caramelos, cacharros, hierro, cazuelas... ahí había de todo (...) y



nos comprobamos un caramelo como mucho dos que es a lo que nos llegaba y nos íbamos a jugar a Arandilla” (término municipal de Huerta) “allí nos divertíamos jugando a escondernos, a hablar solo, a coger escaramujos o endrinas y las comíamos y nos divertíamos así. Cogíamos por ejemplo los escaramujos, íbamos, los partíamos y nos íbamos a la fuente de abajo. Los lavábamos bien y comíamos escaramujos los domingos” y como si de una película de tratase, bajo la mascarilla, pero por la expresión de sus ojos seguro que con una sonrisa me contó: “luego nos íbamos a casa, veníamos todas contentas, nos echábamos las manos al hombro y nos abrazábamos todas y así veníamos hasta el pueblo” y risueña como si estuviera viviéndolo conforme me lo contaba añadió que a veces cuando llegaban al pueblo: “alguna decía ay

chica! Espera un poco que nos sentamos otro rato a hablar y luego ¡jala! que ya es hora de ir a casa”

Aunque no siempre se acababa ahí la diversión del día porque entonces ya de 14 años “había un salón que podrían un tocadiscos y había baile hasta las 11 de la noche” aunque nuestra costurera no desde tan pequeña pudo ir: “a mí, mis padres no me dejaban ir, hasta que no tuviera 15 años no me dejaba, mis amigas entraban de 14 y yo me tenía que ir a casa y ellas se iban al baile” y segura añadía “¿me daba rabia? Pues sí, hasta lloraba, pero como me dijo que no pues me tuve que aguantar”. Pero a los 15 ya le dijeron que podía y disfrutando en el tocadiscos bailaban allí entre ellas o si alguien les sacaba a bailar: “pues iban los chicos a sacarnos, estaría bueno” comentó entre risas; pues iban y decían “oye podemos bailar” y claro ellas estaban con su grupo de amigas así que, si les apetecía aceptar la propuesta, o no: “nos quitábamos de la chica con la que estuviéramos bailando. Aunque si algún chico que te no te apetecía te venía a preguntar pues nos dábamos la vuelta y entre nosotras hablábamos como ‘oye mira ven que...’ y nos escapábamos”

También a raíz de hablar del sitio de Arandilla me recordó a las tardes que yo también he echado con mis amigas, haciendo cumpleaños, meriendas juntas y todo tipo de reuniones incluso ir a pasar la tarde o dar un paseo y hacernos fotos entre otras cosas. Pues le pregunté si hacían ellos también meriendas, si acostumbraban a ello y la verdad que me dijo que tal y como lo hacía yo con mi grupo de amigas no, pero sí que se llevaban alguna merienda: “un bocadillo cada una lo suyo al monte como el día de Santa Águeda o Carnaval” aunque ella no siempre podía “como era modista y tenía mucho que coser al no ser que fuera en domingo no podía ir porque tenía mucho trabajo”

Y llegados a este punto aquí va a ser donde entendamos de qué venía lo que decíamos de “la costurera del pueblo” o la modista. Y es que cuando iba a hacer 17 fue cuando comenzó. Se fue a Bilbao a aprender a hacer corte porque en Huerta había aprendido lo básico en

la escuela y aprendió también con una mujer que era modista, a coser, pero “una manga ranglán, una manga japonesa o corte difícil no sabía hacerlo entonces yo me marché a Bilbao y aprendí el corte”

Ella asegura que “tuve de más que quise de coser” pero sin duda una mujer trabajadora. Madrugaba y trasnochaba para coser porque tuvo mucho trabajo como dijo, aunque sin duda que a gusto: “porque me gustaba y lo hacía”. Y no solo podrá seguir siendo conocida en el pueblo, sino que quizás si pregunto en las localidades de alrededor por “la modista de Huerta” más de uno devuelve agradecida respuesta. “Porque por todos los pueblos de alrededor he hecho ropa. Y aun siendo mayores muchas veces a mi yerno por ejemplo le dan recuerdos para mí. Todos muy contentos conmigo y yo con ellas.”

Y entre tantas costuras, telas y ropa yo me preguntaba qué habrá tenido que hacer o cuales habrán sido las prendas que menor le hayan gustado, pues encantada me contó que los pantalones eran lo que menos, pero ¿saben por qué?:

“jamás había hecho pantalones y cuando las mujeres empezaron a llevarlos me tocó, tuve que aprender. Pero por lo demás me daba igual un traje chaqueta o un traje de verano, que una falda, una blusa, un abrigo... he hecho de todo”

Tanto que incluso hasta vestidos de novia, que casualmente para vecinos no solo de Huerta sino de Espejón e Hinojar también. Y no solo eso, además cosas más complicadas como los laboriosos trajes de jotas a particulares y al grupo. Huerta es una localidad colindante entre la Sierra de la Demanda y la Ribera del Duero, entre su cultura y bailes también se han ido desarrollando las danzas y jotas tradicionales y cuando en Huerta nació el Grupo de Danzas “la Zarrazueta” hicieron trajes desde las amas de casa, así que ella ayudó en la labor con los conocimientos que tenía, ella lo cortaba y juntas lo hacían.

Aunque los años pasen, ella sigue haciendo alguna cosa que otra, como un pantalón si le dicen: “oye este pantalón necesito... pues espera que te lo cojo” contestaría ella. Pero cosas pequeñas, a parte que asegu-

ra que ahora es diferente y que se compra todo hecho lo que influye sobre todo en la existencia de profesionales como ella: “lo compran todo hecho y ahora modistas ya no quedan, las modistas de los pueblos ya no hay ninguna porque lo compran todo hecho y dicen que para qué aprender a coser si está todo hecho” cosa que antiguamente asegura que era necesario y que incluso tenía que haber más de una. Por ejemplo, con las cazadoras o abrigos ahora “no hace falta porque llevan muchas ‘chamarras’ de muchos tipos, y si alguien quiere abrigos, van y escogen la medida, el color y todo” pero antiguamente no era así. Ella por ejemplo recuerda haber hecho para las fiestas de San Andrés (que eran en la localidad de Hinojar) muchos abrigos o también para la Inmaculada “siempre tenía abrigos para hacer”. La mayoría de los momentos que mencionó eran festivos, eventos importantes y es que la gente en esa época si tenían que estrenar abrigo lo hacía en fechas importantes, a lucirse. Por ello los de Hinojar en las fiestas del 30 de noviembre, las de Quintanarraya también para su fiesta y cree que eso al final no ha cambiado tanto: “pues como ahora, que a veces si tienes que estrenar un vestido pues lo haces el día de una boda, una fiesta...”

Aunque no todo iban a ser fiesta y alegrías. Al comienzo del texto hablábamos de un incendio, así que no podía faltar como tema de conversación en nuestra tertulia:

“Se dice que fue porque una mujer había cocido, y como barrían el horno con un palo largo con trapos, barrían el horno para poner las hogazas y al sacarlo pues se ve que hacía mucho viento y alguna chispa...”

He escuchado muchas otras versiones del origen del fuego, el caso es que fuere como fuere, se quemó todo el pueblo menos la calle larga y alguna parte cerca de la zona que se conoce como “la solana”. En Huerta hay una calle que se llama “26 de febrero”, claro yo nunca he preguntado por qué, porque suponía que sería a causa de algún evento o suceso, pero nunca imaginé que sería porque el fuego se originó allí.

Cuando sucedió, el padre de nuestra protagonista tenía 9 años. Se acuerda que le contó que tuvieron que dormir en pajares porque la

gente, el pueblo, se quedó sin nada: “animales, gallinas, todo y la pobre gente sin casa ni dinero. Lo poco que tenían en casa se quemó. Y, es más, cuando metieron las aguas del pueblo muchos años después, era todo a pico y pala y salían monedas enterradas, quemadas del fuego. Algunas salían bien, pero otras ennegrecidas” aunque no mucho agrado para quienes lo encontrarían, porque aquellas monedas serían reales o perras chicas, pero para aquel entonces ya no estaría en uso, no valdrían.

Hablamos de meter las aguas, porque hasta entonces no había agua en las casas y cuenta que iban a lavar las cosas al a fuente o al río. Comenzaron a meter las aguas cuando uno de sus hijos, Pepe, era pequeño.

Entonces en verano cogían los cacharros de comer y bajaban al río y se metían y se lo pasaban muy bien. A veces cuenta entre risas que encontraban un cangrejo y ahí echaban las horas muertas “nos las gozábamos en el río”. Y aunque estoy segura que se lo pasaría de vicio, también tuvo algún que otro susto:

“Yo me corté en el río y aún tengo la señal del corte. Estaba en el río y me hice daño con alguna piedra o algo y encima ¡mi madre me riñó!”

Y por si alguno os preguntáis que de donde sacaban el agua, ¿iban siempre a la fuente? Pues no, lo tenían en casa. A falta de tuberías, tenían pozos. Este fue otro de esos datos de los cuales quedé sorprendida porque resulta que en la actualidad muchas casas viejas sigan conservando alguno de los pozos e incluso de las nuevas, guarden en sus más profundos cimientos alguno que otro también, así como alguna sorpresa:

“Se han cerrado la mayoría, pero algunas casas de ahora que tienen humedades pueden ser porque esos pozos han cogido salida por algún sitio. En casi todas las casas, sobre todo en las de arriba, por ejemplo, en la plaza de toros donde está ahora el parque, ahí estaba la Noria, que estaba toda llena de agua. Una vez venían con carros y uno a poco se

ahoga; no era de aquí y se pensaba que se podían tumbar y al apoyarse casi se ahoga. Y al final eso se tapó y esa agua irá a algún sitio”

En Huerta siempre he escuchado que siempre ha gustado mucho el pan, el buen pan. Pero al final es algo que se puede decir en cualquier sitio; sin embargo, al igual que pasaba con los pozos sucedía con los cocederos porque muchas de las casas tenían uno. Ella me contó que “antiguamente se hacía el pan en los cocederos y el pan era buenísimo” con el agua que sacaban del pozo. Las mujeres en por aquel entonces cocían mucho; por ejemplo, en el barrio donde vivió nuestra protagonista muchas veces entre vecinas se hacían el pan un día unas y otro día otras:

—Oye Conrrada me das una hogaza de pan; le decía una vecina

—Pues cuando cueza ya te lo doy; y otro día lo mismo al revés.

También en este momento se acordaba del pan negro “cuando allá por la postguerra que había hambre” pero en esta familia el padre compraba pieles, cera y lana y vendía miel entonces viajaba mucho “igual tardaba 8 días en volver a casa que iban de pueblo en pueblo a las posadas a dormir en una saca llena de paja” pues a la vuelta de sus viajes traía fruta porque iba por ejemplo a la Rioja que “traía nueces” recuerda, también peras, melocotones y hambre no pasaron, pero “caprichos ningunos”.

Se podría decir que, en Huerta de Rey la guerra no fue tan dura como en otras localidades del resto de España aunque eso no quita hierro al asunto sobre todo para aquel momento en el que nuestra protagonista era una niña y es que entre palabras e historias dejamos un hueco para alguna anécdota o recuerdo que tras 88 años siga en su retina y es que no solo en la de ella sino que también de tantas veces haberlo escuchado, en la de su hija, Arandilla que de nombre en honor a aquel lugar que tantas alegrías ha dado y nos sigue dando:

“De pequeña cuando la guerra, era pequeña y lo que escuchaba era que todo estaba muy mal, que había que pedir a la virgen todo. Y

yo iba con mi abuela y mi madre a pedir a la virgen. Entonces un día me escapé y estaba en la ventana de la virgen, sola, rezando cuando tendría 4 o 5 años. Fue un señor, el Braulio” que, por casualidad, dicho señor que la encontró fue mi tatarabuelo “que era pastor, pasaba por allí y cogió y dijo esta niña se ha perdido, me preguntó ‘ ¿cómo te llamas? Pilar, contesté. Entonces reconoció que era la nieta de la Pilar y Holgorio que vivían en la misma calle. ¿y por qué has venido hasta aquí sola?”

Y como una inspiración, porque según era, ella aseguraba que nunca habría hecho eso, fue allí “para rezar a la virgen para que venga mi padre pronto de la guerra” .



Una historia de la pequeña Pilar, de la joven costurera, la adolescente modista y la vida de una huertana que, aunque en un momento diferente sin podernos ver la cara como nos gustaría, nos ha hecho viajar sentados al son de sus historias, poder conocer un po-

~ Cuéntame y yo escribo tu historia ~

quito más de cada rincón del pueblo de Huerta de Rey al son de carcajadas, muchas anécdotas y les aseguro, que muchas sonrisas bajo esas mascarillas.





*La historia de dos vidas
que se convirtieron en una*

Sara Rozas Azcona
DOCTORANDA EN QUÍMICA AVANZADA

Somos Isabel Pérez Rodríguez y Pepe Alonso Ruiz y nos presentamos como un matrimonio feliz que reside en Burgos después de 57 años de casados.

Isabel Pérez Rodríguez

Me llamo Isabel Pérez Rodríguez y nací en Burgos en el año 1940. Fui la última hija de una familia numerosa, la pequeña de once hermanos. Sin embargo, mis padres debieron pensar que 11 no eran suficientes, ya que acogieron a una niña del hospicio para formar parte de los ahora 12 hermanos. Me eduqué en un colegio religioso de franciscanas conocido como “el Zapatito”. Mi padre era trabajador del ayuntamiento, en la sección de arbitrios municipales, donde se cobraba el impuesto “fielato” a los productos que entraban en la capital desde los pueblos. Mi madre se dedicó al hogar y al cuidado de sus hijos toda la vida. Por ser la última en nacer no viví la guerra, sí la vivieron mis padres y mis hermanos.

Los recuerdos que tengo de mis hermanos son muy variados, debido a la diversidad de edades. Al ser la niña de la casa, era muy querida por todos. Con mi hermano más mayor, Amador, la diferencia de edad era de 28 años, por lo que nuestra relación no era de herma-

nos, más bien recuerdo como si fuera un padre. Tengo pocos recuerdos de él en casa, ya que se casó apenas yo nací y se fue muy pronto a vivir fuera. Recuerdo que un año en la cabalgata de los Reyes Magos, uno de los Reyes se acercó y me entregó una cajita con unos pendientes. Nunca lo supe, pero con el tiempo asumí que era un regalo indirecto de la segunda de mis hermanos mayores, Angelines, quien me había llevado con su prometido a ver la cabalgata. Otro de mis hermanos medianos, Antonio, solía llevarme al colegio al “arrejón” cuando había nevadas, y después, al recogerme, siempre me llevaba pastitas y galletas. Con el hermano que más recuerdos tengo es con José, el siguiente más joven, ya que al tener edades muy similares compartimos mucho más tiempo juntos. Nos queríamos con locura.

Después de la guerra se vivieron tiempos hostiles y en mi casa éramos muchas bocas que alimentar. En Navidad, mi padre recibía extras en forma de comida en el trabajo. Recuerdo que en casa, nos peleábamos e íbamos a hurtadillas a la cocina a “robar” pan y leche condensada, y después nos echábamos la culpa unos a otros.

Recuerdo también que de pequeña no me gustaba salir a la calle a jugar con los niños, me quedaba en casa con mi madre mirando por la ventana. Pero tenía muy buenas amigas en el colegio, me acuerdo especialmente de Alejandra, la llamábamos Alejandrita. Aunque no me gustase mucho salir a jugar a la calle, hacía muchas comedias, hasta los 10 años por lo menos, tanto en el colegio infantil como en el servicio doméstico. Lo debía hacer muy bien porque siempre me elegían para protagonizarlas.

Solo estudié la formación básica, aunque pude haber sido maestra, ya que tuve una madrina que me pagaba la carrera y me animaba a estudiar. Sin embargo, mi madre me necesitaba en casa (me tocó por ser la pequeña) y no me gustaba demasiado estudiar, así que se quedó en un amago.

Durante esos años de mi infancia, empecé con las monjas a aprender a coser y cuando salí del colegio continué en una academia donde

aprendí a coser a máquina y a bordar. A partir de los 16 años empecé a tener amigas de mi edad, vecinas y otras chicas que fui conociendo en la academia. Durante mi adolescencia me dediqué a realizar trabajos manuales en mis ratos libres, ya que nunca he tenido un trabajo.

A mis 16-17 años un chico empezó a fijarse en mí, pero a mí no me gustaba nada. La gente me decía que era un chico buenísimo y una bellísima persona. Durante un largo periodo de tiempo estuvo acercándose a mí continuamente, me invitaba a salir y mostraba un claro interés por compartir tiempo conmigo. Todo esto acontecía durante los paseos subiendo y bajando el Espolón de Burgos los sábados. Yo seguí en mis trece, y no quise salir con él por mucho tiempo. Hasta que no sé qué pasó, que me decidí. Bueno, en realidad sí que sé lo que pasó. Un día me le encontré en una cafetería con otra chica y se despertó algo dentro de mí. Decidida, le dediqué un disco que a él le encantaba en las máquinas de monedas.

Pepe Alonso Ruiz

Mi nombre es José Alonso Ruiz y soy burgalés. Nací en el año 1935, por lo que pasé la guerra en mi infancia. A los 4 años falleció mi padre y me quedé en casa con tres mujeres: mi madre, mi tía y mi hermana, 4 años mayor que yo. Vivíamos con mi tía porque era soltera y era la única familia que teníamos. Mi padre fue administrativo de la diputación provincial. Además, trabajó en el laboratorio de una farmacia, después de pasar también por la construcción del ferrocarril Madrid-Burgos. Mi madre era una mujer delicada de salud, por lo que requería muchos cuidados. Mi madre y mi tía se dedicaban a las labores del hogar, lavaban ropa para los militares de la guerra y tenían huéspedes en casa, lo que se denominaba pupilos. La relación con mi hermana siempre ha sido buena, la habitual entre dos hermanos de edades similares.

En la época de la posguerra se vivieron años difíciles, sobre todo en el ámbito económico. Estábamos sumidos en un innegable pozo de

pobreza y hambre. A través del estraperlo realizábamos trueques ilegales en nuestra vivienda. Utilizábamos una cartilla de racionamiento de tabaco que tenía mi abuelo para conseguir botellas de aceite y hogazas de pan. En esa época existía de todo, sobre todo el estraperlo y los contrabandistas. Valía todo para poder comer. También recuerdo ir con los chicos del barrio a recoger carbón que se caía de los vagones de los trenes, por necesidad, para casa, ya que las cocinas eran de carbón. Incluso alguno se subía al vagón para ir empujando el carbón y el resto recogerlo. Pasé hambre y recuerdo que fueron tiempos difíciles de verdad.

De pequeño era monaguillo y hacía bastantes travesuras en casi todas las iglesias de Burgos. Recuerdo que en las hermanitas de los pobres, una residencia de ancianos a la que acudía como monaguillo, recogíamos fruta para la unión frutera de Burgos y yo iba en el carro comiéndomela. En otro convento recuerdo que me daban un desayuno tan malo, tan malo, que lo tiraba en los tiestos. Después se secaban los tiestos, sin entender nadie por qué.

Durante la niñez tuve los amigos clásicos del barrio, que todavía conservo. Salíamos a jugar a la calle al bote, a las chapas y a la trompa entre otros.

Pasé los estudios básicos obligatorios en un colegio público. No hice la mili porque era hijo de viuda. Al finalizar el colegio, me fui a estudiar a una academia para prepararme, porque tenía que mantener a 3 mujeres y el único que iba a trabajar en casa era yo, así era en la época. Eran años difíciles y, honestamente, pasé hambre por la guerra, con lo cual, estudié concienzudamente preparándome para el sector administrativo.

En los años de posguerra me afilié obligado al Frente Juventudes, donde teníamos derecho a ir de campamentos. Estos campamentos estaban relacionados con el montaje de tiendas de campaña y teníamos las obligaciones correspondientes. Recuerdo que una sola tienda de campaña la llevábamos despiezada entre 6. Una anécdota que recuer-

do de esta época es que en el Frente Juventudes desfilábamos frecuentemente por las calles de Burgos. Una de las veces que nos tocó desfilarse acudió el generalísimo Franco en coche descubierto y nosotros nos subíamos al estribo del mismo, e hicimos un paseo por Burgos en el coche de Franco. Esas ideas impuestas que tenía en la juventud han cambiado mucho con los años. Me deshice rápidamente de esas costumbres.

Más adelante, me aficioné a una rondalla a través del Círculo Católico de Obreros (me asociaba con todas las fuerzas de reunión que había en Burgos, ya que no había otras diversiones). Tras un año de aprendizaje, pasé a formar parte oficialmente de la rondalla. En ese momento comencé a hacer auroras en Burgos, actuaciones en el casino, en el cine Avenida, en la emisora de Radio Castilla, etc. También acudíamos a conciertos provinciales en Burgos y Logroño con las aventuras correspondientes. Siguiendo la rondalla en las actuaciones teníamos la oportunidad de rondar a las novias de los que se iban a casar.

Más adelante me hice de la Congregación Mariana de los Jesuitas. Ahí conocí a muchos amigos, algunos de los cuales aún viven y conservamos la amistad. En la Congregación hacíamos diversas actividades: aprendí a jugar al billar y participé en unas secuencias cinematográficas sobre crítica religiosa, entre otras.

Mientras hacía mis funciones en la Congregación, estudiaba en una academia privada que me pagaba mi madre gracias a las pequeñas labores que hacía. Estudié contabilidad, cálculo mercantil, matemáticas, mecanografía y taquigrafía, entre otros, con el fin de sacar unas oposiciones. Así entré a trabajar en una gran empresa de Burgos. Esto fue a los 17 años. En esta empresa trabajé 40 años de mi vida. Fue mi único trabajo hasta la jubilación. Recuerdo que cuando empecé a trabajar iba en el coche de caballos, que se cogía en el puente de Gasset.

En ese tiempo me gustaban mucho las chicas y salía con muchas. Solía acompañarlas porque quería coger experiencia. Las acompañaba a casa y estudiaba cuál me convendría para novia. “Esta sí, esta no, esta sí, esta no...” hasta que encontré una que dije “esta es para mí”.

Pero no me hacía caso. Con esa chica hubo un tira y afloja durante casi 3 años, en los que yo intentaba e intentaba, pero no había manera. Mientras tanto, yo seguía acompañando a otras chicas. Sin embargo, la chica que me gustaba tuvo un detalle definitivo que marcó el inicio de nuestra relación. Todavía recuerdo la canción que me dedicó en un bar, la podría tararear. Ese momento fue decisivo, ya que yo había decidido dejar de intentarlo ya.

—Cómo cambian las cosas...- suspira mi abuelo sentado en el comedor de casa frente a una taza de café caliente mientras termina de hablarme de los coches de caballos. Mi abuela entre tanto me apura para que no se me quede la leche fría.

Así empezaron mis abuelos una época de noviazgo de 4 años, durante los cuales cada uno seguía viviendo en su casa y solamente se veían una vez a la semana. Pepe trabajaba entre semana hasta las 9-10 de la noche y a esa hora llamaba a Isabel todos los días por teléfono desde la fábrica.

—Mi padre me decía en casa: “anda y no le gustaba”-recuerda Isabel.

Durante estos cuatro años mis abuelos salían a pasear, iban al cine, al baile en la sala de fiestas y al baile-vermut. A Isabel le daba mucha vergüenza que le vieran paseando de la mano con Pepe, ya que era muy tímida.

En esta época falleció la madre de Pepe.

A los 23 años de mi abuela, 28 años de mi abuelo, se casaron. Isabel se casó con un vestido prestado de su hermana, quien se había casado hacía tres meses.

—Como yo era la última de todos, para mí ya no había nada, pero bueno, aquí estoy, felizmente casada—apunta Isabel, que todavía recuerda el detalle.

Fue una boda doble, para ahorrarse gastos se casaron a la vez que uno de los hermanos de Isabel. Fueron de viaje de novios por el noreste español. Comenzaron por Miranda, pasaron por Zaragoza, para llegar finalmente a Barcelona, donde vivía la hermana recientemente casada de Isabel. En la vuelta a Burgos aprovecharon para pasar por Bilbao. En Zaragoza estuvieron en un hotel que no tenía ascensor y la escalera era de caracol. Mi abuela recuerda avergonzada que como ella nunca había bebido vino, esa noche llegó tan mareada a la habitación que se tuvo que meter directa a la cama.

Una vez casados tuvieron que vivir nueve meses en casa de la hermana mayor de Pepe mientras les hacían la casa de renta. Cuando empezaron a vivir juntos solo tenían los muebles de un dormitorio y una pequeña cantidad de dinero prestada. Entonces Isabel seguía con sus trabajitos manuales para sacar un dinero y Pepe seguía trabajando en la fábrica. Mi abuelo recuerda estar como dos tórtolos “y seguimos”, dice.

El trabajo que Pepe desempeñaba en la fábrica era de administrativo: llevaba la contabilidad, cuentas corrientes, etc. Él tenía en su poder la caja de la empresa, manejaba el dinero para entregar a los chóferes que salían de viaje. Además, llevaba las negociaciones de la mercancía de los clientes que venían a comprar a Burgos, así como el control de los camiones que se cargaban. Por otro lado, y siguiendo la pista de casamentero, Pepe participó en más de cuatro noviazgos en la empresa en la que trabajaba, con sus correspondientes conversaciones, dimes y diretes.

A raíz de las frecuentes comunicaciones con los transportistas, Pepe se topó con un camionero extranjero procedente de la antigua República de Yugoslavia. Como gesto de agradecimiento, éste le dio unas monedas propias del país. A partir de este regalo, mi abuelo empezó a aficionarse a conseguir monedas de los países de procedencia de los camioneros extranjeros que visitaban la fábrica, que no eran po-

cos. Así fue como empezó su bonita afición por las monedas, que aún conserva.

A los 24 años ella y 29 él tuvieron a su primera hija, Elena. El practicante dijo que esa niña no se iba a criar por haberse adelantado 20 días y pesar 2.4 Kg. Sin embargo, el pediatra que la vio después dijo que no había de qué preocuparse porque estaba muy sana y que dentro de 3 meses no se la iba a conocer, y así fue.

En ese momento empezó a vivir con ellos la madre de Isabel, ya que, pese a dividirse los cuidados entre los hermanos, la mayoría de cuidados recayeron finalmente sobre mi abuela.

A sus 30 años, Pepe estaba deseando viajar. El primer viaje que hicieron con la pequeña Elena fue a San Sebastián. En ese viaje dejaron a Elena con unos familiares y pasaron a Francia para visitar Biarritz.

Una vez casados y establecidos en la vivienda, le subieron el sueldo a Pepe, lo que les permitió respirar más tranquilos económicamente hablando. En ese momento llegó la segunda y última hija de la familia, mi madre. La llamaron Teresa y se llevó 2 años con Elena.

Pasaron uno dos años y empezaron a viajar de nuevo, descubriendo la gran afición de mi abuelo (después de las monedas), que arrastraba así a un sinfín de aventuras a toda la familia. Iban con las chicas a cuestras desde que tenían 3 meses, muy atípico para los tiempos.

Empezaron por Galicia (Panjón, Pontevedra) y poco a poco fueron conociendo toda la geografía española. Un año pasaron las Navidades en Cádiz. Isabel y Pepe viajaron con Elena y Teresa hasta que ellas tuvieron 18 años. Después, siguieron viajando en solitario y conocieron la experiencia de viajar en avión, visitando las Islas Canarias.

La madre de Isabel continuó viviendo con la familia hasta sus 86 años, cuando falleció.

Los domingos, Pepe llevaba de paseo a Elena y Teresa mientras Isabel se quedaba limpiando en casa. Las chicas y Pepe iban a conocer nuevos lugares de la ciudad y después quedaban con Isabel para tomar el vermut. Pepe siempre les decía: “un día os voy a llevar a ver amanecer a la parte más alta de la ciudad”. Y así lo hizo. Una muy fría mañana de verano se llevó a las tres al castillo a las 6 de la mañana. Allí estaban, en la ladera este del castillo los cuatro abrazados y rezagados a oscuras envueltos en una niebla fría y húmeda, Elena y Teresa parecían dos pollitos envueltos en mantas. De repente aparecieron dos guardias civiles “de los de antes” (la guardia de Franco):

—Buenos días, ¿me puede usted decir qué es lo que hace usted aquí con tres mujeres?- articuló uno de ellos.

—Pues mire usted, no se lo va a creer, pero llevo prometiéndoles un año a mis hijas y mujer traerlas a ver el amanecer- contestó Pepe.

Por suerte les dejaron ver el amanecer tranquilos. Después, bajaron corriendo a desayunar chocolate con churros al Candilejas, y como todavía seguía siendo temprano, se volvieron a casa, a la cama. Ésta ha sido una de las anécdotas más contada en las reuniones familiares.

Más adelante, tanto Elena como Teresa se casaron, y nació así la primera y única nieta de la familia y narradora de esta historia, Carmen. A mis abuelos les hizo muchísima ilusión, cualquier abuelo o abuela se podrá imaginar. Mi nacimiento coincidió con la jubilación de mi abuelo, que tras 40 años de servicio dedicado a la misma empresa, recibió su merecido descanso. Entonces pudieron destinar de lleno el tiempo a su recién nacida nieta. Vivían muy cerca, así que me sacaban de paseo todos los días y pasaban mucho tiempo conmigo. Isabel incluso inventó una nana dedicada para mí.

Me tuvieron muy cerquita hasta los 4 años, cuando me trasladé con mis padres a Menorca y más tarde a Tenerife, así que empezamos a distanciarnos, pero no demasiado, ya que Isabel y Pepe aprendieron rápidamente a viajar en avión con mucha frecuencia. Solían visitarme 2 veces al año durante 15-20 días, aprovechando al máximo el tiempo juntos.

Después, más mayores, y con los avances propios de esta nueva época, con más medios económicos y de transporte, Isabel y Pepe empezaron a viajar en solitario fuera de España. Visitaron Francia, Noruega, Países Bajos, Italia, Portugal, etc. Sin embargo, no dejaron de visitar nunca su querido Mar Cantábrico, no perdonan las visitas anuales a la playa.

Tanto Pepe como Isabel mantienen buena relación con sus correspondientes hermanos. A Isabel, de 12 hermanos ya solo le quedan 3, con los que sigue teniendo contacto y muy buena relación. Suelen realizar visitas periódicas a las ciudades en las que cada uno vive.

En el día a día se dedican a hacer labores en casa, pasear y leer mucho. Normalmente pasean todos los días, los fines de semana se reúnen con los amigos para charlar, intercambiar impresiones y después jugar a las cartas. A mis abuelos les sigue encantando bailar, por lo que siguen acudiendo a fiestas y bailes. En verano les gusta ir al campo a jugar a las cartas con los amigos. Se reúnen frecuentemente con la familia, organizando comidas familiares, cafés, chocolates con churros, celebraciones navideñas, etc.

—Hoy en día, para la edad que tenemos, ambos estamos bien de salud, siempre con pequeñas cosas, pero en general estamos bien, y sobre todo tan unidos como siempre. Seguimos viviendo en la misma casa en la que se criaron nuestras hijas—afirma Isabel.

—Mi mayor ilusión es que nos vayamos juntos también de la mano y que mis hijas y mi nieta me recuerden con cariño—añade Isabel.

~ La historia de dos vidas que se convirtieron en una ~

—Yo pienso exactamente lo mismo, pero el doble, porque somos uno, tú y yo. Somos uno, nada más— responde Pepe mirando a Isabel.

—¡Ah! Podríamos habernos conocido antes, ya que Isabel acudía a realizar sus comedias en el mismo lugar en el que yo era monaguillo—recuerda mi abuelo.

—Además, Pepe iba a recitar las auroras a la calle adonde daba la ventana de mi casa. Recuerdo asomarme de madrugada para observar a la rondalla—concluye mi abuela.

De esto se dieron cuenta años más tarde, una vez casados.





*Esta es la historia de vida
de Angelines*

Sara Castellanos Martínez
GRADO EN RELACIONES LABORALES

Viniendo al mundo un sábado dos de octubre de 1937 y siendo la mayor de tres hermanas, María de los Ángeles Buezo Guilarte, nació y vivió durante sus primeros años en un pequeño pueblo de la provincia de Burgos, de no más de cuarenta vecinos, perteneciente a la comarca de la Bureba, Carcedo de Bureba.

Hija de Bernardina y Agapito, y hermana mayor de Nieves y Casilda Asunción, esta última tristemente fallecida.

Angelines, cuando le pregunto sobre sus aficiones, amistades o algún juego al que jugaba cuando era pequeña, me dice convencida que cuando ella era pequeña no se jugaba, que se dedicaba a ayudar en las tareas del hogar a su madre y que iba a la escuela.

A mí esta frase me deja un poco fría, ya que imaginar una infancia sin juegos me apena bastante, pero hay que ser conscientes del contexto en el que nace Angelines, en el seno de una casa humilde, dedicándose su madre a las tareas del hogar, a la crianza de sus tres hijas y a ayudar en alguna casa del pueblo o alrededores. Su padre, caminero de profesión, también compaginaba ese trabajo con la labor en algunas fincas.

Quiero destacar la palabra ‘caminero’, una palabra que, hasta conocer a Angelines, no había escuchado jamás. Creo que mucha gente

que esté leyendo esto, sobre todo los más jóvenes, coincidirán conmigo en que no la habían escuchado antes. Un caminero era, o es, la persona que trabaja en el mantenimiento y el cuidado de las carreteras, de los caminos.

Es una de las cosas que me llevo de haber conocido y haber charlado tanto tiempo con Angelines, el haber aprendido conceptos y otras formas de vida.

Creo que también merece la pena ponerlos en contexto sobre cómo y cuándo conocí a nuestra protagonista, y ahora continuamos con la historia.

Hace ahora dos años, en mayo de 2021, Lourdes, quien ha hecho posible que esta historia esté aquí hoy, nos presentó en su casa una mañana, y desde entonces nos hemos estado viendo cada cierto tiempo para dar pequeños paseos y a la vez, ir completando esta historia. Así que, después de dos años, es bastante el tiempo que hemos compartido.

Ahora sí, continuamos con el relato, como iba diciendo, sobre los juegos de Angelines cuando era pequeña, a pesar de repetirme esa frase de que no jugaba cuando era pequeña, si le insistía en que me explicara eso de que no jugaba, me decía que alguna vez se juntaban los niños del pueblo y hacían alguna cosa en la calle.

Su edad escolar empezó con 5 o 6 años, asistía a la escuela del pueblo junto a sus hermanas. Me dice que allí le enseñaron a sumar, a restar, a leer y a escribir. Cuando le pregunto por las multiplicaciones o las divisiones dice que como eran chicas, esas cosas no se las enseñaban.

La familia, aparte de la casa familiar, tenía en el pueblo alguna finca que usaban para guardar y tener a sus animales o para plantar y cosechar algún alimento.

Recuerda de esta etapa un caballo que tenían y que usaban para transportar el trigo de un pueblo a otro.

Su adolescencia estuvo marcada por la muerte temprana de su padre Agapito, a los 39 años, por una enfermedad.

El fallecimiento de su padre propició la marcha de la familia del pueblo a la ciudad, ya que, su madre en solitario, no podía mantenerlas a todas con lo que ganaba con su trabajo en las casas.

Llegó a Burgos a los doce años, poco después de morir Agapito, lamenta mucho que muriera tan pronto, me dice cuando le recordamos.

Compraron una casa para alquilar y así recibir ingresos pasivos y ellas se fueron a vivir a la buhardilla de un edificio, la cual compartían con un matrimonio.

La mujer de este matrimonio no tenía mucha simpatía hacia la familia de Angelines, por lo que tenía comportamientos muy reprochables hacia las cuatro, como, por ejemplo, robarles toallas y comida, entre otras cosas. Era una persona muy desagradable y malencarada, algo que Angelines recuerda a la perfección.

Sobre la continuación de los estudios de nuestra protagonista, lo que dejó en la escuela del pueblo con doce años, lo continuó en un colegio no mixto de la ciudad, del que salió cuando estaba a punto de cumplir los catorce para ponerse a trabajar y así ayudar a su madre a sostener a la familia.

Angelines ha tenido numerosos trabajos a lo largo de su vida, siempre alegando que no ha hecho otra cosa que trabajar, trabajar mucho.

El primero, cuando dejó la escuela, rematando guantes.

Estuvo después un tiempo trabajando con una modista, siendo la encargada de hacer llegar los encargos a los clientes, andando o en carro de caballos, dependiendo de la distancia que hubiera hasta la casa del receptor.

A lo que a amistades se refiere, me decía que en su adolescencia no había tiempo para eso, ya que dedicaba todo el día a trabajar y a

ayudar a su madre. Sus amigas eran sus dos hermanas y con ellas pasaba algunos de sus ratos libres.

Noviazgos o amoríos en la adolescencia ninguno, aunque me narra que en su juventud se estuvo escribiendo con un muchacho portugués. Accedió a su contacto por el periódico, ya que ahí se había anunciado el joven. Nunca llegaron a verse en persona, pero guarda un buen recuerdo de aquellas comunicaciones.



En su juventud, recuerda quedar con sus amigas los domingos para dar una vuelta, el único día de la semana que no había tanta faena y podía dedicar parte de su tiempo a algo que no fuera trabajar o ayudar en la casa.

Disfrutaba quedando con sus amistades, yendo al cine o al teatro, no eran de tomar nada.

La relación con su familia siempre fue muy buena, con sus hermanas y con su madre. Con su padre Agapito también se llevaba muy bien, y dice que les dejó muy solas cuando se fue.

A su marido lo conocía de toda la vida, ya que era su primo Julio, y desde pequeños habían pasado mucho tiempo juntos.

El enlace matrimonial tuvo lugar cuando ambos tenían veintisiete, más o menos, ya que eran de la misma edad. Se celebró en la ciudad de Burgos, en la Iglesia de la Anunciación, rodeados de la familia y de los más cercanos amigos.

La familia de ambos, con algunos miembros en común, nunca se opusieron o manifestaron abiertamente que esta unión no les pareciera bien o conveniente.

Esto a mí personalmente me chocó un poco, luego comprendí que en la época era algo mucho más común de lo que pensaba.

El viaje de novios, como no había mucho presupuesto, fue a Madrid, donde tenían familia. Allí pasaron unos días de visita. Después de Madrid continuaron la luna de miel en Bilbao, donde también tenían parientes. Y tras unos días de descanso y de visitas familiares, pusieron rumbo de vuelta a Burgos.

Angelines estuvo viviendo en casa de su madre hasta que se celebró la boda. Entonces, se fue a vivir con su marido al piso en el que todavía a día de hoy vive.

Sólo tuvieron un descendiente, Carlos, que nació un año después de que se celebrara el enlace matrimonial.

Y tristemente, su marido Julio también se fue muy pronto, a causa de una enfermedad, dejando a Angelines al cargo de la casa y de Carlos.

Durante veinte años estuvo trabajando en la fábrica de la Cellophane, y otros veinte años en el Hospital General Yagüe, como limpiadora.

Yo puedo ver todos esos años de esfuerzo y trabajo al hablar y al ver a Angelines.

Estuvo dando clases de catequesis en la Iglesia de su barrio durante varios años tras su jubilación. No lo había mencionado antes, pero, nuestra protagonista es una mujer muy religiosa, y además practicante, cada domingo no falta a su misa.

Cuando se jubiló, también hizo varios viajes con sus amigas y el Imsero, viajes a la playa, principalmente, ahí siento yo que Angelines empezó a disfrutar un poco de su vida, olvidándose del trabajo por primera vez.

Actualmente vive en la calle Doña Berenguela, en una zona, a mi parecer, muy bien situada en la ciudad de Burgos, cerca de cantidad y variedad de servicios y a poca distancia del Centro. Ahora, con 87 años, Angelines no puede caminar como antes, como es natural, por lo que la situación de su casa me parece muy apropiada. También tiene la iglesia a escasos cinco minutos, punto muy positivo.

Desde hace algunos años, viene participando en el proyecto de Alojamientos Compartidos entre personas mayores y estudiantes, promovido por la Universidad de Burgos.

Durante el curso académico, convive con una estudiante con quien comparte momentos, se ayudan mutuamente y colaboran en las tareas del hogar.

Este es el cuarto o quinto año que Angelines forma parte de esta iniciativa, pero dice que será el último. Cuando acabe el curso, una cuidadora profesional entrará a vivir a casa de Angelines para que pueda estar cuidada y vigilada. Aunque bien es cierto que ella se vale y se sobra, ya que cocina todos los días, hace sus recados y mantiene la casa perfectamente recogida, testigo de ello soy.

A las consultas médicas, por ejemplo, le acompaña su hijo, al que ve diariamente porque le prepara las medicinas que tiene que tomar a diario.

Si hablamos de sus relaciones familiares, tiene un nieto de diez años al que quiere mucho.

Su hermana Casilda Asunción murió hace algunos años, y su otra hermana, Nieves, es monja de clausura, así que se ven dos o tres veces al año, cuando Angelines le va a visitar.

Con su hijo y su nuera se lleva muy bien. También mantiene relación con algún primo o prima, con los que mantiene contacto telefónico. Con su sobrina también mantiene contacto.

El día a día de Angelines es el normal para una mujer de su edad. Se levanta sobre las nueve y media o diez de la mañana, se prepara su

desayuno, se acicala y sale a la calle a hacer los recados que toque ese día, normalmente pequeñas compras en los negocios del barrio.

Cuando ya ha hecho las tareas fuera de casa, entreteniéndose hablando con unos y otros, sube a casa para hacer la comida.

Después de comer no duerme la siesta, como suele ser lo normal entre los mayores (y no tan mayores, servidora incluida), así que se pone a hacer punto mientras tiene de fondo la televisión.

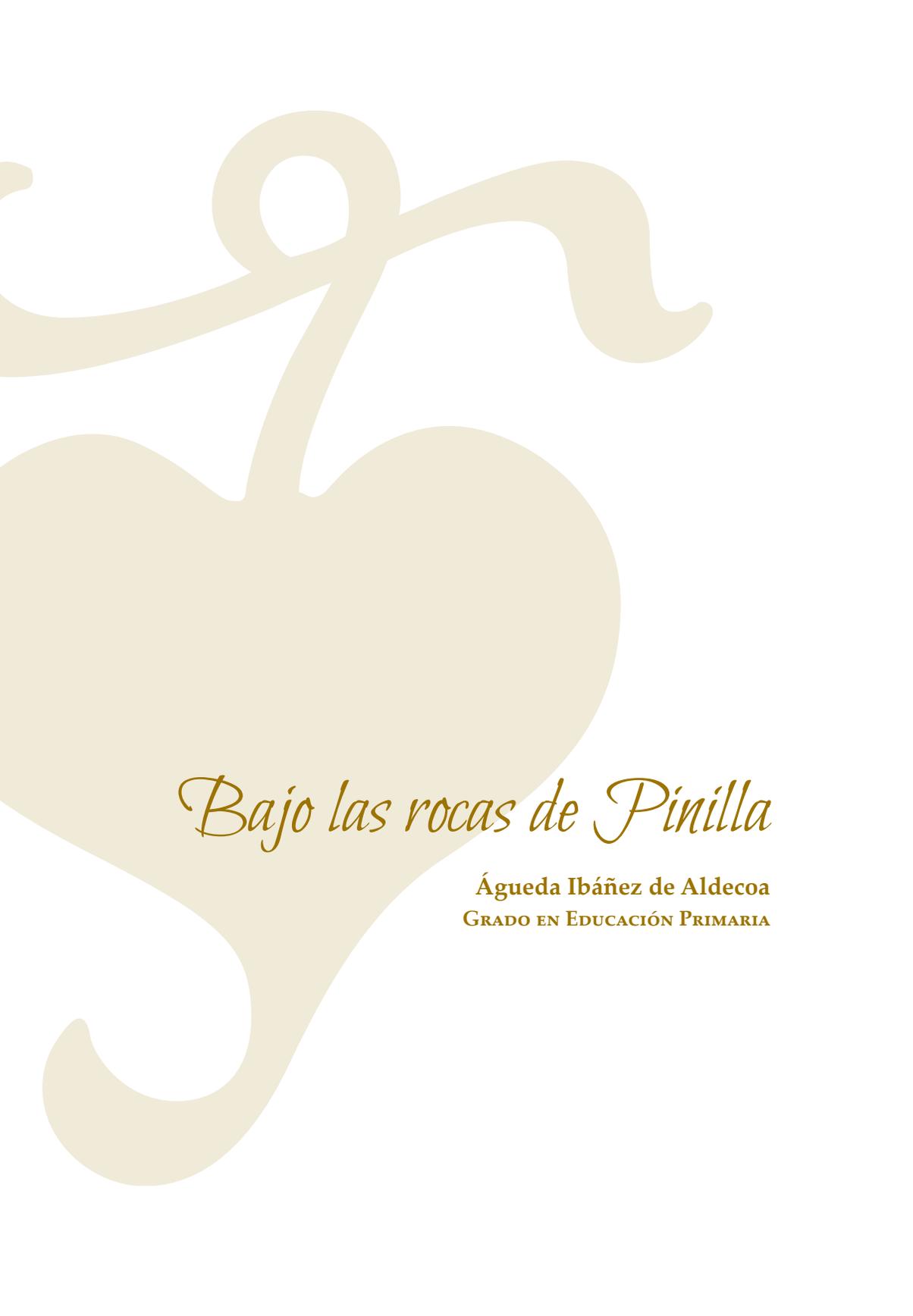
A cierta hora de la tarde, y si el tiempo acompaña, es decir, si no llueve o si no hace mucho frío, baja al parque que tiene a escasos metros de su casa a sentarse en alguno de los bancos, acompañada por alguna amiga, si es que coincide que ambas bajan al parque, porque quedar como tal, no quedan, simplemente se encuentran (me pareció muy tierno cuando me lo contó, la incertidumbre de no saber si te vas a encontrar ese día con tu amiga).

Y podemos terminar diciendo que mi relación con Angelines no termina cuando terminan estas líneas, sino que seguimos viéndonos de vez en cuando, dos años después de habernos conocido, poniéndonos al día y viendo como las dos nos hacemos mayores.

Esto puede parecer simplemente una historia, pero fue y es tiempo compartido y disfrutado juntas.

Gracias por leer la historia de Angelines, creo que todas merecen ser contadas y, por supuesto, escuchadas.





Bajo las rocas de Pinilla

Águeda Ibáñez de Aldecoa
GRADO EN EDUCACIÓN PRIMARIA

Mi nombre es Águeda Ibáñez de Aldecoa de la Parte, soy una joven estudiante de veinte años que sueña con ser maestra y pedagoga en un futuro no tan lejano. Gracias a este proyecto de encuentro intergeneracional he podido descubrir y sentir nuestro pasado como sociedad a través de “Oliva”, abuela de una querida e íntima amiga de la infancia. A continuación, os narro su historia de vida: una vida sacrificada, pero feliz, marcada por los tiempos de posguerra.

Soy María Victoria Oliva Cámara Izquierdo. A pesar de que en mi DNI el nombre de Oliva no aparece, todos me llaman así desde joven. Tengo 83 años y nací el 3 de junio de 1939. Aunque vivo actualmente en Burgos, toda mi vida la he pasado en el pueblo: Pinilla de los Barruecos. Te asombrarías de sus preciosos paisajes con rocas y lo bien que se vive allí. Fuimos cinco hermanos: Restituto, Dolores, Paula, Alberto y yo. Ahora somos dos. Yo soy la más pequeña, la que más cuidados suele recibir, como dicen... aunque no lo creo de todo. Mi padre se llamaba Evaristo y mi madre Francisca.

Comenzaré hablando sobre mi infancia, la cual recuerdo con agrado. En el pueblo de Pinilla había colegio de chicos y de chicas,

ambos de carácter público. Todas las niñas estábamos en una clase con un único maestro, cuyo apodo no se ha borrado de mi memoria a pesar del tiempo: Burrajo. No era malo, pero nos pegaba con la regla cuando lo hacíamos mal. Supongo que en esa época era lo normal, sino no se aprendía bien. Éramos casi 60 niñas en la clase más o menos. Años más tarde, tuve una maestra llamada doña Gertrudis, menos exigente que el anterior maestro. Ella era bastante lista por lo que me parecía entonces. Doña Gertrudis se enamoró de un cura y se fue con él. Las quejas hacia el obispo afloraron y finalmente le sacaron de cura, claro. La verdad es que no lo llevaban muy en secreto, pues vivían en las escuelas, en la plaza del pueblo. El cura tenía cuatro hermanas que dependían de él. Doña Gertrudis y él se hacían señas y quedaban a escondidas, ¡vaya historias hija! Recuerdo que una vez salimos de fiesta a la plaza del pueblo y una de mis amigas les divisó de la mano a lo lejos. Fuimos corriendo a ver si era cierto que eran ellos, nos escondimos tras unos frondosos matorrales y ahí observamos con los ojos de plato lo que ya preveíamos como cierto desde hace meses atrás. Los rumores en el pueblo son como pólvora, no os imagináis la de horas que dieron para hablar la parejita... Gertrudis por aquí, Gertrudis por acá...

La verdad es que ella poco nos enseñaba, porque estaba liada con él y amén Jesús. No tenía muchas ganas de enseñarnos a pesar de que era muy inteligente y lo podría haber hecho bien, pero estaban tontos los dos enamorados. Calculo que ella tendría unos treinta y tantos años. Se comenta en el pueblo que se fueron a vivir fuera de España años después, pero les perdimos el rastro...

En cuanto al colegio era muy religioso, como no había esperar de otra manera en la época en la que estábamos. Los domingos teníamos que ir a la escuela, pasaban lista y apuntaban quienes no acudían. Caminábamos a la iglesia en procesión con una cruz. Antes de empezar la clase se rezaba una oración de entrada y se santiguaba uno. Yo tenía amigas fundamentalmente, la mayoría en el pueblo éramos primos primeros, segundos...o lo que fuese.

Pensando en cuál era mi rutina en la infancia... recuerdo perfectamente que a las 10:00 comenzaban las clases del colegio hasta la 13:00 que se salía para comer. Luego volvía de 15:00 a 17:00 de nuevo. Las tardes en Pinilla eran parte de la rutina en cierta forma, pues no existían como ahora tantas actividades que hacer. Por aquel entonces, salíamos a jugar por el pueblo y no nos mandaban deberes. Todo lo que se aprendía era únicamente en el colegio, ya que no reforzábamos en casa. Quien necesitaba hablar con alguien que vivía lejos utilizaba el teléfono de la telefónica en el pueblo. Recuerdo que era una señora quien se encargaba de eso. Cuando ella se fue, vino un señor de baja talla y bigote característico. Era un señor muy serio, pero solo era fachada. Cuando acudíamos a llamar por teléfono recuerdo que hablaba con un tono grave por detrás de su bigote, y cuando parecía que su mirada te iba a fulminar sacaba un caramelo de su cajón y nos le entregaba con una sonrisa.

El colegio no estaba diferenciado por cursos, íbamos a la escuela simplemente a aprender. Todos estudiábamos lo mismo independientemente de la edad que tuviéramos, excepto los más pequeños que estudiaban las letras. A diferencia de ahora, a nosotros no nos daban notas a final de curso. El maestro sabía que nos lo sabíamos porque preguntaba diariamente y lo anotaba en su registro. Además, nadie repetía claro, porque no existía la división de cursos. Cuando cumplí 14 años dejé de estudiar y me fui dos años más tarde a Barcelona de sirvienta a trabajar. Mis padres tenían una conocida allí y me colocó en una casa. Pero más que cocinar y recoger, mi función consistía en llevar al colegio a una niña.

La razón por la cual tuve que irme a Barcelona fue porque en la época de invierno éramos muchos hermanos en casa y no hacíamos nada. En verano ayudaba a mis padres a recoger el trigo, pero en invierno ya nada. De septiembre a abril no se podía trabajar en el campo, y más en Pinilla, que vaya frío hace... Mis hermanos mayores también se fueron antes que yo a una fábrica

a Barcelona. Estuve seis años trabajando allí en la casa. Cuando llegaba verano regresaba al pueblo. En uno de esos veranos, en las fiestas del pueblo, conocí a mi marido.

Cambiando de tercio...no he hablado de mis aficiones, porque no tenía, pero lo que sí que tenía era mi trenza. Siempre me peinaba mi hermana mayor con una larga y preciosa trenza de color rubio, era preciosa. Cuando fui a Barcelona me la cortaron y me dejé el pelo corto. Claro, con ella parecía una niña y no podía dar esa impresión, a pesar de que en realidad lo siguiera siendo. Guardo aún en mi casa aquella trenza, pues simboliza mucho para mí. Allí en Barcelona estaba con mi hermana y algún conocido de mi pueblo. Quedábamos y jugábamos los domingos a las cartas, hablábamos... Me comunicaba con mi familia con cartas y muy de vez en cuando llamaba. Antes de llamar quedaba con mi madre a una hora concreta.

Durante mi juventud no he viajado nada, hasta que no he sido mayor no he ido a ningún sitio más que a Barcelona. Allí éramos todos amigos y no tuve ningún novio, antes no era de "novios" como ahora que se tiene uno un día y al siguiente otro. Yo me casé con Javier a los 22 años. Como ya he dicho antes, le conocí en mi pueblo en las fiestas bailando. Por entonces no se tenía la costumbre de beber como ahora los jóvenes. Las mujeres no bebíamos nada de nada... bueno, algún porroncito como mucho. Los hombres, sin embargo, iban a las tabernas y se emborrachaban algunos de ellos. Javier no era de beber la verdad. Nos casamos en el pueblo con 150 invitados el 16 de septiembre de 1961. Contratamos una charanga, que era habitual que en los pueblos hubiese una. Tocaron en directo con el tamboril, una gaita, percusión... La boda la pagaron nuestros respectivos padres. Fuimos de viaje de novios a la capital a pasar ocho días en los que básicamente comíamos de aquí para allá. Cuando me casé dejé de trabajar y regresamos al pueblo. Mi marido era labrador y tenía tractor. Yo no tuve que ir a cavar patatas al campo porque al ser la pequeña de los hermanos me libré en cierta manera.

Gracias a lo que cultivamos y a la matanza del cerdo se iba sobreviviendo cada año. Se echaba aceite para conservarlo mucho tiempo y hacíamos chorizo, morcilla, etc. También teníamos ovejas. Del ganado comencé a encargarme yo y mi marido de la agricultura, pues era un trabajo arduo y exigía fuerza. Cada mes un ganadero del pueblo mataba un animal y lo repartía proporcionalmente entre las personas del pueblo; con ello echábamos una tajadita a la comida para que tuviera algo de sustancia. Recuerdo que la comida diaria eran garbanzos con un poco de choricito. La verdad es que al vivir en un pueblo y ser una familia de clase media no pasamos hambre ni mucho menos, porque sembrábamos también con el molino, teníamos harina y mi madre hacía hogazas.



En cuanto al tema de la guerra no se hablaba nada, reinaba un clima de silencio en todo el pueblo. Hubo persecuciones: a uno de mis tíos le tuvieron que refugiar en el convento. Llegaban cartas de aviso de que venían patrullas y había chivatos por todo el pueblo. Por esta razón era mejor no meterse en el tema. Nos informábamos del día a día a través de los periódicos y la radio, fundamentalmente.

Tuve un aborto y tras este, cuatro hijos. El mayor se llama Melitón, seguidamente están Juan Antonio, Espe y Javier. Este últi-

mo es policía y le tuve con 43 años. Se lleva 20 años con su hermano mayor. Vivimos mucho tiempo en Pinilla. Durante esos años, los dos hijos mayores estudiaron en Tardajos, un pueblo cerca de nuestra casa, pues la escuela de Pinilla en la que yo estudié cerró por falta de niños. Se produjo el éxodo rural a las ciudades, pero nosotros éramos labradores y no podíamos marcharnos. Estudiaron allí hasta los quince años, y más tarde fueron a Madrid a continuar sus estudios de veterinaria y derecho. Cuando mi marido murió, vendimos toda la ganadería y nos mudamos a la ciudad. Yo tenía entonces 55 años y no podía hacerme cargo de todo eso obviamente.

Ya en Burgos, alrededor de 1995/96, estuve viviendo con mi hijo pequeño y con Espe. Cuando ella nació comenzamos a preocuparnos por su estado de salud. El médico del pueblo con el que teníamos una gran amistad, no nos quiso decir que lo que le pasaba es que tenía síndrome de Down, supongo que, por apuro, pues no era noticia de agrado, ni mucho menos. Nos recomendaron acudir a Madrid a hacer un diagnóstico. Finalmente fuimos a un clínico de Barcelona, en el que anunciaban una medicina para “estos niños”. Estuve durante un mes con mi hija ingresada administrándole la medicina. Al poco tiempo pasado nos dijeron que no se iba a curar. A pesar de todo, ha tenido una vida buena, pues tuvimos suerte de que fuera acogida en el pueblo. Todo el mundo la quería muchísimo. Estudió en un colegio de Madrid, “Ángeles de la Guarda”, ya que en España era de los pocos colegios en los que se impartía educación especial. Dentro de las discapacidades, la intelectual ha sido la menos desarrollada hasta ahora.

El cura de nuestro pueblo nos ayudó mucho y nos facilitó el acceso a su educación, pues era muy cara y no estaba subvencionada por el gobierno, como era de esperar. Nunca nos dieron ninguna ayuda. Se pagaba 8.000 pesetas al mes y estuvo en esa residencia desde los 8 a los 18 años. Durante los fines de semana pasaba el tiempo con sus tíos de Madrid, hermanos de mi marido y en los veranos regresaba a Pinilla.

~ Bajo las rocas de Pinilla ~

A partir de los 18 años dejó de poder estar allí y comenzó a trabajar en Aspanias, una asociación que también nos ha ayudado mucho junto con la Once. Antes de que mi marido muriera pudo firmar los papeles de la niña para que tuviera la residencia garantizada ya para siempre. Esto fue un gran alivio la verdad...

Actualmente no hago nada, estoy jubilada... Pero cuando llegué aquí estuve atendiendo dos horas al día a un niño que me buscaron unas monjitas mientras sus padres trabajaban. Así ganaba dinero para seguir pagando la seguridad social, ya que tenía 55 años y así cotizaba.



Puedo decir que mi vida ha sido buena y he sido feliz afortunadamente. He estado enamorada, casada, he tenido un buen marido, hijos preciosos... El Covid me ha paralizado un poco la vida, como a todos. He pasado mucho miedo por mi hija, me cau-

~ Cuéntame y yo escribo tu historia ~

saba terror que nos separaran y no nos pudiéramos ver más. Pero esto, como el resto de los momentos “malos” de la vida son solo eso, momentos que terminan pasando. Lo que les digo a mis nietas, disfrutad de la vida y a tomar por saco.





Equilibrar la altura

José Abelardo Carmona

GRADO EN DERECHO

*“Tuve que ayudarme de siempre
para ser lo que soy ahora”*

No tiene las manos de un leñador o de un trabajador metalúrgico forjando el hierro, ni las anchas espaldas de un minero de Potosí en Bolivia, respirando y subiendo alturas. Su figura diminuta, poco más de un metro cincuenta, una pierna corta, la derecha, que debe complementar con una plataforma de unos cinco centímetros de alto, para “equilibrar” la altura a su pierna izquierda.

Félix, cuando compra zapatos, siempre tiene que pegar fuertemente sobre el pie una pasta dura que evidencia que su valor supera el de los zapatos.

—Solo hay un zapatero que hace esto. Llevo muchos años comprando la plataforma en este sitio —me dice Félix.

Estamos en un banco en el parque. Es sábado, las 12 del mediodía. Intentamos ir a una cafetería, está cerrada. Camina con dificultad. Me dice que cada año se cansa en menos distancia.

—Tengo 79 años, así que haga la cuenta. Y hace 58 años estoy aquí, en la casa. Es esta casa mi familia, es lo único que tengo. Tres hermanas mayores, que murieron. Una sobrina enfermera vive en Valladolid, no quiere saber nada de mí.

Félix, nació en 1940, en el pueblo de Alvaces, la cantera de Valladolid, el primer año de la posguerra. La derrota de la República que trajo hambre y miseria y represión hacia los republicanos derrotados.

—No sé nada de esto, no me afectó. Vivía muy mal con mis hermanas, era el menor y, ante esa situación, pedí a la familia que me internaran en un centro de menores. El centro se cerró y fui trasladado a un internado, que quedaba por el lado de la catedral. Cumplí 19 años y ya no podía seguir en ese sitio. Le dije al director de no volver con mi familia, que no me la ganaba, que un cacho de pan, que yo no lo quitara, y a esa edad ingresé en la residencia de San Agustín.”



“Uno trabaja como juega en la niñez”, decía Makárenko en su poema pedagógico. Y los pediatras cubanos (tan lejos de dios y tan cerca de Estados Unidos): “Dame un niño de siete años y responderé

por el resto de su vida". No en vano, para Zaxel Borsch, "la infancia y la juventud de las personas juega un papel determinante a partir de los 50 años". Zaxel Borsch.

Félix no jugó de niño, porque lo pilló la guerra, como dicen Fito y los Fitipaldis. En las conversaciones, no llegué a saber cuál fue el verdadero motivo de desprenderse de sus tres hermanas y de su madre, siendo un menor de edad, sabiendo a ciencia cierta que lo más importante es la familia. ¿No querer depender de ellas? ¿Una mala relación con esas hermanas, que eran mayores? ¿Lo obligaron ellas a que fuera a ese centro de menores? Y ese contexto del año 40, en el que el franquismo consolidaba su poder fascista, una época de escasez y pobreza, en que las familias se las apañaban para sobrevivir.

Félix era consciente de que necesitaba un trabajo. Esa minusvalía de la pierna derecha, más corta. Y el ojo del mismo lado, por el que no veía. Me cuenta Félix que un médico, al echarle colirio para unas cataratas, le quemó el ojo. La cortedad de su pierna fue por accidente. Internado en la clínica, sufrió una caída y, como dicen en mi pueblo que tras de gordo, hinchado, Félix quedó jodido. No le daban trabajo en la ONCE y aunque muy joven, después de mucha insistencia, lo ficharon en ASPANIAS haciendo recubrimiento de bañeras de hidromasaje, que empacaba en cajas.

—¿Qué vas a hacer, es gente mayor y tú eres muy joven? Yo quería estar bien y llevarme bien con todos, y trabajé hasta jubilarme. Mira este reloj, me lo dieron cuando me jubilé. Lo tengo hace 11 años— Me enseña su reloj de esfera blanca y punteros y números negros, como un trofeo.

—Y por la noche puedo ver la hora, porque el reloj se ilumina.

La residencia San Agustín para personas mayores cuenta ahora con amplios servicios. Baile, bingo, prensa, excursiones, fiestas, música, teatro, gimnasio, trabajadores sociales, voluntariado, asistencia farmacéutica y de enfermería. Biblioteca, sala de estar, sala de lectura, sala de visitas, peluquería. Un poco de todo. Seguro que, cuando ingre-

só Félix, no contaba con todas esas comodidades. Pero Félix afirma con satisfacción que, en su tiempo, lo atendieron bien, con el alojamiento y la alimentación y los cuidados necesarios.

Afirma con satisfacción que en su tiempo lo atendieron bien, alojamiento, alimentación y cuidados.

Félix es feliz. En ese tiempo, era socio del club de fútbol Burgos, cuando estaba en primera y segunda división. No es socio ahora. Ahora es hincha merengue. Me cuenta que ha participado en excursiones y conoce toda España. En que a veces atraviesa la calle solo para buscar un quiosco y comprar su revista de sopa de letras.

—Mientras esta esté bien —me dice señalando la cabeza— esta manda el cuerpo, y lo que tengo que hacer. Esta revista es para mantener la memoria. Y juega al parchís, al dominó y a las cartas.

Estamos esta vez en la sala de visitas. Cuando llego a recepción, me hacen el protocolo del coronavirus. Lo llaman por megafonía y lo veo venir animoso, con su bastón, y su pierna y pie derecho tirando para un lado.

Le digo que la mejor terapia después de los cuarenta es el baile. Sonríe. No le veo la sonrisa. Hemos perdido ese gesto que nos diferencia de los animales por la bendita pandemia. Digo que sonrío por el sonido de su voz. “si yo no sé bailar”, claro que sí, le digo, solo es escuchar y dejarse llevar, y con el pie así, puede aprovechar y hacer un paso de baile que le quedaría bien.

No me habla de su padre y le pregunto.

—Murió cuando yo era muy chiquitico, tenía dos años y no me acuerdo de nada.

Surgen interrogantes. ¿Preguntó por su padre a sus hermanas o a su madre? ¿Sus nietos preguntan por el abuelo? En una España que en la guerra civil se habla de 140 000 desaparecidos (también los hubo

en el bando republicano). No tiene una foto de su padre. La foto que tendría una historia, un tiempo y un espacio.

—Siempre me he valido por mí mismo. Aunque alguna vez me sentí muy mal, no podía moverme. Pensé hasta aquí llegué. Me tocó trabajar duro para poder ser activo y valerme por mí mismo. Aquí me ayudaron mucho. A veces les molestaba a las cuidadoras para que me restregaran la espalda. Y me inventé un cepillo con un palo largo para la espalda y rascarme. Me levanto a las 7 de la mañana. Al desayunar, leo el Diario de Burgos. Antes íbamos al Centro Cívico de aquí de al lado, había una monitora que me enseñaba cosas para no perder la memoria. Nos prohibieron ir al Centro Cívico, usted sabe, por la pandemia.

Y continúa:

—Ese desprecio de mis hermanas no se le puede hacer a una persona. Yo las visitaba me criticaban, me pedían que les diera el dinero, que si se lo iba a dejar a las monjas. Dije que no, pues de qué vivía. Mis tres hermanas ya murieron. Una sobrina, salió a su madre y no quiere saber nada de mí. Un sobrino al que quería y el también a mí. Hablábamos. Murió de cáncer de garganta y me reprochaban porque no fui a verlo, y les dije para qué si no podemos hablar, y me voy a poner a llorar. Si se muere un familiar, alguien conocido, me doy cuenta por personas ajenas a mi familia”

Debemos cuidar a nuestros mayores porque son la historia, son la memoria, son la experiencia. La lucha por sacar adelante un trabajo, una familia. Nuestros mayores han sacado adelante el país. Esos *yayo-flautas* que protestan, que están los lunes al sol en las plazas mayores del país, que avalan a sus hijos e hijas y llevan a los nietos al colegio, al parque y corren tras de ellos, para que no bajen por las entradas de coches en el garaje.

Visité a Félix el mes de enero para charlar un poco de la vida. Le pregunté qué tal pasó la Navidad.

—Para mí todas son iguales. No tengo a nadie, la familia no me visita y nunca vinieron a verme, así pasaran por el lado de esta residencia.

No se le ve triste, responde entusiasmado y, si se le pregunta sobre su familia, hace pausas

Poco se le entiende por la mascarilla. Sus gafas recogen destellos que vienen de la calle, Su ojo afectado está quieto, sin vida, su otro ojo brilla, como su reloj, de entusiasmo

Cuando se le pregunta por su familia... Tiene una fortaleza mental que no le permite que se doblegue ante la vida, luchador nato, que ha construido una familia, desde el momento en que ingresó a la residencia, que antes era un hospicio, una gran mole de cemento. Un 25 de marzo de 1963, ahí donde queda el Centro Cívico y el Centro de Salud de la calle Madrid en Burgos.

El cuidado de su gran familia en la Residencia. Qué más se podría hacer para mejorar la vida de nuestros mayores, que aún se asombren como los niños y tengan ilusiones, como Tolstoi, que aprendió a manejar bicicleta a los 67 años, Moisés dirigió a su gente con 93 años y separó las aguas, para que su pueblo pasara. Félix quiere ir más allá, yo lo sé.

Alargar su cepillo para masajearse la espalda, elevar su pie derecho, alargar su bastón y su mirada, volver al Centro Cívico para que su monitora le ayude a construir utopías que le permitan seguir tirando del carro de la existencia, con la integridad y el valor que lo viene haciendo.

La pandemia nos ha cambiado la vida, nos ha deshumanizado. Desigualdad en la asistencia sanitaria, reducción de las relaciones sociales... Aunque a Félix no lo visitaba su familia, a muchos de sus compañeros y compañeras les han reducido las visitas de sus familiares y amistades.

El Ministerio de Derechos Sociales debe jugar un papel importante en el cuidado de sus mayores. Terminar con las largas listas de

espera, resolver y evaluar el estado de dependencia de una persona mayor o con alguna discapacidad.

“La modernización clave del futuro de las personas mayores.” está entre los Derechos Fundamentales de las Personas mayores, de Naciones Unidas, en el artículo 4, como es el acceso a programas educativos y formación adecuada.

“Naciones Unidas pone de relieve la necesidad de un instrumento jurídicamente vinculante sobre los derechos de las personas de edad y de un enfoque intersectorial de Derechos Humanos.”

La leña que has guardado quizás no la utilices. A Félix no le importa. El calentará en el momento su espíritu. Y de la leña que quede se calentarán otros. 58 años en una residencia, con los cuidados de la modernidad, y pertenecer al sector público. “Las luces que han descubierto las libertades, inventaron también la disciplina”, dice Michel Foucault.

Félix está a buen recaudo. Algún día lo volveré a visitar, lo invitaré a un café y conversaremos de la vida. Sin duda aprenderé del poderío mental que tiene él.





*Una pastora en
Bañuelos de Bureba*

Paula Soledad Quecedo del Val
GRADO EN EDUCACIÓN PRIMARIA

Nunca nadie me había tratado tan bien como Carmen. Yo ya la conocía de antes, porque a veces venía a ayudar a su padre Fortunato los días en los que no iba a la escuela o por las tardes después de clase. No se quedaba mucho tiempo, su madre y su hermana la esperaban en casa para comer o cenar.

Cuando Carmen cumplió 12 años, lo tenía muy claro. No volvería a la escuela. Allí se aburría mucho, a ella lo que le gustaba era venir a vernos. Dicho y hecho. A partir de entonces, ella se convertiría en la mejor ayudante de Fortunato, pero también se convirtió en mi mejor amiga, mi hermana, y, se podría decir, mi madre.

Fortunato y Tomasa, su mujer, junto a sus hijas Carmen y Fortunata vivían en un pequeño pueblo de la provincia de Burgos, Bañuelos de Bureba. Podían llevarse algo de comer a la boca todos los días gracias a un pequeño rebaño de ovejas y cabras, del que yo formaba parte. Al principio vivíamos en la cueva (así lo llamaban ellos), y la familia tenía su hogar en la parte de arriba de esta. Más tarde, cuando Fortunato hizo algo de dinero, pudo comprar una casa más cercana al pueblo y más cómoda, con tres plantas, donde la primera de ellas era la cuadra: allí estábamos nosotras. Y allí se escapaba



Carmen para vernos cuando aún iba a la escuela, para más adelante, tomarlo como rutina y quehacer en su día a día. Por la mañana nos sacaba a pastar al campo, y luego volvíamos a la cuadra, había que ordeñar a las más mayores.

Recuerdo cómo era el día a día de Carmen. Por una parte, porque compartíamos la mayor parte del mismo, pero es que, nuestro vínculo creció tanto, que las horas del día que no compartíamos me las relataba cuando volvíamos a juntarnos.

— ‘¿Quieres saber lo que hice ayer cuando llegué a casa con la Fortu?’

Y yo, que no podía decirle ni que sí ni que no, pero me encantaría haber podido gritar

‘¡Pues claro!’ la rascaba con la pata en su rodilla en señal de afirmación.

Ella me contaba, riéndose, cómo habían discutido la tarde anterior su madre y su hermana. Riéndose porque era la misma discusión de todas las tardes, que no llevaba a ningún lado, pero que era parte de la rutina.

— FORTU. Mamá, déjame hacer los quesos contigo, por favor.

— TOMASA. Hija, si es que vivimos de estos lácteos... A nada que se estropee uno, ya no tendremos mañana nada para comer.

~ Una pastora en Bañuelos de Bureba ~

- FORTU. Lo sé mamá, pero yo tengo mucho cuidado y lo voy a hacer bien.
- TOMASA. Vale, vamos a intentarlo...
- FORTU. Vale, ¡manos a la obra!
- TOMASA. Ay no, no. Para. Mejor lo hago yo sola, tú puedes mirar y aprender para la siguiente vez. Date cuenta que sin estos quesos ¡nos morimos de hambre, hija!

Y así, tarde tras tarde, con la leche que Carmen y Fortunato habían conseguido ordeñando al rebaño por la mañana, Fortunata y Tomasa mantenían su dilema habitual. Y esto le servía a Carmen como pasatiempos diario, a ver si su madre cedía algún día.

Los domingos, Carmen estaba obligada a ir a misa, pero no sin antes venir a vernos. Siempre tenía que venir su padre a avisarla de que fuera a casa a asearse para ir a la iglesia, porque lo que es a ella, no la hacía especial ilusión. Aun así, cuando llegaba el lunes y Carmen me contaba cómo había ido el día del Señor, no se la veía para nada disgustada... ¡si es que, siempre está sonriendo, qué envidia!

—¿Sabes? Ayer cuando terminó la misa, nos fuimos mis amigas y yo a dar un paseo por Bañuelos. Mis cinco mejores amigas y yo nos lo pasamos muy bien cuando nos juntamos: nos cogemos del brazo y



vamos canturreando por el pueblo. Ayy, si es que nos pasamos el día cantando, ¡pero es lo mejor del mundo!

—‘También nos hemos escondido en algunas cuadras del pueblo, para hablar de nuestras cosas de chicas. Claro, es que la gente en Bañuelos es muy cotilla, y si nos quedamos hablando en la calle, ¡seguro que viene la Felisa a enterarse de todo y luego lo cuenta por ahí!

—‘¡Ah! Y por la tarde estuve jugando con la Fortu, que también me divierte mucho con ella’.

Todo esto y mucho más, me lo contaba mientras me hacía cosquillitas y me peinaba los ricitos de la lana.

Para mí, que era de las más pequeñas del rebaño, lo más difícil era conseguir algo de leche que llevarme a la boca, porque las grandes no querían amamantarnos. Pero Carmen, con su dulzura y delicadeza habitual, pasaba la cabeza de una de las ovejas grandes por debajo de sus piernas mientras yo podía beber de su leche. Si no hubiera sido por ella...

Otra de las historias que más me gustaba era cuando Carmen me contaba lo del pan. Sí, sí. En Bañuelos, había un horno que compartían todos los vecinos para hacer su propio pan. Como una regla no escrita, cada familia iba al horno a una hora del día, con la masa hecha, para hornear el pan que llevarse a la boca. Era como un pequeño ritual en el que participaba toda la familia, unos haciendo la masa, otros yendo al horno con esta fresca. Carmen y Fortu se encargaban de hornear la masa. Ella siempre dice que era un momento del día en el que podía descansar al calor de la lumbre, sin más quehacer que ver cómo la masa iba tomando forma de alimento.

Pero, cuatro años después de que Carmen empezara a pasar con nosotras todo el día, el día que cumplió 16 años se fue. Ya me había avisado, pero yo no acababa de creerla, ¡siempre estaba bromeando, con su característica sonrisa!

—‘Me tengo que ir muy lejos, a otra ciudad. – decía – Pero no te preocupes, porque en cuanto me dejen unos días libres, volveré a vi-

sitarte. Allí donde voy se llama Bilbao, y Fortunato y Tomasa quieren que pase allí unos años aprendiendo tareas que me servirán para mi vida. Ya sabes, como ya no voy al colegio... Dicen que Bilbao tiene mar y es muy bonito, pero también mucha gente. Con lo que a mí me gusta el campo y la tranquilidad... Bueno, también creen que allí encontraré a alguien con quien me casaré y formaré una familia, pero de eso no estoy tan segura'.

Pero se confundía. Carmen encontró un novio en Bilbao, con el que se casó y tuvo un hijo. Las circunstancias de la vida la hicieron volver a su tierra, a Bañuelos de Bureba, pero no por mucho tiempo, ya que cada vez quedaban menos vecinos y ni siquiera se cubrían los servicios mínimos. Ahora vive en Briviesca, el pueblo más grade y más cerca de Bañuelos. Carmen vive con su hermana Fortu, y hace todo lo posible por ayudarla y que esté cómoda y a gusto.

En casa, mantienen la chimenea de leña, que tanto aprecian en invierno, y que aprovechan para asar pimientos. A Carmen la encanta cocinar, tiene una mano para los cocidos exquisita.

De las decisiones con las que más orgullosa se siente, es de haber dejado la escuela para dedicarse a cuidar el rebaño de su padre y poder ayudar en casa. Son los años que mejor recuerda y con más cariño.

Su amor por las ovejas y los animales sigue presente, y su ternura con las personas y la familia mucho más.





Si yo te contara...

Silvia Carrasco Sáinz
DOCTORANDA EN HISTORIA

Año 2020, año 2021...

*E*l covid se ha colado en nuestras vidas y parece ser que le cuesta marcharse. Este virus ha dado la vuelta a nuestro mundo, ha generado un montón de cambios, distorsionado nuestra rutina y marcando un antes y un después en muchas familias. Nos ha dejado sensaciones raras como miedo, incertidumbre o soledad en algunos casos. Tristemente nuestros mayores fueron de los que más sufrieron el virus y esta soledad.

Ahora mismo os estaréis preguntado a que viene todo esto. No obstante, a estas alturas ya sabréis la finalidad de este trabajo. Por ello tenemos que resaltar la importancia que nuestros mayores han tenido sin dejar de mencionar como les han afectado los acontecimientos más recientes. Cabe preguntarse ¿Hemos tratado bien a nuestros mayores? ¿les hemos demostrado lo importantes que son en nuestra sociedad? ¿en nuestras vidas?

Este proyecto tiene como objetivo reconocer y poner en valor el esfuerzo, trabajo y aportaciones que estos mayores han hecho a nuestra sociedad. La mayoría se enfrentaron a situaciones y cambios que a los más jóvenes incluso nos suenan a batallitas propias de una clase de historia.

Los que hemos tenido la suerte de crecer junto a nuestros abuelos y abuelas, podemos decir que también nos han inculcado valores que no deberíamos olvidar.

A continuación, os dejo mi pequeñísimo granito de arena. Se trata de dos testimonios, en los que una mujer y un hombre nos cuentan de manera muy breve y anecdótica algunas de sus vivencias.

Isabel Vicario Beato

Palacios de Benaver(Burgos), 1938. "Día de Santa Isabel de Portugal"

Voy a dejar que mi nieta cuente aquí algunos fragmentos de mi vida, ya que ha insistido en hacer esta entrevista. Dice que es importante que los mayores contemos nuestra historia, para que los más jóvenes la conozcan.

Nací en el año 38 en Palacios de Benaver (Burgos). En una familia normal de las que, como la mayoría, vivía de trabajaba en el campo. Éramos 5 hermanos, 4 chicas y el quinto un chico. Mi padre era un pequeño agricultor. Como la mayoría en el pueblo. Se quedó huérfano muy pronto, porque mi abuelo murió cuando la gripe española, por lo que se tuvo que ir a trabajar en edad temprana al campo para mantener a sus hermanos más pequeños. Para cuando yo nació la Guerra Civil estaba casi terminando, así que de eso no me acuerdo mucho. Pero recuerdo algunas cosas que se hablaban por el pueblo o en casa. Mucha gente decía que habían pasado hambre y mucha necesidad. También tu abuelo lo decía. A él sí le tocó vivirla siendo pequeño. Otra cosa que se decía por el pueblo era que a los que iban a fusilar se los llevaban a la ermita de San Pelayo¹.

De cuando era pequeña.... Se me han olvidado ya muchas cosas, anda que no hace tiempo. Además, la vida ha cambiado muchísimo. El pueblo era muy distinto a como es ahora, aunque hace mucho que no bajo.

¹ Se trata de una ermita entre Palacios de Benaver y San Pedro Samuel.

En aquel entonces al colegio no íbamos los chicos y las chicas juntos. Ellos iban a la escuela del pueblo y a nosotras nos mandaban al convento de las monjas en el barrio pequeño. Ellos tenían más suerte, porque cuando nevaba nosotras teníamos que ir hasta allá y llegábamos llenas de agua. En clase dábamos lo normal, gramática, cuentas, ortografía y catequesis. Allí en el convento había algunas chicas de bien, que se quedaban internas. Aunque esté mal decirlo, a ellas las monjas las trataban de otra forma. Al colegio íbamos todas las amigas juntas. Éramos todas más o menos de la misma edad y vivíamos en el barrio grande. De niñas jugábamos a la ruleta, la cuerda y el escondite, sobre todo. Porque juguetes no teníamos.

No estuve muchos años en la escuela, más bien lo básico. Muchos días faltábamos porque teníamos que ayudar en el campo a nuestros padres. Aunque eso era algo muy normal, no lo hacía solo yo. Cuando éramos más pequeñas y aun no podíamos ir a trillar o arar ayudábamos cuidando a los hermanos menores mientras los padres iban a las labores del campo. Además, mi hermana la más mayor se marchó a un convento, por lo que me tocó a mí ser la mayor. También por eso a los 13 o 14 años tuve que dejar la escuela para ayudar a mi padre. Vosotros ya no sabéis lo que era eso, ahora es todo muy distinto.

En mi casa de la verdad que de comer nunca ha faltado, aunque necesidad sí que hemos tenido. Aunque más de cosas como zapatos o ropa. Como te decía antes, yo hambre no llegué a pasar nunca, aunque tu abuelo decía que el sí.

A mi madre siempre le gustaba hacer comida de más, eso lo aprendía de ella. Siempre decía "Mejor que sobre a que falte". Si se podía, claro. Por ejemplo, recuerdo que pan siempre había en casa y cuando se terminaba mi madre cocía más. De mis padres no tengo queja la verdad, me llevé siempre bien. Mi padre nunca nos trató mal, ni nos pegó o cosas así. De vez en cuando si nos echaba alguna riña, sobre todo en misa, pero nada más. Mi madre era muy trabajadora y hacía lo que las mujeres entonces, trabajaba cuidando a los

chicos, hacía las labores de casa, el huerto, cuidaba de las gallinas, ordeñaba...

Como te digo, la vida en el pueblo era muy diferente a la de ahora. Me acuerdo cuando era chica que venían unos ambulantes a vender fideos. Tu les llevabas la harina y ellos hacían los fideos, no sé por qué me ha venido esto, fíjate. Nuestro día a día tampoco es que fuera muy distinto allí que aquí. Normalmente, antes de hacer las labores de casa y la comida solíamos ir primero a por el agua a la fuente. Para beber siempre la cogíamos de allí y para otras cosas como limpiar, fregar y demás la sacábamos del pozo. Las labores habituales como te digo eran el campo, la huerta, cuidar de las gallinas y ordeñar a las ovejas, para hacer luego quesos con la leche. En mi casa también se hacía pan, como ya te he dicho y en tiempo de matanza chorizos y morcillas.

La compra la hacíamos en la cantina del pueblo por las mañanas. Allí ibas a por fruta, vino, verduras... esas cosas, pero nada más. Las mujeres no entrábamos como los hombres a beber y jugar. En el pueblo el entretenimiento que tenía de moza eran las cartas y dar paseos con las amigas, sobretodo al barrio pequeño. Los domingos íbamos todos a misa, las mujeres nos poníamos siempre abajo y los hombres en el coro. Aunque había gente del pueblo que no iban a misa. Y realmente no pasaba nada, pero siempre sabías quienes eran y algunos les criticaban. A mí la verdad, oye, que cada uno haga lo que quiera que no soy quien para meterme.

Por aquella época no teníamos mucho tiempo para divertirnos, salvo en las fiestas del pueblo. A mí las que más me gustaban eran la de San Martín que venían músicos a tocar y se hacía baile. La de la Octava y la romería a San Pelayo también me gustaban. Allí se comía o merendaba, bebíamos y bailábamos. Alguna vez, si teníamos suerte, en la fiesta grande de San Martín normalmente, estrenábamos ropa nueva que habíamos ido a comprar a una tienda pequeña del centro de Burgos. Aunque eso no era habitual. Sí que recuerdo que mirábamos con ojos golosos los dulces que se vendían durante las fiestas, como las

garrapiñadas. También durante estas fechas es cuando se aprovechaba para matar un corderillo que se asaba y se hacía algún plato más de fiesta para comer.

Los mozos del pueblo salíamos al baile, allí es donde conocí a tu abuelo, aunque ya le conocía de andar por el pueblo, claro. No era como ahora, antes primero te ibas conociendo en las fiestas ibas haciendo amistad, algún baile...y ya para poder casarnos un día fueron a mi casa tu abuelo y su padre para pedir la autorización. Nos casamos en la Iglesia del barrio grande cuándo yo tenía 19 años. Me acuerdo que lleve un traje gris y los padrinos de boda fueron mi cuñado y su mujer. La fiesta después de la boda duró 2 días, como era normal, y se mataban unos corderillos para comer, alargándose la fiesta con la familia y amigos.

Vivimos unos cuantos años más en el pueblo hasta que nos mudamos a Burgos capital. De casada las labores no cambiaron mucho, tuvimos diez hijos y estuvimos cincuenta y ocho años casados. Tu abuelo siempre me ayudó mucho, no era como otros, porque no le importaba ayudarme en labores propias de las mujeres. Con lo que más me ayudó siempre fue con los niños. Aunque nos llevábamos unos cuantos años (9) nunca fue importante esa diferencia de edad.

Unos años después el abuelo se vino a la ciudad. Primero se fue a hablar con el médico de Isar para ver si sabía de algún trabajo en la ciudad que pudiera hacer, porque no veía futuro en el pueblo. Estuvo en una pensión que estaba por donde el puente de Santa María mientras yo me quedé con tus tres tíos en el pueblo. Me arreglaba con las tareas de siempre y al mismo tiempo ahorrábamos, aunque es verdad que mi madre me ayudó con los chicos. Ya en el 64 nos marchamos a Burgos a vivir gracias a que el abuelo había conseguido un piso en la barriada de Juan XXIII. A nada que nos lo dieron nació tu padre. A partir de entonces a Palacios ya solo volvimos los veranos con los abuelos, que también se habían ido a vivir a la ciudad para cuidar a los hijos de mi hermana que había fallecido.

En cuanto a la vida en Burgos muy bien, muy tranquilos, aunque a la familia del abuelo no le gustó mucho. Tu abuelo encontró trabajo en una fundición, con la suerte de que su jefe tenía también una tienda de juguetes o cosas de esas donde compró una vez unos juguetillos más baratos para darles a los chicos en reyes. No eran gran cosa, pero lo que pudimos. Al principio de venirnos a Burgos tuvimos un matrimonio durante un mes en una de las habitaciones mientras encontraban trabajo y casa. Muy majos. La vida aquí en la ciudad era normal, la verdad que pensándolo bien yo no tenía mucho tiempo. Tu abuelo se llevaba siempre a los más mayores por ahí a ver cosas o al fútbol, mientras me quedaba con los más pequeños.

Por los cumpleaños de los niños siempre hacía algo diferente, como flanes o arroz con leche. Para Navidad no había tanto como ahora, pero solíamos poner un corderillo y cabecillas en la cocina económica. Y tortillas, eso también.

Me preguntas de viajes. Yo nunca he viajado, una vez fui a Bilbao que me llevó uno de tus tíos a ver a mi hermana, aunque hace muchos años ya de eso. Tu abuelo sí que salió más porque de mozo se iba a descargar camiones a otros pueblos o ciudades. Bueno, ahora que pienso, alguna vez hemos ido a ver sitios de la provincia, pero ya de mayores y con tus padres o tíos. A León también, a ver a tu tía.

Ya de jubilados tu abuelo y yo nos quedábamos con los nietos, porque los hijos trabajaban y no les iban a llevar a una guardería estando nosotros ¡solo faltaba! Así que os cuidamos hasta que fuisteis mayores. Sí que es verdad que no es lo mismo los nietos que los hijos, creo yo, porque a los primeros les consientes quizás más.

En general estoy contenta con la vida que he llevado, cambiaría algunas cosas como todo el mundo, pero me gusta cómo ha ido todo. He sido muy feliz. Aquí en Burgos estuvimos muy a gusto, aunque es verdad que una vez que nos vinimos a la ciudad al volver los veranos al pueblo ya veías que no era lo mismo. Además, mucha gente también se marchó igual que nosotros y se notaba. La verdad que

ya hace un tiempo que no he vuelto a Palacios por lo que no podría decirte más.

Como te digo estoy satisfecha con la vida que he tenido y he sido muy feliz en los 58 años de matrimonio.

Juan Antonio Bacigalupe.

Pradoluengo (Burgos), 1941. "Día de San Bonifacio"

Buscando nuevas historias que nos demuestren la importancia que nuestros mayores han tenido para nuestra sociedad, nos movemos hasta un pueblo enclavado en la Sierra de la Demanda burgalesa; Pradoluengo. Algunos de los más jóvenes lo conocerán por ser recientemente uno de los escenarios del disco del grupo burgalés la M.O.D.A. No obstante, este pueblo ha sido siempre uno de los más conocidos de la provincia por su industria, su interés por la música por sus calcetines y boinas y sus etiquetas.

Nos hemos acercado a este pueblo serrano, del que aún se percibe su importancia industrial, para entrevistarnos con Juan Antonio Bacigalupe. Un hombre conocido y querido en todo el pueblo, que se ha prestado a contarnos parte de su historia y de sus vivencias íntimamente ligadas a su tierra.

Juan Antonio nació en Pradoluengo el día 14 de mayo de 1941, en una familia humilde. Su padre, Antonio, era alguacil en el ayuntamiento del pueblo, mientras que su madre Rosalía, trabajaba en una de las fábricas de boinas. Con el sueldo de su madre pagaban a una sirvienta de Riocavado que ayudaba en las labores del hogar. Vivían en un piso de alquiler con cocina compartida con otra familia y sin baño.

Nos dice que se siente afortunado de que le tocara ser el primer nieto de cinco hermanos, porque sus abuelos le cuidaban y mimaban. Haciendo una valoración general de su infancia y de esos duros años, dice que él no pasó hambre como tal, aunque sí sus padres. Lo que sí

había era necesidad de algunas cosas. De su infancia recuerda algunos platos de la gastronomía más cotidiana de aquella época. Como las croquetas de patata con huevo, los pimientos secos a los que quitaban la piel y luego los añadían aceite. O las sopas de pan, un clásico que no faltaba en casi ninguna mesa.

Si hay algo que se nota al entrevistar a Juan Antonio es el orgullo que siente de ser pradoluenguino. Una circunstancia que marcó su vida y la del pueblo. Nos menciona un poco cómo era en aquella época y cómo, pese a ser un pueblo con industria, mucha gente era humilde. Vivían de los jornales y el trabajo era muy discontinuo. Aún recuerda cómo eran las fábricas, talleres, telares, los depósitos comunitarios de lana. Y cómo las mujeres recogían la lana tendida para su posterior tratamiento y tejido.

De su infancia dice que fue “lo mejor que tuve”. Recuerda que por aquel entonces había mucha juventud, más o menos de su quinta había unos 50 por el pueblo. Aunque ya nos ha dicho que no ha pasado hambre, la necesidad de la posguerra sí que se notaba. De este tiempo recuerda las naranjas y uvas para merendar que les daban en el colegio y de la ayuda americana, que por aquel entonces consistía en leche en polvo, mantequilla y queso. De su breve etapa por el colegio nos menciona hasta los nombres de los maestros que le dieron clase (Doña Iluminada, Don Gabriel, Don Antonio Arauzo y Don Luis). Dice que en general, al ser un pueblo industrial, se daban algunas facilidades para que los niños fueran a la escuela.

De su etapa escolar recuerda que se rezaba el rosario. Así como lo bien que lo pasaba en las clases. De los juegos de su infancia nos habla de los cromos de las cajas de cerillas, las canicas, el juego del veo veo o el bote. Aunque también hay cabida para algunas travesuras infantiles que no han pasado de moda, como pasearse con algunos amigos por algún huerto en busca de lechugas.

Todo cambio en su vida a temprana edad. Apenas entrada la adolescencia tuvo un accidente con un juguete, que entre él y sus ami-

gos habían hecho con los rodamientos de unas máquinas. Jugando con el “bólide” por las calles del pueblo se dio contra un muro en una de las glorietas, al esquivar a una mujer que pasaba justo en ese momento. Recuerda aun hoy, el dolor que sintió en la pierna, aunque al llegar a casa no dijo nada— ya que era peor el remedio que la enfermedad— y porque todavía le podía caer una regañina. Con el paso de los días el dolor por el golpe no remitía lo que conllevó a una infección. Un día al pasar el médico Don Ramón le pregunto si estaba bien y que le pasaba, a lo que contesto “nada, nada”. El médico no se creyó ni una palabra y al verlo cojear habló con su padre. Para cuando este le preguntó ya no podía levantarse de la cama. Una situación que se prolongó prácticamente hasta el momento de las quintas a la mili, a la cual no se presentó y le dieron por prófugo. Al explicar la situación un médico fue a visitarlo para certificar su caso. La posterior y obligada exploración del médico militar la recuerda vivamente porque le hizo mucho daño. Finalmente le declararon “inútil”. Una palabra que le marcó mucho moralmente.

Toda esta situación desde el accidente le obligó a permanecer en cama. Impidiendo ayudar en casa como le gustaría. No obstante, durante este tiempo no paró y aprovecho para estudiar y leer desde casa, ya que no podía ir a la escuela. Gracias a Don Ramón, que se preocupó siempre mucho por él, le llevaron a operar a la clínica San José en Bilbao— “donde operaban a los del Atleti”— ya que en el hospital provincial le habían dicho que su problema era que tenía una cadera desviada (aunque no era cierto). Recuerda los tratamientos como la penicilina, la cual dice que era muy cara y que se sentía un poco acongojado por el gasto que suponía para sus padres, quienes además no estaban en una situación muy boyante.

De su estancia en Bilbao tiene muy buenos recuerdos. Comenta que le pasaron como cliente privado gracias a Don Ramón, aunque su padre tuvo que pedir dinero. Al final la operación fue gratis, lo cual supuso una gran noticia para todos en casa. Las monjas y enfermeras

del hospital le tenían en palmitas y las menciona con una sonrisa y gran cariño. Enfatiza que pocas veces le han tratado tan bien como en ese tiempo. Sin olvidarnos que durante su paso por el hospital también tuvo tiempo para hacer amistades, allí se echó la primera novieta.

Al salir del hospital le dijeron que la pierna iba a quedar igual, aunque le suavizaron el hecho de que le faltaba un trozo debido a la infección que había tenido. En realidad, salió con muchos problemas a los que tuvo que hacer frente como pudo. Siguió formándose desde su casa y de forma incipiente comenzó a idear el montar un negocio en su pueblo.

Sobre los 20 o 21 salió por primera vez fuera de fiesta. La cuadrilla de amigos había quedado con unas chicas de Briviesca, pero la salida quedó un poco oscurecida porque le comentaron que las chicas se habían marchado porque él estaba cojo. Juan Antonio dice que se sintió tan mal que se encerró en casa. Le costó volver a salir, aunque sus padres le insistieron bastante durante un tiempo.

Durante este periodo juvenil hacia la etapa adulta, Juan Antonio, prácticamente autodidacta, ya había comenzado su pequeño negocio de representación e impresión gráfica². Al mismo tiempo, su familia había emprendido también otro negocio en el pueblo abriendo un hotel. Dice que les costó un poco salir adelante, pero que al final resultó un éxito gracias a la capacidad del salón de bodas del hotel. Aunque había otros dos restaurantes en el pueblo y catorce bares por ese entonces, en el salón del hotel llegaban a entrar unas 256 personas, por lo que se podían realizar grandes eventos.

En cuanto al negocio de representación lo emprendió prácticamente desde su habitación. Empezó con tres pequeñas máquinas de pedal, y poco a poco viendo que la empresa funcionaba, fue invirtiendo en otro tipo de maquinaria de última generación proveniente

² Un negocio que hoy en día no es tan pequeño y es más que conocido. Se trata de la empresa de etiquetas Bacigalupe Hermanos, S.I. con sede en Pradoluengo. Suministra a numerosas empresas tanto nacionales como internacionales y cuenta con un alto volumen de facturación.

incluso de Japón. En casa recuerda que quien más le apoyo fue su madre, quien siempre fue muy trabajadora e incluso le ayudaban en el negocio. Lo que ganaba lo daba en casa para poder ayudar en los estudios de sus hermanos más pequeños. Quienes finalmente terminaron entrando también en el negocio. Dice que lo bueno de tener a la familia es el apoyo que se muestran entre ellos, aunque también es complicado porque las diferencias pueden influir en el negocio y las relaciones familiares.

La empresa iba bien y comenzaba a hacerse un hueco, las mujeres entraron a trabajar al igual que los hombres en la fábrica. Durante estos años, Juan Antonio conoció gracias a su cuadrilla de amigos a Carmen, una riojana de Hormilleja, cuya familia era oriunda de Nájera.

También nos cuenta que iba con otros mozos del pueblo a tocar a otros pueblos de la zona de la sierra. Nos remarca orgulloso lo importante que es la música en Pradoluengo y cómo destaca por tener una población muy musical, de donde han salido grandes artistas o grupos de charangas.

Carmen y Juan Antonio se casaron en Hormilleja y ese mismo día por la tarde se casó su hermano Dionisio en Pradoluengo. El banquete de boda se celebró en el casino de Nájera. Fruto del matrimonio llegaron Toño y María Ángeles, de ambos nos dice que se consideran pradoluengunos.

Gracias al éxito del negocio y el trabajo que él desempeñaba, ha conocido casi toda Europa. A estos viajes le acompañaba muchas veces su mujer y dice que el ver tantos lugares le ha ayudado mucho, aunque le habría gustado estar más tiempo en algunos de estos sitios para verlos más a fondo. Durante este tiempo su vida fue un constante ir y venir.

En un balance de su vida y los negocios que ha emprendido (que son varios) dice que hay algunos que le han salido bien y otros que le hubiera gustado que fueran mejor. Pero sin duda se queda con la experiencia de haber llevado a cabo su negocio que, dicho sea de paso,

ha sido y es uno de los más conocidos tanto en la provincia como fuera de ella.

Ahora ya jubilado nos dice que lo que más satisfacción le ha dado es el poder montar un negocio en su pueblo y dar así trabajo a sus paisanos. Aunque hace unos años el negocio familiar pasó a manos de otra empresa llamada Printeos. No obstante, siguió manteniendo el nombre de Bacigalupe Hermanos S.I, así como a sus empleados. No obstante, si algo tuvo claro siempre es que quería que su empresa siguiera estando ubicada en su pueblo. Pese a que ya no trabaja, aún sigue visitando la fábrica y le gusta estar al tanto. Se siente a gusto con el trabajo que ha generado en su pueblo y le gustaría que se realizaran más proyectos de este tipo en zonas rurales.

Juan Antonio se considera una persona autodidacta, le gustan los retos y aunque lo ha pasado mal en algunas etapas de su vida por sentirse diferente, reconoce que se siente realizado. Entre sus aficiones se encuentra tocar la batería, instrumento que aprendió a tocar de joven en la escuela del pueblo. Su padre también era músico y está encantado de que su hijo también continúe llevando la música a diversos lugares. Una tradición que parece repetirse entre los de Pradoluengo.

De su familia no puede estar más orgulloso, pues reconoce que quiere mucho a su mujer. Ella ha sido su gran apoyo tanto el ámbito sentimental como en el laboral y demás le ha dado dos hijos maravillosos. Sí que nos dice que la experiencia de ser padre le ha encantado y se deshace en elogios con su nieto.

Nosotros nos podemos estar más agradecidos con Juan Antonio, pues ha contestado a todas las preguntas que le hemos hecho y nos ha tratado a las mil maravillas. De él no solo nos llevamos una vivencia personal, si no el cariño que siente por Pradoluengo y todos sus paisanos.

Como pueden ver, los relatos aquí recogidos son dos vivencias completamente distintas por diversos aspectos. Principalmente y como es obvio, no era lo mismo en aquella época ser mujer que hom-

bre, puesto que la libertad, acceso a la educación o simplemente el rol a desempeñar tanto social como familiar era completamente diferente. El medio geográfico también marca diferencias, aunque aquí no nos hemos detenido mucho en remarcarlo. En Palacios, un pueblo de la llanura castellana lo que abundaba era el trabajo en el campo, principalmente el sustento se debía al cereal y a las ovejas. Por el contrario, Pradoluengo era un pueblo industrial entre las montañas burgalesas de la sierra de la Demanda.

Finalmente, solo me queda agradecer que ambos hayan querido participar en este proyecto. Juan Antonio nos recibió en su pueblo con los brazos abiertos. Su cercanía y afecto hizo muy fácil la entrevista. Pero, además, nos marchamos con un pequeño recorrido turístico por el pueblo, unos calcetines y la certera promesa de volver a Pradoluengo a ver más.

A Isabel su agradecimiento por contar vivencias y recuerdos que a veces no resultan fáciles. Por si no había quedado claro aún, es mi abuela. Por lo que también he aprovechado para que esto sirva como un pequeño homenaje de agradecimiento por los años que nos ha cuidado, educado y querido, tanto a mi hermana como a mí. Al mismo tiempo, me gustaría mencionar el importante papel que mujeres como ella han tenido en nuestras familias y sociedad.





La humildad de la abuela

Nerea Bartolomé López

GRADO EN ESPAÑOL: LENGUA Y LITERATURA

*H*ay cosas con las que debemos aprender a vivir y que hay que tratar de superar, aunque no se olviden” fue el único pensamiento que pasó por la mente de Mari mientras se acariciaba el colgante del pecho. Una lágrima logró abrirse paso entre sus envejecidas mejillas. Los años pasan factura y el incansable tiempo no se detiene a esperar a nadie; la gente abandona este mundo y los que nos quedamos un tiempo más somos los encargados de mantener vivo su espíritu.

Mari, en realidad, se llama María Argaño, aunque nadie la llama así. Nació en un pequeño y tranquilo pueblo cerca de Burgos, llamado Cañizar de Argaño en 1946 y continúa viviendo allí. Antiguamente se conocía como Cañizar de los Ajos, pero, cuando Mari tenía unos quince años, se decidió cambiar el nombre del pueblo haciendo honor a la Virgen de dicho lugar: la Virgen de Argaño. Para conmemorar dicho acto, hubo un gran acontecimiento a modo de fiesta al que acudieron autoridades de varios pueblos.

Vive sola, con un perrito que supone su mayor compañía durante los largos días del año. La obliga a salir a diario de paseo un mínimo de tres veces, lo que le viene muy bien para estirar las piernas, hacer algo de ejercicio y respirar aire fresco. La casa en la que vive actualmente es una herencia que ha pasado de generación en generación desde su

tatarabuela. Esas cuatro paredes han visto la evolución de su familia desde antes del Franquismo hasta la actualidad.

Cuando ella nació, la casa era como todas las casas de la época de los cuarenta. Se reservaba la planta baja para resguardar a los animales y la vida se realizaba en el primer piso, donde se encontraban las habitaciones, la sala y la cocina. El calor de los animales servía como calefacción para la vivienda. Mari fue la primera de cuatro hermanos, de los que solo viven dos. Cuando llegó al mundo, únicamente había cinco personas viviendo allí: sus abuelos, sus padres y ella. Posteriormente, la familia fue ampliándose hasta quedar completas la gran cantidad de habitaciones que se podían ocupar.



Su infancia fue feliz, pero laboriosa. Su familia era la prototípica de posguerra: el hombre de la casa se dedicaba a las labores del campo y el ganado, y la mujer se dedicaba a las tareas del hogar. Con ocho años, los niños ya empezaban a ayudar a sus padres en las diferentes tareas, ya fuese en casa, en el campo o con el ganado. Y su caso no fue diferente.

Además de colaborar con sus padres, debía asistir a la escuela. En esa época había colegio en Cañizar, al que asistían una gran cantidad de niños. Las aulas eran conjuntas, por lo que siempre iba a clase con sus amigos de la infancia. Por la mañana, la maestra

explicaba los temas y los alumnos hacían los ejercicios que mandaba; por la tarde estudiaban la lección y cumplían con la tarea. Cuando Mari

se hizo un poco más mayor, seguía yendo al colegio y, por la tarde, además de estudiar, en el propio colegio asistía a unos cursos para aprender a bordar, hacer ganchillo y tejer. Aunque únicamente podían asistir las mujeres, porque solo era trabajo de ellas, Mari acudía muy contenta porque le servía como distracción y no como trabajo. Tanto fue así que, a día de hoy, continúa valiéndose de aquellos conocimientos y mejorándolos para pasar las horas muertas en casa.



“A pesar de que manipular las telas y la lana me gustaba y me entretenía, también me relacionaba y jugaba con el resto de los niños del pueblo a los juegos típicos como la goma, la comba, las canicas, las cinco esquinas, *tres navíos en el mar* y *otros tres en busca van*, nos preparamos para cuando la nieve, el corro de las patatas y alguno más que no me acuerdo ahora” dice con satisfacción. Siempre que podía estaba en la calle, como el resto de la gente de su edad. No obstante, en cuanto tenía algún rato libre, y siempre que no hiciera demasiado frío, se marchaba de paseo a recoger plantas y una gran variedad de flores para adornar la casa de sus padres. Esa fue siempre su gran pasión desde que tenía un año: las plantas, una pasión que no ha desaparecido con el paso de

los años. “Mi madre decía que cuando salíamos de paseo yo ya con un año recogía un montón de flores del campo y se las regalaba; y ahora, ya ves como tengo la casa, llena de plantas a las que cuido con orgullo y cariño”, añade.

Otra de sus mayores pasiones e ilusiones eran los niños y, cuando llegó el momento de dejar la escuela para elegir unos estudios ella decidió estudiar magisterio para ser maestra. A pesar de ello, nunca pudo estudiar lo que de verdad le gustaba porque su familia no tenía suficientes medios para permitirselo. Su madre le propuso meterse a monja de clausura, pero no le convencía esa idea, así que encontró otro camino que seguir teniendo en cuenta la posibilidad y disponibilidad de sus padres: cursos de corte y confección en Burgos. Así, de lunes a viernes subía a la ciudad castellana para recibir sus estudios. Allí encontró su primer trabajo. Como tenía unas horas libres desde que

salía del curso hasta que llegaba el autobús para recogerla, decidió empezar a trabajar en la fábrica Plastimetel sin el consentimiento de su padre. Era capaz de compaginar perfectamente sus estudios y ocultar su trabajo, hasta que, un día, se enteró su padre, que se enfadó mucho y la obligó a dejarlo porque necesitaba ayuda en casa.

Unos años más tarde, hacia 1964, una vez terminados sus estudios más avanzados y después de conocer la vida tan dura de las mujeres de la época debida a los pocos recursos y oportunidades que se les ofrecía, decidió seguir con la corriente migratoria a las grandes ciudades en busca de una



vida mejor. Así, migró a la zona de San Sebastián con unos familiares, concretamente a Fuenterrabía. Una vez instalada allí, se le presentó la oportunidad de trabajar como camarera en un restaurante. Su vida comenzó a cambiar notablemente, ya no era una niña en un pueblo pequeño carente de oportunidades, sino que se estaba convirtiendo en una hermosa joven en una gran ciudad cargada de posibilidades.

Comenzó a ahorrar algo de dinero y conoció una cuadrilla de jóvenes que le hicieron más fácil su nueva vida. Con alguna de aquellas amigas sigue manteniendo relación, mejorada gracias a la nueva era que estamos viviendo repleta de nuevas tecnologías que fomentan la comunicación a distancia y que se encuentran al alcance de todos. Poco después de empezar a salir con las nuevas amigas, conoció a un muchacho llamado Francisco, Paco, que pronto se convertiría en su pareja y, posteriormente en su marido. "Fue el hombre de mi vida y con la persona con la que más mundo recorrí" recuerda con nostalgia. Paco había nacido en un pequeño pueblo costero de Asturias, mayormente dedicado al carbón. A pesar de sus diferentes mudanzas, él quería pasar allí el resto de su vida.



En la época de mediados de los sesenta, ya había Talgo para viajar más rápido de vuelta a casa los fines de semana y la red de carreteras era algo mejor. “Eso nos permitió que se acortaran las distancias a Burgos y que pudiéramos viajar a Pamplona y a conocer Vitoria, donde vivía Paco”. “Aun trabajando en el restaurante, hubo un año que volví a casa de sorpresa para convencer a mi madre de ir a Sevilla a ver a mis tíos”. A su madre le hacía ilusión puesto que había estado viviendo allí con ellos durante un año entero cuando aún estaba soltera; no obstante, había ido posponiendo esa visita por unas causas o por otras. Así que, Mari elaboró un pequeño plan para que esta vez no pudiera echarse atrás: “compré dos bonos de tren que luego se cambiaban por billetes y así conseguí mi propósito. Viajamos a Sevilla, donde siguen viviendo mis tíos en la actualidad.”

Cuando Mari cumplió veintidós años, se casó con aquel muchacho que había conocido en San Sebastián unos años antes. Como era tradición casarse en el pueblo de la mujer, ellos también la cumplieron, casándose en Cañizar de Argaño. La celebración de la boda no fue demasiado grande, puesto que ambas familias eran pequeñas. Por parte de Mari acudieron todos, debido a la ventaja con la que partían puesto que se encontraban en el mismo lugar, en cambio de la familia de Paco, únicamente acudieron su madre y su hermana; a pesar de que hubiera Talgo, el billete desde allí era algo que no todos se podían permitir.

Los viajes de novios no podían ser tan estrambóticos como los de ahora, con quince días de vacaciones, viajes a países remotos y lejanos... ya que no había recursos suficientes y las aerolíneas no se encontraban tan desarrolladas. Por eso, Mari y Paco, solo pudieron arreglárselas para ir a conocer Bilbao por su luna de miel.

Poco después de casarse, hacia los años setenta, su vida fue un poco movida: se mudaron a vivir al pueblo de Asturias donde había nacido su marido. Allí nació su primer hijo, Javier, y, como era costumbre, Mari comenzó a dedicarse a él, en lugar de seguir trabajando fuera de casa. Así, solo dependían de los ingresos que Paco podía traer a casa;

no obstante, el trabajo era algo que escaseaba en el lugar en el que vivían y decidieron volver a Burgos para probar suerte.

Tras haber trabajado en un par de empresas y cuando su primer hijo estaba cerca de cumplir los dos años, Paco entró en la academia de policía nacional con el fin de cumplir el sueño de su vida. A la vez que él se encontraba en la institución preparándose, Mari se encargaba de su hijo y de cuidar su nuevo embarazo. “Cuando aún se encontraba en la academia nació mi segunda hija, Ana, y, poco después, destinaron a Paco a Vitoria.” Primero se mudó él solo, dejando a su mujer y sus dos hijos en Burgos alejados de un futuro incierto. “Una vez que mi marido encontró un piso en aquella ciudad, nos mudamos los tres allí con él. Así mis hijos pasaban algo de tiempo con su padre, teníamos un sustento regular y nos encontrábamos medianamente cerca del pueblo.” Ese sería su hogar hasta la jubilación. Al poco tiempo de comenzar a vivir allí, tuvieron un tercer hijo que falleció con apenas seis meses. De él, únicamente queda la cadena de oro que le regalaron cuando nació y los recuerdos de Mari.



Los años vividos en Vitoria se encontraron caracterizados por la crudeza y la tensión reavivada por el grupo terrorista etarra. Dicha banda había logrado su mayor golpe pocos años atrás; en 1973 asesinaron al almirante Carrero Blanco. Los niños no podían llevar una vida del todo normal, siempre debían estar ciertamente vigilados y la preocupación debido a la profesión de Paco pintaba las paredes de la casa casi todos los días. La muerte del dictador no contribuyó al cese de la actividad terrorista y los últimos años de la década de los setenta fueron especialmente sangrientos con atentados indiscriminados. Pero, a pesar de los momentos tan duros que se vivieron allí, conocieron amigos y vecinos que les hicieron la vida más sencilla. Tanto fue así, que hoy día aún existe relación entre Mari y algunos de los que siguen viviendo por allí.

La intención de la familia siempre fue volver al pueblo durante las temporadas de vacaciones, “contábamos con que nuestros hijos se quedarían en Vitoria a vivir” recuerda. Cuando Paco tuvo una temporada de permiso, fueron al pueblo durante unos meses y sus hijos aprovecharon la coyuntura para buscarse una ocupación y poder quedarse a vivir en Cañizar con su abuelo.

Ana construyó su vida en torno al pequeño pueblo: encontró una pareja estable, con la que posteriormente se casó y tuvo dos hijos, Nerea y David. Javi, por su parte, volvió a Vitoria con sus padres y comenzó su nueva vida allí. Con el paso de los años, cuando Paco se jubiló, decidieron dejar el piso a su hijo mayor y volver a la tranquilidad del pueblo cerca de sus nietos pequeños. Javi terminó comprando ese piso a sus padres, lo reformó y aún vive allí con su esposa.

Por desgracia, Paco no pudo disfrutar demasiado de la vida en el pueblo y de su jubilación. Cuando únicamente tenía sesenta y dos años, falleció, aumentando el vacío en la vida de Mari. Su última voluntad había sido cerrar el círculo de su vida, así debía ser incinerado y arrojado desde el acantilado de su pueblo asturiano. La casa de allí en la que nació y donde vivió su madre la heredaron sus dos hijos y su

mujer, a pesar de que deben compartirla con su hermana y sus sobrinas. Esto le permite a Mari ir a visitarlo todos los veranos y mantener su espíritu vivo entre las olas del cantábrico.

Actualmente, vive tranquila y rodeada de la gente que la quiere. Su hija y su yerno viven cerca de ella y sus nietos, a pesar de que han crecido, no se han olvidado de lo importante. “Todas las semanas vienen a verme o a comer conmigo y yo estoy encantada de hacer comida para todos”. Su otro hijo, como sigue en Vitoria, no baja todas las semanas a verla, pero sí uno o dos fines de semana al mes “y en vacaciones aprovecha a quedarse unos cuantos días a dormir en mi casa”. En cuanto a su hermano, baja con su mujer todos los miércoles y sábados al pueblo y en verano se quedan unos días.

Podría decirse que, aunque siempre faltan cosas en la vida, —“siempre te gustaría haber hecho algo más” —, Mari considera que lleva una vida muy plena “cualquier cosa me sirve para estar entretenida y viajo mucho con el IMSERSO, con mi familia o en las excursiones que se hacen en el pueblo”.

El paso de los años le ha arrebatado a dos de sus hermanos, a su hijo casi recién nacido y a su marido; pero la vida no se estanca, el tiempo no espera a nadie y hay que disfrutar todo lo que se pueda y asumir que “hay cosas con las que debemos aprender a vivir y que hay que tratar de superar, aunque no se olviden”.

El caso de Mari no es excepcional. Como ella hay otras mujeres que también nacieron en la España de posguerra, cuyas vidas se encuentran marcadas por las escasas oportunidades de prosperar, las migraciones, las pérdidas, la dictadura y el miedo a los terroristas; pero, a pesar de todo ello, han seguido luchando por sacar a su familia adelante y tener una vida lo más feliz posible.





Retazos de mi vida

María García Nogués

GRADO EN ESPAÑOL: LENGUA Y LITERATURA

Vine a este mundo el año 1937, el 17 de marzo, a punto de iniciar la primavera. Un bonito tiempo del año. Me bautizaron con el nombre de Heliadora, debido a que mi abuela había perdido una hermana con este nombre. Muchas anécdotas se pueden contar debido a ello. Decidieron llamarme Dorita. Y mis apellidos, uno Martín, del que podré hablar más adelante. Cazorro completa mi nombre: Heliadora Martín Cazorro, del que mucho puedo contar.

A los tres años me llevaron junto a mi hermana María Luisa a un colegio de monjas. Madrugar y llevar un uniforme no me gustaba nada, y el cuello almidonado mucho me molestaba... Con mi hermano Ángel, el segundo de mis hermanos, me llevé siempre muy bien. Mi hermanita, Fidela Piedad, murió en el año 1941 con dos añitos. Siempre la eché de menos. A mi hermano Javier, nueve años menor que yo, le saqué mucho de paseo.

Así que mis padres, Emiliano y Fidela, tuvieron cinco hijos: María Luisa, Ángel, Dorita, Piedad y Javier. Todos nacimos en Valladolid, la ciudad de los conventos. Javier y yo, los que aún vivimos, en esta ciudad seguimos. Y de mayor he sabido el importante emplazamiento

de la casa en la que pasé mi infancia. ¡Hay que ver la de historia que envuelve la Plaza del Ocho! Y lo bonito que era ver la procesión del Domingo de Ramos desde los balcones de la calle Platerías. Nostalgia produce recordar lo que antes fue y ahora ya no es. Aquella costumbre de guardar sitio en la calle, con sillas que de casa bajábamos, para poder ver de cerca la impresionante procesión de Viernes Santo. Mi abuela siempre me enseñaba con orgullo que enfrente había nacido san Pedro Regalado.

Y lo que aún me produce escalofríos es pensar cómo mi hermano Javier, cuando solo tenía dos años, salió por un lado del balcón, y anduvo por fuera agarrándose a los barrotes hasta entrar por el otro lado. Menos mal que no lancé un chillido. ¡Menudo susto el de aquel día!

Con tres años empecé a ir a un colegio de monjas. De estos primeros años de mi infancia tengo algunos recuerdos. Me llevaba al colegio una joven que mucho debió de entrometerse en la vida familiar, porque sé que fue despedida. Su nombre creo que era Casilda. Más adelante fue Isi. De qué nombre es diminutivo no lo puedo decir. Pero eso es lo de menos, porque lo importante es que la recuerdo con mucho cariño. Me quería mucho y me llevaba de la mano con ternura. Supe que tenía dos hermanas y su recuerdo permaneció con el tiempo, pues cuando falleció, las fui a visitar a un convento de clausura. Esta visita produjo en mí mucha paz.

¿Cuántos años tenía cuando empecé a ir sola al colegio?

La propina la gastaba por el camino en comprar regaliz y chufas. ¡Qué buenas estaban las dos cosas! También recuerdo mucho los bonitos tirabuzones de dos niñas gemelas que iban al colegio. Empecé a ir a su casa, porque desde allí nos llevaba su niñera al colegio. Mi padre debió decidir esto, porque antes de llegar al colegio había un cruce por el que pasaban coches y era un poco peligroso cruzar yo sola. Ahora lo entiendo, porque en este cruce hace poco casi me pilla un coche. He comprobado que en ese lugar hay un semáforo de los que pueden lucir en ámbar...

Parece que no comía con mucho apetito. No sé si esto sería el motivo de estar una temporada como “mediopensionista”, que así se llamaba a las alumnas que nos dejaban a comer en el colegio. Mi hermana me acompañó durante aquel o aquellos cursos. Aún conservo mi cubierto marcado con el número 58, que mi abuela me regaló para que fuese más contenta, porque yo, claro, quería ir a casa a comer. La comida no me gustaba, pero comía con fruición los cacahuets que de postre nos daban. Es curioso, pero las legumbres son ahora uno de mis platos favoritos.

Lo que recuerdo con alegría son las obras de teatro en las que yo actuaba, y de las cuales conservo aún alguna foto. Aunque me hace reír recordar que en una de ellas hacía el papel de una ciega. Solo tenía que ir con los ojos cerrados. En los ensayos lo hice mejor que el día de la función, porque ese día abrí los ojos un poquito, y sé que me eché un rapapolvo a mí misma. También me gustaba hacer encaje de bolillos. ¡Y hacer novillos! Alguna vez me escapé con una alumna para ir a la Fuente el Sol. Con qué listeza salíamos y entrábamos sin llamar la atención. De esto la verdad es que me avergüenzo hoy.

Mi padre tenía una Empresa y quería que estudiase en la Escuela de Comercio, ya que en el colegio no había esos estudios, así que a los once años dejé el colegio.

Ese mismo año tuve mi primera operación. Yo sacaba de paseo a mi hermano Javier, al que llevaba casi diez años. Le llevaba al parque del Poniente, que era un lugar de lo más atractivo para los peques. Un día me empecé a encontrar muy mal y quise volver a casa corriendo, pero mi hermano no sabía todavía correr. Llegué destrozada a casa, porque le tuve que coger en brazos. Mi madre se asustó y me metió en la cama. ¡Qué dolor de tripa! Llamaron al pediatra y terminaron por llevarme al hospital.

¡Apendicitis! Qué grabada me quedó la imagen de la monja que me ponía éter para poder operarme, aquello era verse morir. ¡Cómo ha cambiado la forma de anestesiar! No sé si he pasado por todas, pero

local, epidural, intravenosa... sí las recuerdo. Hasta ahora son dieciséis veces las que he estado en el quirófano, pero no recuerdo ninguna anestesia tan mala como aquella. Así que me quedo mejor con lo que sé sobre la historia de Marconi y el éter.

Tuve buenos profesores en la Escuela de Comercio. Cómo no recordar, entre ellos, a Miguel Delibes, Millaruelo, Casares, Supiot... Pero, para ser sincera, nunca me gustó la carrera de Perito Mercantil (solo me gustaba pasear por el Campo Grande que tan cerca de la Escuela quedaba). El mejor recuerdo de aquellos tiempos son los premios que gané en las pruebas de taquigrafía. No sé si porque me llevé dos flamantes copas de plata, de las que conservo solo una. Lo bueno es que me sirvió para trabajar primero de mecanógrafa en un

bufete de Abogados y después en las oficinas de una Empresa situada por el Arco de Ladrillo. Era necesario tener algún ingreso para ayudar a la economía familiar. No corrían buenos tiempos. Mas yo quería seguir estudiando y después de un año volví a la Escuela de Comercio y comencé el Profesorado Mercantil.

Me gustaba mucho aprender idiomas. Después de aprender francés en Peritaje mercantil, empecé con el inglés y el alemán en el Profesorado. Y como la economía familiar seguía con necesidad



de mis ingresos empecé a buscar un trabajo antes de terminar los estudios. Los conocimientos de alemán me permitieron colocarme en la Empresa Nerva, S.A., hoy situada en el Polígono de Árgales. Durante los años de mi trabajo en la misma fui enlace sindical. Esta tarea no me produjo mucha satisfacción.

Nerva era filial de una empresa germana. El gerente me envió a Alemania para perfeccionar mis conocimientos del idioma. Acabo de regalar las bonitas maletas que me compró para que fuese bien equipada. No fue fácil aquel viaje yo sola, en el que tuve muchas ayudas de amables caballeros que me cogían las maletas en los transbordos. Llevaba bien apuntada la descripción de la estación en la que me tenía que bajar, porque había tres distintas con el nombre de Hagen, ciudad en la que se asentaba la casa madre de Nerva. Menos mal que me bajé del tren en la adecuada. Allí me esperaba el Señor Neurath, al que se le saltaron las lágrimas viendo a aquella pequeña joven venir de otro país. Era el hermano de la Sra. Thieman, donde me iba a hospedar durante mi estancia en Hagen.

De nuevo en Valladolid volví a incorporarme en mi trabajo en la empresa, ahora como secretaria del Gerente y traductora de alemán. Interesada siempre por perfeccionar mis conocimientos de esta lengua, me matriculé en la Universidad para asistir a los cursos nocturnos. Y es entonces cuando conocí a Luis, que desde hace 54 años es mi esposo. También él había estado en Alemania y quería ampliar sus conocimientos. El idioma nos unió. Formalizamos un noviazgo y de nuestro matrimonio nacieron David, Guillermo y Juan que precisamente nació en Alemania donde nos fuimos al promulgarse el Convenio entre la República Federal Alemana y el Reino de España. Mi esposo era entonces profesor de Pedagogía Terapéutica en Valladolid y tomamos la decisión de irnos por dos años, porque le dieron la plaza cerca de Hagen, donde había yo vivido. Los dos años se alargaron hasta catorce, que pasamos en nuestra residencia ubicada en la así llamada “simpática ciudad de Iserlohn” en Westfalia. Allí fui profesora de español en el Instituto y también en la Escuela nocturna para adultos.



No puedo olvidar mi asistencia semanal a los cursos de costura que había para mujeres, que mucho me han ayudado a saber coger dedal y aguja, y a manejar una máquina de coser. Tampoco olvido los cursos a los que asistí para aprender a cocinar de forma saludable. Para ello tuve que desplazarme a otras ciudades.

Un capítulo curioso es el siguiente. Me enteré por el programa televisivo con el nombre de "Aquí España" de que se convocaba un concurso para los ciudadanos europeos residentes en Alemania. Había que presentar un relato sobre las dificultades de convivencia que, como es natural, no faltaban. Y gané precisamente un premio para pasar cuatro semanas en Denia durante el verano, todos los gastos pagados para la familia entera. El relato es el siguiente:

Dorita Martin, Viktoriastr. 2 a, 5860 Iserlohn

“ A N I T A “

La mañana era gris. Como tantas otras veces, Anita estaba sola a la salida de la escuela. Miraba al cielo y se ponía triste. Y empezó a pensar: en la despedida de todas sus amigas, algunas incluso la miraban con envidia, ellas tenían que quedarse allí, en ese pueblo pequeño, en el que cada vez había menos gente. Habían sido unos días agitados: la decisión de sus padres, los preparativos, recoger toda la casa En el fondo, se sentía orgullosa de poder hacer un viaje tan largo y sentía mucha curiosidad por saber cómo sería aquello a donde iba a ir a vivir, donde decían que las casas no eran de adobe y había muchos coches y tranvías como los de los cuentos.

Porque Anita venía de España, de un pueblo de esos perdidos de Castilla, en los que todavía no ha llegado la industrialización. Allí sólo se ve el coche de línea que viene de la capital, y algún coche de algún turista o del gitano rico que busca las pocas antigüedades que quedan en los sobrados.

Y Anita ese día vuelve a acordarse de su pueblo, de sus amigas. ¡Allí el cielo era tan azul! Y todos eran sus amigos. No se aburría nunca. Cuando salía de la escuela, iba a llevar a sus padres el zurrón de comida al campo y se alegraba de poder darles un abrazo. La recibían contentos, aunque estaban tan cansados del duro trabajo, tan desagradecido que apenas daba para comer. Por las tardes, Anita ayudaba a la Señora Enriqueta a echar de comer a los conejos y a coger los huevos que ese día habían puesto las gallinas. La Señora Enriqueta siempre le regalaba alguno para la cena.

Seguía pensando Anita en su pueblo, en lo bien que lo pasaba los domingos cuando después de la misa en la ermita, podía pasear con sus amigas por aquellas grandes explanadas y escuchar el canto de los grillos cerca del riachuelo. Y aquellas fiestas, qué bonitas eran aquellas fiestas, en las

que bailaban los mozos la jota y todos después, grandes y chicos, hacían un corro.

Sí, pero ahora no conocía a nadie, casi ni entendía a la maestra en la escuela, aunque ya había aprendido mucho, según la decían. Y aquellos coches, metían tanto ruido A sus padres no les podía ir a ver. Sería la primera niña que hubiese ido a esa Fábrica tan seria, en la que estaba todo tan ordenado y era tan riguroso, a dar un abrazo a sus padres, para no encontrarse tan sola. Y cuando sus padres por la tarde volvían cansados del trabajo, lo que más deseaban era que ella se fuese pronto a la cama, para poder atender las ropas y la casa, pues ellos también tenían que madrugar al día siguiente.

Y Anita cogió su pelota y se fue al bosque. Cerca de su casa había muchos árboles y paseos. Aquello era lo que más le gustaba y más le recordaba a su pueblo. Sí que era verdad que sus padres le habían dicho que no fuese muy lejos, que no se adentrase en el bosque y que volviese pronto a casa. Sí que parecía que había un poco de misterio en todo lo que le decían, pero ella no lo entendía muy bien.

La pelota corría, corría por el sendero abajo. Ya temía Anita que ese día no la iba a poder alcanzar. Fatigada por la carrera, casi no veía, cuando se encontró con unas manos que le daban su pelota. Un poco asustada, pues en ese momento recordó lo que le habían dicho sus padres, Anita levantó la cabeza y se encontró con un hombre viejo y no muy bien ataviado. Sin dar las gracias, corrió como una loca, sin parar hasta que estuvo en su casa.

El Sr. Pautz sonrió y siguió andando. Tenía que dar el paseo que le había recomendado el médico. Al Sr. Pautz le habían jubilado y desde entonces no se encontraba muy bien. Le faltaba su trabajo. Era lo único que tenía. En la guerra perdió a su mujer y a sus hijos. Al ver ahora a Anita, pensó que podía haber sido su nieta y una sombra entristeció sus ojos.

Anita nada dijo a sus padres, la prohibirían la única cosa que ella podía hacer con gusto. Y al día siguiente fue

también con su pelota al bosque. Y como el Sr. Pautz ya no iba a perder ni un solo día su paseo, allí estaba, la verdad es que con la esperanza de volver a encontrar a aquella niña de ojos asustados y tan negros, que le había parecido tan bonita. Anita, que en el fondo quería compañía, se dio de narices con el Sr. Pautz, un poco adrede, y cuando los dos se miraron, a Anita le pareció ver a uno de los viejos de su pueblo.

Había lealtad en aquella mirada. De repente, se le quitó todo el miedo. Y acercó su manita al Sr. Pautz. El la cogió entre la suya, callosa, pero llena de amor.

Aquel día ya no estaba sola en su paseo. Y sabía que había encontrado un amigo. Y que con él no haría falta ni siquiera saber alemán.

Año 1976

Sí, las buenas amistades perduran. El día 16 de este mes me ha llamado por teléfono Anneliese para felicitar las Pascuas de Navidad. Trabé una verdadera amistad con ella, ya que fue compañera de trabajo. Por cierto, que mucho me ayudó a practicar el idioma nuestros correteos por los grandes almacenes que ya había por aquel entonces.

Difícil fue la decisión de volver a España definitivamente, pero en el año 1984 se llevó a cabo el regreso. Mi esposo se incorporó a su trabajo, ahora como maestro en Escuelas de primaria de Valladolid y provincia. Durante un tiempo también yo estuve también trabajando en Nerva.

Tenemos tres maravillosos nietos y cuatro preciosas nietas, entre veintisiete y siete años.

Mencioné al principio de estas notas los problemas con mi nombre. Lo puedo contar así: En los campamentos de verano de la Sección Femenina a los que asistí, dormíamos en salas compartidas y en cada cama estaba puesto el nombre. Me hacían poner colorada, porque es-

taban deseosas de saber quién era la tal Heliadora. En la Escuela de Comercio esperábamos en los pasillos los alumnos de todos los cursos y éramos citados para entrar al aula. ¡Cuántas miradas para ver quién era Heliadora Martín Cazorro! Y en Alemania era un totum revolutum, pues no entendían que mi apellido fuese Martín. Para ellos Martín es un nombre de varón. Y pronunciar Cazorro les era muy difícil. Al final me llamaban “Señora Rodrigues”, pues mi esposo se apellida Rodríguez... La verdad es que he tenido muchos complejos, que puedo añadir que se quitan con el tiempo. Aunque algo notable fue que cuando conocí a Luis y me preguntó de qué nombre procedía Dorita. Como no me atrevía a decírselo, le enseñé el DNI. Hoy esto me hace reír.

Si hablo de mis hobbies, me gusta la música clásica, me encanta leer. También hacer versos. Cuando falleció mi madre, le compuse el siguiente:

*Mutti, mamá, madre
Tu cuerpo ya no está
presente entre nosotros
mas sí tu espíritu...*

*Dolor y tristeza se confunden
-nos has dejado, te nos has ido-
con la alegría de verte “pronto”
-nuestra fe nos acompaña-
entre cantos de júbilo:
ya todos juntos viviremos
Vida plena
en Aquel que nos la entrega.*

*María te ha recibido en sus brazos
Te ha mecido el “gran sueño”,
y ha cambiado tu rictus amargo
en el plácido rostro que tenías
cuando mi último adiós yo te decía.*

*Ya gozas, madre mía, de la luz,
ya tu miedo y resistencia se ha esfumado,
ya estás envuelta para siempre
en el perfume suave de lo ETERNO.*

9.7.1992

Mi madre se fue con nosotros a Alemania al fallecer mi padre. Sin saber alemán se ganó la simpatía de españoles y alemanes. ¡Tampoco le hacía falta saber el idioma!

¿Y los niños? No saber alemán fue un motivo de crear lazos entre mi sobrina Laura y la cuidadora de una Guardería de Iserlohn. Los gestos y el cariño fueron suficientes. La esposa de mi hermano Javier estaba enferma y se tomó la decisión de llevar a Laura con nosotros, porque hacía muy buenas migas con nuestros hijos. En casa quedaban otros dos pequeños que atender. Quiero resaltar aquí la fortaleza de mi cuñada. Por luchar con la enfermedad y desprenderse de su hija. Gracias a Dios superó la enfermedad contraída en su trabajo como enfermera. Y Laura nos dio muchas alegrías. Y nos las sigue dando, porque desde el año 2009 disfrutamos de las bonitas acuarelas que componen el calendario que, bajo el nombre de “Paloka”, edita anualmente. Madre de tres hijas, hace el esfuerzo de terminarlo a punto. Digno también de elogio.

No puedo terminar sin mencionar algo muy importante en mi vida. Haber conocido allí la Renovación Carismática Católica. Se renovó en mi vida espiritual aquel encuentro que a los 19 años tuve en unos Ejercicios Espirituales a los que asistí en las madres Reparadoras.

Fue difícil entender lo que esta vida en el Espíritu significaba. Y más por asistir en un país que no era el mío. Hasta llegué a pensar que era una secta. Pero la sabiduría de Dios es mayor que nuestra pobreza y se valió de las enseñanzas, entre otros, del sacerdote Heribert Mühlen, doctor en Teología de la Universidad de Paderborn y de la Hermana Lucida

Schmieder, doctora de la orden benedictina, para comprender la riqueza que la RCC tenía para la Iglesia. Aconsejados por otros sacerdotes, en uno de nuestros viajes desde Alemania a España paramos en Paray-le-Monial, ciudad de la borgoña francesa dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. Precisamente tenía lugar esos días un encuentro internacional de la Comunidad de Emmanuel. Allí nos enteramos de que esta corriente de gracia también se había extendido en España. La Comunidad de Emmanuel nació de un grupo de oración de la Renovación Carismática y ahora es una Asociación internacional de Fieles de Derecho Pontificio, a la que pertenecemos.



En un encuentro de la RCC celebrado en Estrasburgo en 1982 mi esposo tuvo una bonita conversión. Ahora es diácono permanente.

Y como mis deseos de aprender no han terminado, este curso académico me he matriculado en la Universidad Francisco de Vitoria para el curso “Experto en Afectividad y Sexualidad”, que puedo ya desde ahora recomendar a todo el mundo.





*Como si estuvieras
a mi lado*

Raquel Fraga Sánchez

GRADO EN ESPAÑOL: LENGUA Y LITERATURA

– *H*ola, papá. ¿Qué haces?

– Aquí estoy, hija, viendo un rato la tele.

– ¿Quieres qué charlemos...? Me gustaría hacerte unas preguntas sobre tu vida.

– ¿Sobre mi vida?

– Sí, es para la Universidad, para un libro. Quiero que todo el mundo te conozca.

Lo primero será poner tus datos, espera... A ver, pues, te llamas Vicente Alfonso Fraga Santiago. Eres natural de A Queiroga, perteneciente al Concello de As Somozas en la provincia de A Coruña. Tus padres son Herminia Santiago Dengra y Constantino Fraga Pita, naturales de A Coruña también, y tus hermanos, Felisa y Ramiro. Actualmente

vives en Avilés (Asturias), estás casado con Andrea Sánchez con la que has tenido tres hijas, Olga, Raquel y Ana Isabel.

—Venga, empezamos; si te cansas, me lo dices y paramos un ratito, ¿de acuerdo? Cuéntame papá, cómo fue tu infancia.

—Hija, mi infancia no fue nada fácil. Eran tiempos de pobreza, apenas tenía un año cuando estalló la guerra civil. El trabajo en el campo y con el ganado era fundamental para ayudar en la casa. Había que salir bien temprano a “alindar” las vacas, y casi pasabas todo el día fuera. Así que mientras el ganado comía te entretenías con cualquier cosa, con un simple palo y una navaja hacía maravillas.

—Es verdad, siempre te ha gustado la madera, aún tienes ese viejo torno por ahí con el que nos hiciste aquellas lámparas tan bonitas. Pero sigue contándome...

—Te preguntará por la escuela seguramente. Podíamos ir muy poco porque siempre había trabajo, pero a mí me gustaba mucho. Al colegio tenía que ir andando hasta otra aldea próxima, tú la conoces bien, Cavalar. Por el camino íbamos riéndonos y hacíamos muchas trastadas, aquella era la forma de divertirse, con cualquier tontería se pasaba el rato.

Era un niño que estaba continuamente inventando cosas: recuerdo cuando hice una bici de madera, la verdad es que solo me servía para bajar las cuestas, pero era fantástica. ¡Ah! también recuerdo cuando creé mi propio molino de agua, lo hice con latas.

En el fondo éramos afortunados porque nunca nos faltó de comer, siempre había patatas, nueces, manzanas, maíz, berzas, y todo lo que daban las vacas, leche, mantequilla, etc. De aquella eso era ser rico, hija.

Yo únicamente pensaba en crecer y marcharme de allí, aquello estaba demasiado aislado y los recursos para ganarse la vida eran la tierra y el ganado. Conforme fui creciendo, me dedicaba a poner el alumbrado en las fiestas, iba de pueblo en pueblo, andando muchos

kilómetros para dar luz a las romerías, y así de paso disfrutaba de ellas. Las chicas ya empezaban a gustarme y tuve más de un romance entre fiesta y fiesta.

—¿Y qué hay de la Herrería? Porque sé que te gustaba mucho trabajar con el hierro, y en la casa de los abuelos tenías un sitio propio fuera de la casa, donde forjabas herramientas.

—Sí, es cierto, parece que aún lo recuerdas. Además, trabajé con un familiar, José María, en As Somozas, durante unos años. Hacíamos sartenes, herramientas y todo tipo de trabajos de herrero; también aprendí algo de mecánica con él.

Así fueron pasando los días hasta que me llamaron para hacer el servicio militar. Nada menos que en Zaragoza, con las ganas que yo tenía de conocer sitios diferentes. Sabes que siempre os he hablado a ti y a tus hermanas sobre los recuerdos tan buenos que tengo de aquella época. Lo cierto es que marcó un antes y un después en mi vida, porque vi un mundo de posibilidades donde poder mejorar en todo lo que me gustaba.

Me viene a la memoria que, al principio de estar allí, uno de los altos cargos que había en nuestra zona, me pilló trabajando en la herrería, y me preguntó qué hacía; le contesté la verdad: estoy haciendo unos cubiertos para comer, cuchara, tenedor y cuchillo; porque los del comedor no me gustan, son demasiado bastos. La verdad es que me temía lo peor, pero simplemente me dijo: bien, cuando los acabe quiero verlos, y eso hice, enseñárselos. El coronel, mostrando mucha curiosidad, después de observarlos un buen rato, con cierto asombro me dijo: Vicente, hágame unos a mí.

Ahí fue donde comencé a trabajar prácticamente para él. Aprendí a conducir y me dedicaba sobre todo a reparar maquinaria, coches y algún avión que otro. Todo lo que no eran capaces de hacer los propios mecánicos me tocaba a mí. El coronel simplemente decía: cómo que no se puede arreglar, que venga Vicente, veréis sí se puede o no.

—Papá, recuerdo que una vez nos contaste que, en el servicio militar, tus compañeros te sacaron de la ducha y te pasearon a hombros por todo el cuartelillo; ¿por qué hicieron eso?

Ja, ja, ja. Claro que te lo cuento, fue porque yo siempre silbaba, lo hacía caminando, en la ducha, trabajando... Y parece ser que lo hacía muy bien, a todos les gustaba escucharme, y siempre me decían: un día cuando estés silbando bajo la ducha te sacaremos a hombros y tendrás que silbar sin parar durante todo el paseo. Eso fue lo que pasó. Nos gustaban demasiado las bromas a todos, de ese periodo de mi vida conservo aún muy buenos amigos.

—¿Y al terminar la mili, volviste a tu casa en Somozas?

No, decidí probar suerte en Asturias, y me dirigí a Avilés, lo primero, en busca de una pensión. Allí, sin yo imaginarlo, me estaba esperando el amor de mi vida, tu madre. En cuanto llamé a la puerta y me abrió ella, me dije: esta mujer es para mí.

Enseguida encontré trabajo en una empresa y todo iba más o menos bien, pero un día enfermé, y tu madre estuvo a mi lado noche y día hasta que me restablecí. Entonces, me armé de valor y le pedí matrimonio, nos casamos en septiembre del 59.

Yo seguía trabajando en esa empresa, pero me hablaron de una enorme factoría que se ponía en marcha pronto y estaban buscando gente, el sueldo era pequeño, pero había posibilidades de que fuera mejorando y también de ascender de puesto, y eso era algo que tenía que tener en cuenta.

Así que nos liamos la manta a la cabeza y empecé en ese nuevo trabajo; mientras tanto tu madre, que se había dedicado de soltera a dar enseñanzas con las máquinas de tejer, intentaba ganar algún duro tejiendo algo. Así poco a poco fuimos saliendo adelante. A los dos años de casados, nació tu hermana Olga, y no habían pasado dos años cuando apareciste tú. Ya éramos una familia, y había que luchar por ella.

Fueron tiempos muy duros, pero conseguimos estabilidad. La empresa, ENSIDESA ofreció pisos a los trabajadores, además de otras ayudas, y nos iba bien, mejor de lo que se podía pedir.

Luego tu madre montó una fábrica de punto y las cosas mejoraron mucho económicamente, aunque ya sé que vosotros no lo tuvisteis fácil, cambiasteis mucho de colegios por culpa de la situación que atravesábamos, pero todo fue pensando en un futuro mejor.

—Papá, acabo de acordarme de aquellos cuadernos pequeñitos, donde anotabas todas las medidas que habías calculado previamente haciendo una muestra de tejido, para que las prendas salieran exactas, las vueltas, los menguados después de la sisa, etc. Lo tenías todo controlado para que su terminación fuera perfecta.

—Claro, tenía que ser así, porque salían muchas prendas diarias y no podía haber equivocaciones. Formábamos un gran equipo para que todo fuera sobre ruedas. Además, tenía el trabajo en la fábrica, ya sabes que estaba a turnos y eso era complicado de llevar, pero aun así había que esforzarse.

—¿Recuerdas lo contento que llegaste a casa cuando te ascendieron a encargado? Yo sí, se te veía tan feliz...

—Pues sí, hija, porque no me lo esperaba. Había otras personas delante de mí para ese puesto, pero me quedé yo con él. El ingeniero me dijo que me necesitaban para solucionar los problemas que se fueran generando y que no había nadie mejor para ese puesto.

A veces había averías muy gordas, con los hornos de cal, y venían los peritos e ingenieros a buscarme, porque ellos no daban con lo que pasaba, y allí estaba tu padre para averiguar el porqué y el cómo buscando una solución; yo no tenía sus estudios, pero no me hacían falta para descubrir y solucionar el problema. Por eso, siempre me tuvieron mucho respeto todos los mandos superiores.

—¡Madre mía!, y después es cuando mamá se queda embarazada; yo tenía casi doce años. Era el año 74.

Sí, nos revolucionó la vida a todos; además en ese momento el tejido de punto decayó y, por si fuera poco, unos clientes muy importantes a los que servíamos, se fueron al extranjero dejándonos a deber muchísimo dinero. Tuvimos que cerrar la fábrica y volver a empezar de cero. Fue duro, pero no nos vinimos abajo, y un par de años después volvimos a la carga y montamos un negocio con toda la ilusión del mundo.

—¡Qué bonitos recuerdos tengo de aquella época, papá! La ilusión de poner los escaparates, (que tú mismo habías montado) y vestir a los maniqués. Vendíamos de todo, desde lana, medias, puntillas, faldas, abrigos, jerséis, etc. ¡Teníamos cosas preciosas!

—Es cierto, hija. Aquellos fueron momentos de ilusión y esperanza. Luego nos fue tan bien, que abrimos una zapatería en frente. Al poco tiempo de abrir la tienda, tu hermana Olga se casó, tú compaginabas los estudios con ayudar en la tienda a tu madre, y tu hermana Ana, aun pequeña, iba a la escuela.

Me estoy acordando de todos los viajes que hacíamos en aquel *ochocientos cincuenta* recorriendo España con vosotros, lo bien que lo pasábamos al montar el camping yendo de un sitio a otro, eran buenos tiempos.

—¡Ojalá volvieran, papá! Aún te veo abriendo aquel mapa enorme, encima del capó del coche, y cómo me explicabas donde estábamos y las distintas carreteras por donde podíamos ir, para llegar al sitio concreto.

—La vida pasa demasiado deprisa, y cuando te quieres dar cuenta te ves mayor, muy mayor. Pero tengo que decir, que cuando me jubilé vi el cielo abierto, yo no iba a ser de los que dejan el trabajo y caen en depresión, además con 58 años ya estaba jubilado. Había mucho tiempo por delante para vivir y disfrutar. Hice todas aquellas cosas que me gustaban, y tenía todo el tiempo del mundo para ello.

¿Recuerdas cuándo me ayudabas a sembrar las patatas o cuando hacíamos sidra? Era divertido y daba producción. O cuando cogí aquel

600 del desguace, y te hice el primer coche que condujiste, porque le faltaba hasta el suelo y quedó precioso.

—Sí, recuerdo que era rojo con una flecha negra, ja, ja, ja. También recuerdo que la prensa para hacer la sidra la hiciste tú. ¡Qué artista, papá!

—Pues así fueron mis años después de jubilarme, disfrutando de todo lo que no había podido antes, y lo hice, vaya si lo hice. He podido viajar, todo lo que no pude antes, recorrer sitios con la caravana, con tu madre como compañera. Tengo 90 años, pero con 88 aún la cogía y eso se siente magnífico. Tener las ganas y las fuerzas, esas no hay que perderlas.

Ahora, a mis años solo quedan los recuerdos y el ver que vosotras, mis tres hijas, estáis bien situadas, cada una con vuestra propia vida. Ese para mí es el mejor regalo que me ha podido dar la vida. Sin contar con mis nietos, que son maravillosos.



—Bueno, papá, ya sé que podíamos estar muchas tardes más recordando todas las cosas que hiciste, pero imagino que tendrás que

irte, no vaya a ser que te echen de menos allá arriba. Eso sí, déjame decirte, gracias, gracias por bajar desde el cielo y contarme tantas cosas. Ha sido como si estuvieras a mi lado y te sintiera hablar. Hace poquito que faltas y tu ausencia pesa y seguirá pesando siempre, porque eras un pilar fundamental en la familia.

Algo que siempre he admirado de ti son tus ganas de vivir, tu fuerza en los peores momentos, un ejemplo a seguir por todos. Eras de esas personas inteligentes, pero de las de verdad, no de libros, sino de tu cabeza y tus manos. Te he visto hacer tantas cosas y todas tan bien, con tanto razonamiento y paciencia, que aún me sorprende la suerte que he tenido de que fueras mi padre y mi maestro. ¡Que el mundo sepa de ti! ¡Te quiero, papá!





Peripeccias y destierros

Sara Meda López

GRADO EN INGENIERÍA DE LA SALUD

*A mi abuela, por ser mi principal fuente de inspiración.
Por dejarme escribir la biografía que te mereces.
Por tener siempre alguna jota que cantarme.
Por enseñarme el valor de la sencillez.
Por contagiarme tu alegría.
Por quererme tanto.
Por ser tú.*

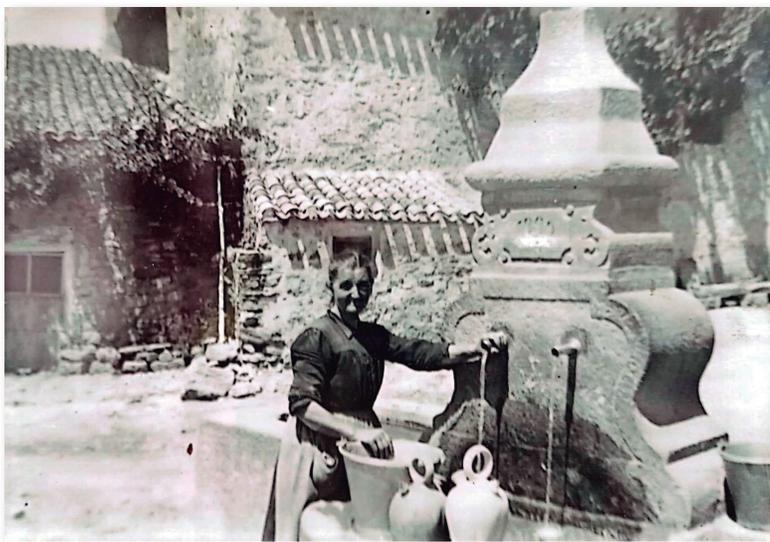
Cuenta la historia que un día, hacia el atardecer, el pueblo de Morenilla vio nacer a una pizpireta criatura que tuvo por nombre Ezequiela. Sus padres, Braulia y Ponciano, ambos agricultores y siempre muy devotos, no dudaron en elegir para su hija el nombre del santo del día de su nacimiento, un 10 de abril allá por el año 1932. Corrían unos tiempos de escasez, pero eso no impidió que tanto ella como sus hermanos crecieran con una salud de hierro.

Por cierto, hemos de aclarar que nuestra protagonista era la pequeña de la casa, siendo un total de cuatro hermanos: Esperanza, que en ese entonces tenía dos años, Máximo, con cinco años, y por último Isidro, un mozo de doce años. Isidro le tenía un especial cariño a la recién nacida y ambos pasaban mucho tiempo juntos. Tengamos en cuenta que en esa época las mujeres tenían muchos hijos, y Braulia dio a luz a 7 criaturas, de las cuales solo 4 salieron adelante.

Vivían en una casita de piedra de dos plantas, justo detrás del trinquete (también llamado frontón). Hemos de viajar 90 años al pasado para situarnos en la comarca de Molina de Aragón, en la provincia de Guadalajara. Por aquel entonces la zona rural estaba en pleno auge, con pueblos llenos de vida y de campos que cosechar. La vida transcurría tranquila marcada por el clima y las horas de luz solar, siempre en el mismo lugar.

Indaguemos en las figuras fundamentales de su infancia: sus padres. Los dos eran de Morenilla. Se llevaban uno o dos años de diferencia, siendo Ponciano el de más edad. Ambos tenían algo en común: eran huérfanos. Braulia se quedó sin padre desde los 5 años y Ponciano sin madre desde los 4 años.

“Yo no conocí a ninguno de los dos abuelos. Solo a la abuela por parte de madre, la Clementa. Mi padre tenía 4 años cuando murió su madre.”



Los primeros años de su vida transcurrieron en el mismo lugar, el pueblo, pues sólo podía ir en burra a los pueblos vecinos y tampoco tenía necesidad de salir de allí excepto para vender las hortalizas de la huerta a los habitantes más próximos. Había muchos quehaceres, y además tenía que ir al colegio.

“En Morenilla había colegio. Hubo un maestro que estuvo muchos años antes de la guerra. Y después, algún año también. Yo fui a ese colegio. Allí empezaban a los seis años, hasta los catorce.”

Éramos treinta muchachos o más. Don Prudencio se llamaba el maestro. Si eras pequeño, mandaban a otro más mayor para que te enseñara la cartilla. Pintábamos, nos enseñaban las capitales de España, las montañas, los ríos.... Solo había un maestro para todo el pueblo. El médico venía de un pueblo más grande. Bueno, cura también había. "

La guerra civil daba comienzo. Cuando vieron unos guardias vestidos de uniforme acercarse por el bar, se podía sentir en el ambiente la incertidumbre del porvenir. Isidro, el hijo mayor, fue llamado a filas para combatir en el frente, puesto que acababa de cumplir la mayoría de edad (18 años) - la que después sería llamada "Quinta del biberón"- . La familia asumió el hecho de que la mano ayudante de la casa tuviera que partir y el muchacho fue enviado a Castellón.

Un invierno pasó hasta que recibieron la carta que llenaría de tristeza la conciencia de todos. Su hermano mayor había fallecido en el frente entre Teruel y Castellón. No pudieron ver su tumba. Con lágrimas en los ojos, mi abuela reencarna esa impotencia que sintieron, dando por sentado que lo que le había arrebatado la vida a su hermano fue la dura y fría estancia en las trincheras, más que una herida de bala.

Su madre, conmocionada, determinó que no quería separarse de su hijo y como fue enterrado en Castellón, todos debían ir a vivir allí. Años después, al nacer el tercer hijo de mi abuela, ella lo llamaría Isidro en recuerdo a su querido hermano. La decisión fue reforzada cuando el padre sufrió de fiebres maltas. El médico le dijo que si iba a tierras cálidas ese mal se le curaría. Así que cogieron sus pertenencias y pusieron rumbo a Castellón con la esperanza de un futuro mejor.

Ya en Castellón pasaron dos años hasta que la pequeña Ezequiel pudiera entrar a la escuela, porque había muchas chicas y tuvo que esperar a que hubiera una vacante para poder recibir una educación. Todo son recuerdos felices de la escuela.

“Entonces allí, en la escuela, había muchas niñas y jugábamos en el recreo. Yo tenía que ir un cuarto de hora andando porque vivíamos un poco retirados del Grao de Castellón - como llamaban al puerto -. Allí aprendimos el valenciano. Mi hermana fue la primera en entenderlo y poco a poco lo aprendí yo también. Pero mi madre no lo acababa de entender y mi padre tampoco.

En cuanto salíamos de la escuela, muchas veces nos íbamos a ver el Puerto, a ver el barco que había venido, porque nos daba mucha curiosidad ver barcos extranjeros cargados de naranjas y otras cosas. En el verano y en la primavera nos juntábamos muchas niñas e íbamos a la playa, a misa el domingo, a jugar por las calles...

Cuando me hice más mayorcilla, al salir de la escuela tenía que ir a coger hierbas para los conejos. Desde los 10 años hasta los 14, que me vine a Morenilla otra vez. Tenía que ir a arrearle a una burra para sacar agua de una noria. Un día puse la mano entre la noria y se me pilló. Aún tengo la cicatriz, mira.

¡Qué distinta mi niñez a la tuya, qué diferencia!”

Guarda buenos recuerdos de su paso por la escuela, a la que sólo pudo asistir hasta los catorce años, y de su maestra doña Herminia. Su hermana, tres años mayor que ella, tenía que ayudar en casa, vender verdura en el mercado y lo que fuera necesario. Su hermano, cinco años mayor que ella, estudió bachillerato en Castellón.

“Estaban las escuelas de los niños separadas de las de las niñas. Me acuerdo de Doña Herminia, que era una maestra buenísima. Nos enseñaban a escribir, a contar, a leer, y los quebrados, que aún me acuerdo de ellos. Los ríos, las montañas, las ciudades de España, y del mundo.... Allí no había asignaturas. La Enciclopedia servía para saber todo de España, tenía unas hojas de matemáticas, otras de historia antigua, también de historia de España y de historia Sagrada.”

Pero al llegar la adolescencia, junto cuando empezaba a gustarle y sentirse a gusto en ese nuevo lugar, todo se truncó por decisión de su padre. Por eso recuerda aquellos años con tanto cariño y añoranza.

“Total, que cuando ya conocía muy bien Castellón y tenía muchas amistades allí, mi padre dijo que nos volvíamos al pueblo.”

Allí en Morenilla, jugaban todos los niños en la plaza, a la que llamaban “trinquete”, al corro, a la estornija, a las potras y a todo lo que surgía, pero sin raquetas, ni sofisticados juguetes como ahora.

“En el recreo hacíamos un corro y cantábamos: «La tía Marichula estaba en su jardín, regando las flores de mayo y abril. ¿Quién es esa gente que pasa por aquí?, que ni de día ni de noche nos dejan dormir. Somos estudiantes que venimos de estudiar, con la campanilla de oro y la Virgen del Pilar.»”

En aquellos tiempos y en aquella zona se vivía de la agricultura y la ganadería, cultivaban sus hortalizas y criaban animales para su sustento (gallinas, cerdos, conejos...). Se alimentaban de lo que producían: patatas, migas, sopas, gachas, legumbres y todo lo que daba la huerta. Hacían y cocían en el horno del pueblo el pan, que les duraba más de una semana. En invierno la matanza era una fiesta que reunía a vecinos y familiares; del cerdo aprovechaban todo, desde la vejiga (la inflaban y servía de balón) hasta los huesos para el cocido, pasando por los caseros chorizos, morcillas, longanizas... El que tenía más tierra y ganado era más influyente. Dada la alta mortalidad infantil, las mujeres tenían muchos hijos, pues desde pequeños eran una buena ayuda para la familia.

“En casa éramos cinco, antes seis. El Isidro se murió en la guerra, se fue de 18 años. Se le murieron tres hijos a mi madre, más los cuatro que vivieron, siete hijos tuvo mi madre. Entonces teníamos muchos hijos las mujeres.”

Los hombres iban al bar, las mujeres no. Una tiendecilla surtía de lo más necesario al pueblo y cada casa disponía al menos de un “macho o una mula” para desplazarse fuera del pueblo o para las faenas del campo.

“El macho es la mezcla de caballo y burra. Las mulas son estériles y son mezcla de burro y yegua.”

Economía de subsistencia, eso sí que era economizar, compraban la tela y su madre les cosía los vestidos; tenían unos para diario y para la fiesta otro más bonito y nuevo, que estrenaban el domingo de Ramos.

“No llevábamos pantalones entonces, ni las niñas ni las mujeres. Los zapatos, unas alpargatas. Entonces remendábamos mucho. Era una época muy pobre, después de la guerra. La colada se hacía en un “cocío”, que es media tinaja con un agujero, lo tapaban para meter la ropa con la ceniza cernida y echaban el agua tibia y la ropa; esa era la lejía que tenían. Luego la aclaraban y se quedaba la ropa muy blanca y muy limpia. Limpia mucho la ceniza. Cuando ya habían terminado, sacaban el agua por el agujero.”

Trabajaban duro hombres, mujeres y niños, pero también sacaban tiempo para la diversión. Siempre había alguien con habilidades para la música y en una casa grande, en las eras o en la plaza del pueblo se bailaba al son de un acordeón, guitarra o saxofón. Las mozas y los mozos aprovechaban que había que acarrear el agua desde la fuente de la plaza para socializar y dejarse ver.

Ezequiel conoció al que sería su marido en las fiestas de un pueblo cercano, al que fue con su hermana invitadas por unos primos cuando tenía diecinueve años. Pasaron años hasta que formalizaran la relación, se veían cuando él podía desplazarse, cuando no había que faenar en el campo. Mientras, se escribían cartas.

“Mi Vicente tenía cuatro años más que yo. Venía a verme andando desde su pueblo al mío y me escribió muchas cartas. Cuando no podíamos vernos porque íbamos a segar y a trillar me enviaba cartas. Festejamos poco. De novios dábamos paseos, nos veíamos y estábamos de conversación. Pero eso de besarse eran palabras mayores, eso no se hacía.”

Fue un 27 de febrero, en pleno invierno, el día en que mi abuela dio el “sí quiero” en la iglesia de su pueblo, vestida de blanco. El traje se lo cosió una modista y todavía lo conserva. Aun así, recuerda que no fue un día muy frío para la estación en la que estaban.

Fueron a comer al pueblo que era cabeza de partido (Molina de Aragón), hubo baile con música, y como su familia era corta no se juntaron muchos invitados; pero guarda un estupendo recuerdo de ese día.

“En el viaje de boda fuimos a Madrid, a casa de su hermano y nos acompañó por allí.

Nosotros fuimos a una casa de fotografías y nos hicimos unos retratos muy majos. También fuimos al cine. En Castellón fui al cine muchas veces también. Me acuerdo de Diana de Urbín y de Estrellita Castro. Me acuerdo que... tenía una gracia, Estrellita Castro...

Viajes hemos hecho después: a Benidorm, a Almería, a Galicia, a Valencia y a la playa también hemos ido con el INSERSO. Por Zaragoza he pasado muchas veces, porque tengo a mi hermana. He-



mos ido a las bodas, y a muchas cosas a Zaragoza. Fuera de España yo no he salido porque mi Vicente no era muy amigo de los viajes.”

Al formular la pregunta de qué es lo que le hubiera gustado hacer en la vida si hubiera podido elegir, qué ilusiones tenía y si piensa que le ha faltado algo por hacer, esta es su respuesta:

“Yo hubiera sido una buena modista. Me gustaba mucho coser. Yo le cosía las ropitas de la muñeca de una amiga como si fuera una modista. Cuando he sido mayor, a mi me ha gustado mucho coser y remedar; porque no hacía otra cosa, después del trabajo. Las camisas de mi padre y de mi hermano para ir al campo y las blusas de mi madre, las faldas, delantales, algún vestido corriente y la ropa interior.

“Yo no podía elegir lo que quería ser de mayor. En Castellón es donde más feliz he sido, estuve cinco años y medio. Es donde se crían las naranjas, allí no nieva... En Morenilla lo echaba muchísimo de menos. “

Su infancia son recuerdos del Grao de Castellón, de olor a pescado en el puerto, de puestos de verduras de todo tipo en el mercado al que iba con su hermana y su madre a vender lo que cultivaban en la huerta. Campos de naranjos y limoneros, clima agradable, sin sabañones y un habla que aprendió rápidamente y de la que todavía recuerda de memoria refranes, dichos y cancioncillas; que recita en valenciano cuando tiene ocasión.

Aunque han transcurrido varios lustros, tiene grabado a fuego en su memoria la etapa que pasó en su Castellón: allí fue donde vio y olió por primera vez el mar, donde fue por primera vez al cine, donde conoció otra forma de vida muy diferente a la de un pequeño pueblo de Castilla, con otras comidas, costumbres, y tradiciones. Todo esto se truncó justo cuando empezaba a gustarle y a sentirse integrada, por eso lo recuerda con tanto cariño y añoranza.



Mi abuela siempre dice que ha sido desterrada cuatro veces en su vida, de ahí el título de la biografía. Primero, de Morenilla a Castellón. Luego, de Castellón a Morenilla. Después, al casarse, de Morenilla a Prados Redondos (el pueblo de Vicente, su marido). Allí es donde transcurrió la mayor parte de su vida adulta, y donde nacieron sus 3 hijos: Rafael (mi padre), Jesús e Isidro. Por último, de Prados a Guadalajara, donde reside actualmente.





**UNIVERSIDAD
DE BURGOS**

**Servicio de Publicaciones e
Imagen Institucional**

ISBN 978-84-18465-44-4



9 788418 465444